



# Relatos y Pasiones

*historias que se escuchan*

**Mariela Daneri  
Viviana Marchetti**  
(Compiladoras)



**UNR**  
EDITORA



Daneri, Mariela

Relatos y pasiones : historias que se escuchan / Mariela Daneri ; Viviana Marchetti ; compilación de Mariela Daneri ; Viviana Marchetti. - 1a ed. - Rosario : UNR Editora, 2022.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-702-590-3

1. Ciencias de la Comunicación. I. Marchetti, Viviana. II. Título.  
CDD 302.22

### **Compiladoras:**

Lic. Mariela Daneri

Lic. Viviana Marchetti

### **Edición de textos:**

Cátedra Redacción I - Lic. en Comunicación Social (UNR)

### **Edición de audios:**

Cátedra Expresión Oral - Lic. en Comunicación Social (UNR)

### **Diseño y maquetación:**

Lic. Arianna Piccioni

Lic. Viviana Marchetti







# Insistir en componer un mundo de vínculos

por Mariela Daneri

**“Relatos y Pasiones. Historias que se escuchan”**, un nuevo e-book ideado y diseñado desde la Dirección de Accesibilidad y Convivencia, pero co-producido de manera colectiva y polifónica.

Este libro intenta sostenerse sobre la idea de Rita Segato acerca del “mundo de los vínculos”. La autora plantea dos modos de construir mundos, dos paradigmas éticos y estéticos de crear espacios; *“el proyecto histórico de las cosas”, en oposición al ‘proyecto histórico de los vínculos’, el primero produjo individuos capturados y encapsulados en su aspiración por ‘las cosas’, que progresivamente se desvinculan y desinteresan de la vida comunal produciendo la ruptura de los lazos de reciprocidad propios de la sociabilidad comunal.”* (Segato: 2019). El mundo de los vínculos en cambio, aspira a un entretejer, a una reconstrucción, a la composición colectiva de lo común.

Desde esa perspectiva trabajamos pensando en proyectos que involucren activamente a la comunidad educativa para seguir compaginando **vincularidades**, acciones que promuevan una facultad como aquel **espacio** amable, sosteniendo la diferencia como aquello que enriquece, multiplica y alimenta.

La espacialidad de nuestra facultad, ya no como aquello mensurable, real y estático, sino como metáfora que recupera la idea ofrecida por la geógrafa Doreen Massey en “La filosofía y la política de la espacialidad”. Es decir, el espacio producido y no un soporte material que permanece inmutable al devenir de lo social y de la historia. Tres los elementos claves lo caracterizan: *“En primer lugar, el espacio es relacional, es decir, se produce a través de interrelaciones, de la interacción, por lo que no tiene una existencia en sí mismo independiente de lo social. En segundo lugar, al ser construido por medio de interrelaciones, el espacio es la posibilidad de*

*existencia de la multiplicidad, ya que es la esfera en la que pueden coexistir diferentes trayectorias de manera simultánea. Finalmente, si el espacio es producto de relaciones, estará siempre en construcción, en constante movimiento y cambio.” (Massey: 2005)*

**Relatos y pasiones**, un espacio adonde la irrupción de lo múltiple es posible, una publicación que conjuga narrativas, historias, arte, diseño y comunicación, y que involucra a instituciones, docentes y estudiantes en la construcción de modos relacionales y honestos de aprender y crear.

# De relatos y de pasiones

Por Viviana Marchetti

Tenemos pasiones, y ese placer que nos despiertan evocan palabras, relatos sentidos porque se trata de cosas que nos gustan, que nos marcan y probablemente, no olvidaremos.

**“Relatos y pasiones, historias que se escuchan”** es una obra colectiva realizada por estudiantes de primer año de la Licenciatura en Comunicación Social con la coordinación de los equipos docentes de las cátedras de Redacción y Expresión Oral.

Forma parte de un tríptico de ebooks. El primero fue “Relatos y sabores, historias que se escuchan” que editamos durante la pandemia junto a estudiantes que recuperaron sabores de la memoria, recetas de sus abuelas, tíos, alguien presente o que ya no está , que marcó sus vidas.

Esta iniciativa del equipo de la Dirección de Accesibilidad y Convivencia de la Secretaría de Extensión y Vinculación de nuestra querida fcpolit, apuesta a la producción de textos en formatos accesibles para personas con discapacidad visual y baja visión, e implica una sensibilización previa de los estudiantes y docentes y una edición que respete la accesibilidad digital necesaria para estos colectivos.

Este ebook trata del rescate de la memoria, de historias que dejaron huellas: historias del deporte, historias amorosas, de lugares, de ausencias y presencias, de recuerdos...historias cargadas de emoción que forman esta obra tan colaborativa como amorosa y sentida.

Se trata de un viaje hacia adentro, a pensar lo que dejó una marca, a interpelar si esto que surge al escribir es o no una pasión, o a describir la búsqueda incansable de algo que se parezca a ella. Sin lugar a dudas de la lectura de estos relatos surgen risas, dolor, añoranza, placer ... pero nunca indiferencia.

La actriz y narradora Mónica Alfonso realizó una cuidada selección de textos de autores, que a manera de disparadores, ayudaron a pensar y a escribir a los estudiantes sobre sus pasiones.<sup>1</sup>

Este ejercicio de evocación de un recuerdo, de un momento significativo para poder reconocer una pasión habilitó un tránsito por la memoria emotiva, relatos que dejaron escapar aromas, sensaciones, colores, alegría, nostalgia.

Algunas pasiones se repitieron y por eso armamos capítulos que comparten un tema, o evocan experiencias que tienen algo en común.

Aplaudo el gesto de apertura y generosidad de los estudiantes por compartir momentos tan caros a sus vidas, a sus infancias, a su adultez, a algo que no pudo ser o fue simplemente tan maravilloso como fugaz, pero sin dudas muy significativo.

Celebro además el gesto generoso de figuras artísticas de la ciudad como Mónica Alfonso, Juan Nemerovsky, Morena García, Milagros Claribel García, Miguel Ezequiel Insaurralde, Ayelén Fernández y Diego "Pocono" Romero, que nos compartieron una pasión, una parte de su universo íntimo, y a ellos va mi agradecimiento.

Finalmente agradezco a María Teresa Sullivan, Sebastián Bosch, Federico Tinivella y Lucas Massuco que apostaron nuevamente a este proyecto, enmarcado en un convenio de colaboración entre la Secretaría de Cultura de la Muni a través de la Biblioteca Argentina "Dr. Juan Álvarez" y la Facultad de Ciencia Política y RRII.

<sup>1</sup>Los textos seleccionados fueron extractos de las siguientes obras: Javier Núñez publicado, en "La risa de los pájaros" (2009); Delia Crochet en sus obras "Bajo la quieta luz de un farol" (1998) y "Decir ahora" (2007); Juana de Ibarbourou relato de la antología "Cuentos para chicos de América" (1986) y Elena "Nelly" Galasso, de su obra "Gracias por todo" (2009). colectivo, que se alojará en el repositorio de la Biblioteca Municipal Dr Juan Alvarez y en el repositorio de la UNR para que pueda ser compartido por un universo de lectores.

# Escritura y lectura con sentimiento

Por Mónica Alfonso

¿Qué pasa? ¿Qué pasará?

Dudé. Deseché. Elegí.

La hoja ya no quedó en blanco.

Animé la idea. Desarrollé el texto. Quedé conforme.

Escribí en un ochenta por ciento lo que imaginaba.

El título cumplió mi expectativa.

Ahora tan solo restará grabar el relato. Tarea simple. Solo leer con voz alta y segura. renglón por renglón.

¿Qué pasa? ¿Qué pasará?

Frente al micrófono, no fijar errores que suponemos pequeños, inadvertidos. Recordar que el texto debe leerse varias veces hasta hacerlo nuestro.

Brindarle sincera emoción. Visualizar internamente los personajes, los lugares, las situaciones que nombramos.

¿Qué pasa? ¿Qué pasará?

Leer en voz alta no es fácil. La forma de decir puede destacar u opacar un trabajo bien pensado.

Desechemos una fría lectura, con voz insegura. Una lectura sin pertenencia.

¿Qué pasa? ¿Qué pasará?

Debemos mantenernos atentos a los detalles. Eso nos evitará tropiezos. Estemos preparados y en condiciones de poder sostener un buen resultado.

La experiencia sirve para superarnos, para comprender que la relación entre lo escrito y lo hablado, necesita del mismo nivel de importancia.

Sin apuro. Con pasión, pasará lo que convengamos que pase.





# Pasiones amorosas

Con la pasión de **Morena García**



# Pacto para compartir en soledad

por Matías Cardozo

Me sentaba en la plaza, rodeado de personas con las que más o menos compartía casi las mismas cosas, sacaba el termo y me ponía a cebar. La ronda iba hacia la derecha; la última persona que tomaba mi mate era una completa desconocida y aún así, me sonreía.

De noche en un bar, con amigos, la birra no pasaba de mano en mano pero parecía que sí. Las risas cómplices en la mesa, la anécdota del chico de otro pueblo y el chisme del vecino del cuarto piso eran moneda corriente en una salida.

Diferentes lugares, diferentes escenas, diferentes personas; nos presentan formas distintas de compartir.. Sin embargo, hubo un momento...

Hubo un momento que me despojó de mi zona de confort, un momento que me transportó al lugar donde inventé algo que llamé "compartir en soledad".

El ser humano siempre comparte con personas; pero "compartir en soledad" era algo distinto. No me refería a compartir sólo, porque para compartir siempre vamos a necesitar de un otro. "Compartir en soledad" era tener la suerte de compartir con alguien en particular. Y fue compartiendo miradas, sonrisas y hasta un mate en una ronda que iba hacia la derecha la forma como la conocí a ella.

Ese fue un momento de quiebre para mí; ya no compartía sólo mates, birras o simples momentos. Ahora compartía(mos) secretos, compartía(mos) la intimidad, compartía(mos) lo que nos hacía fuertes y también lo que nos debilitaba, compartía(mos) lo que amábamos y también lo que nos disgustaba, compartía(mos) miradas que a nadie más les hubiésemos compartido, compartía(mos) lágrimas, compartía(mos) vida.

Con esta muchacha hicimos un pacto para compartir desde lo más banal hasta lo más profundo. Un pacto que solo estaba en nuestra cabeza y en nuestro corazón. Un pacto que se volaba con la brisa del viento pero que quedaba tatuado en todos los espacios que frecuentábamos juntos.

Un pacto cuyo pilar era lo que nosotros sentíamos por el otro, un pacto para Compartir en Soledad. Un pacto que se actualizaba con el tiempo, se fortalecía con miradas y que se firmaba, incluso, con un mate.

Menos mal que el pacto no era escrito porque estábamos seguros que no nos alcanzarían ni todas las hojas del mundo para anotar todo lo que compartíamos; pero a veces imaginábamos que si hubiese sido escrito, al final de cada una de las hojas repetiríamos la siguiente frase: “todavía nos atraemos por la compañía que nos hacemos”.

*“Menos mal que el pacto no era escrito porque  
estábamos seguros que no nos alcanzarían ni  
todas las hojas del mundo para anotar todo lo  
que compartíamos.”*

# Pasión por la vida

por Eimi Clementz

Yo la vi, desde el primer momento, la vi. Yo la vi y supe que iba a llegar lejos, que iba a ser una guerrera y campeona de la vida. Yo la vi y supe que iba a estar a su lado siempre, al pie del cañón, hasta el último suspiro. Yo la vi y supe que, aunque nuestra historia no tuviera el final más feliz, aunque no comiéramos perdices juntas, ella iba a darlo todo para que así fuera.

Fue un miércoles el día en que la pelea más grande empezó. Fue un 11 de abril del año 2018 cuando ella juró, ante la mirada de todos, que iba a vencer o partir habiéndolo dado todo y un poco más de sí misma. Y cumplió, cumplió hasta cuando su cuerpo dejó de acompañarla en el ring, cumplió, incluso, cuando el dolor no le permitía pensar con claridad. Porque así era ella: intensa, terca y peleadora, pero con la pasión por la vida más grande y jamás vista en este planeta.

Y ella, también, me vio a mí. Obviamente lo hizo. Ella me tuvo entre sus brazos cuando apenas llevaba minutos fuera del útero, peinó mi pelo mientras cantaba una versión propia -y mejorada- del perro salchicha y limpió cada una de las lágrimas que el huracán de emociones llamado adolescencia me hizo derramar. Ella fue quien sostuvo mi mano para ayudarme con mis primeros pasos y fui yo quien sostuvo la suya para guiar sus últimos.

Ella me vio porque yo estuve ahí, en cada momento, en primera fila, gritando como la gran fanática que aún, hoy, soy de ella.

El primer round finalizó un jueves 3 de enero, a casi un año de su inicio, y todas las apuestas estaban puestas en ella. Había derrotado al más difícil de los rivales y, ahora, le tocaba su merecido descanso, marcar nuevas estrategias con su equipo y esperar a que el rival, por fin, se diera por vencido.

Qué ilusos fuimos todos al pensar que nuestros deseos habían sido escuchados, como si frotar una lámpara y recurrir a un genio fuese posible en nuestra realidad. Nos relajamos, bajamos la guardia y, el enemigo, volvió a atacar.

Fue, de nuevo, un día 11 cuando el primer golpe nos dio de lleno. Sí, nos dio, porque a esta altura ya todos peleábamos con ella. Si uno caía, todos caíamos detrás.

Fortalecido en lugar de derrotado, los meses que nosotros habíamos dedicado al ocio y festejo, él los había aprovechado para, silenciosamente, invadir todo lo que era vital. Porque no, ya no estaba solo, ahora eran muchos. Ahora era una gran invasión.

Las apuestas ya no estaban del lado de nuestra guerrera y la balanza se inclinaba mucho más hacia el lado de nuestro anterior perdedor. Las inseguridades, de a pequeños pero seguros pasos, lograron abrirse camino en la mente de cada uno de los que la acompañamos. Pero en la mente más importante, la de ella, no cabía, siquiera, la posibilidad de perder, de entregarse a la derrota sin dar una digna batalla.

Y la peleó, la peleó con el fuego más ardiente, brillante y único que se pudo apreciar en una persona alguna vez. Ella se aferró, con uñas y dientes, a esta vida, dando hasta lo que no tenía por permanecer, por perdurar, por enseñarle al mundo que, si ella podía, entonces nada era imposible.

Aún así, poco a poco, ese fuego fue perdiendo intensidad. Poco a poco, el cansancio provocó que la fuerza en su agarre se debilitara. Nosotros fuimos testigos fieles de cómo esa chispa en su mirada chocolate cargada de amor, día tras día, desaparecía.

Fue un 29 -sí, dos más nueve da once- exactamente a las cinco de la mañana cuando él, finalmente, venció. Fue un 29 de abril el día en que el universo perdió a su más grande guerrera. Y yo, sin dudar, estuve ahí, pegada a su lado, dejándole saber que podía rendirse en paz. Ella había cumplido con todas y cada una de sus promesas, no le debía nada a nadie. Había logrado dejar su huella, sembrando la semilla del amor en cada persona que su alma logró tocar.

Ella fue una gran apasionada de la vida, luchadora incansable en todo ámbito y sentido. Ese fuego, esas ganas de comerse el mundo, era una de las tantas pasiones que compartimos en nuestro tiempo a la par.

Ojalá algún día mi pasión por vivir, por salir adelante atravesando cada adversidad, pueda imitarla y volverse, al menos, la mitad de lo grande de lo que la de ella fue.

*“Ese fuego, esas ganas de comerse el mundo, era una de las tantas pasiones que compartimos en nuestro tiempo a la par.”*

# Pasión por los domingos

por Martina Giannetti

Con el paso del tiempo descubrí que una de mis mayores pasiones son los domingos y la razón son mis abuelas. Ellas viven en una "ciudad" llamada Cañada de Gómez, que para mí siempre va a conservar la esencia de pueblo donde se respeta hasta el horario de la siesta, y los domingos son los únicos días de la semana que puedo visitarlas.

Para cuando llego, mi abuela Teresa ya está esperándome, tan solo cuando escucha el auto abre la puerta de par en par con una sonrisa que aparece casi tan rápidamente como la velocidad de los pasos que doy para abrazarla. En ese instante es cuando los problemas que se me presentaron en la semana se esfuman y casi sin darme cuenta de manera automática se me dibuja una sonrisa en el rostro, detrás de ella, la puerta de la cocina deja pasar ese olor a comida casera que invade todo mi olfato y despierta mi apetito de repente.

En el comedor es donde se encuentra todo el bullicio, mis primos discuten sobre dónde se sienta cada uno y mi tío de fondo pidiendo que pongan la mesa, aunque el verdadero orden lo pone mi abuela cuando al grito de "está la comida" logra que en un minuto organicemos todo y estemos sentados aplaudiéndola por lo que cocinó, que sin importar qué, va a ser el mejor plato que pruebe. En la mitad del almuerzo siempre surgen las anécdotas graciosas de algún viaje que hicimos todos juntos o de navidades que pasamos en la casa de mis tíos, mi abuela hace que todos se callen y me da la palabra para que las cuente yo, que la hago reír lo suficiente como para que se le enfríe su comida. Para el momento del postre se levanta sin dejar que nadie la ayude y saca del freezer la chocotorta de todos los domingos. Al ver la mezcla de dulce de leche con crema embadurnar las chocolinas y su última capa bañada en chocolate nos sorprende a todos como si fuera la primera vez que la probamos y genera un silencio en la mesa donde lo único importante pasa a ser quién se queda con la primer porción.

Por la tarde, voy caminando hasta la casa de mi abuela Marta, que vive a tan solo cinco cuadras. Cuando me recibe puedo ver sus ojos marrón chocolate brillar de entusiasmo y en su abrazo se resumen tantas emociones que me

llevaría años describirlas. En la cocina ya tiene preparado los pocillos para hacer los cafés y platos repletos de cosas que ella sabe que me gustan. Antes de sentarnos busca el mazo de cartas para jugar al chinchón mientras merendamos y, aunque pierdo siempre, mi sonrisa sigue intacta, ya que, entre partidas, me cuenta anécdotas de su semana o historias de su vida que nunca me canso de escuchar.

Ver a mis abuelas, aunque sea esas pocas horas, me llena por completo. Los domingos, para mí, son el tanque de oxígeno de un buzo que le permite nadar por el océano con facilidad. Aunque, debo admitir que no son completamente perfectos, y ese porcentaje que les falta para ser ideal, se debe a que terminan.

El sol se va y comienza el anochecer. Es señal de que hay que volver. Cuando era chica durante el camino de vuelta me hundía en lágrimas silenciosas porque quería que esos almuerzos y meriendas no sean temporales sino todos los días y no lograba entender por qué tenía que esperar una semana entera de nuevo para ser tan feliz. No voy a negar que me sigue costando despedirme, nunca alcanza el tiempo que paso con ellas, ese abrazo final, en el medio de la calle antes de entrar al auto, que es una mezcla de felicidad, melancolía y tristeza es a lo que me aferro, pongo todas mis fuerzas para que no termine nunca, pero lamentablemente no se hace infinito y ese último “te quiero Abu, cuídate” que me sale de la garganta ya casi sin fuerzas parece quedar en el aire.

*“En ese instante es cuando los problemas que se me presentaron en la semana se esfuman y casi sin darme cuenta, se me dibuja una sonrisa en el rostro, detrás de ella...”*

# Olor a verano

por Naomi Holz

Me gustaste el primer día que te vi, fue por accidente. Cuando fui a comprar un chocolate al kiosco de la escuela y te vi sentado en la mesa que había en la diminuta cocina, donde tu mamá nos cocinaba el almuerzo a quienes debíamos quedarnos también a la tarde. Inmediatamente quise saber todo de vos.

Carla me contó que te habías ido de ese pueblo horrible, que fuiste a estudiar a otra provincia y que cada tanto venías a visitar a tu familia. "Yo también quiero hacer eso", pensé.

Yo era cercana a tu mamá porque siempre que podía me escapaba de clases para tomar mates con ella en la cocina y hablar de todo y todos, me habló de vos también. Me contó sobre tus estudios, lo bueno que eras y yo solo podía pensar en lo lindo que me parecías. Comencé a buscarte en cada esquina y en cada red social, miré todas las fotos que subías y me imaginé besarte incontables veces.

Tenías 24 años y yo estaba en el penúltimo año de la secundaria con 17, mi mamá pensaba que era muchísima diferencia de edad pero yo sentía que estábamos destinados -siempre me consideré una romántica empedernida-. Tenías la mandíbula cuadrada y un perfume que me generó una adicción inmediata.

Poco después del primer intercambio de "likes" en Instagram, comenzamos a hablar todos los días durante todo el día, un día me pasaste a buscar y nos fuimos a tomar tereré sentados en el baúl del auto, hacía ese calor tropical marca registrada de Misiones. Hablamos por horas, siempre nos fue fácil encontrar temas para charlar.

En todo mi cuerpo sentía algo, como electricidad, que se volvió más fuerte cuando comenzaste a tocarme el brazo, meses más tarde me confesaste que fue tu manera tímida de romper el hielo. Esa noche no había luna y tu rostro estaba iluminado por un foco que emitía una luz amarilla, había una urgencia en mis labios, me di cuenta que en los tuyos también y no te animabas, así que me acerqué con la excusa de abrazarte, y cuando estábamos separándonos, me besaste. Recuerdo que fue emocionante, me sorprendió

la sincronía que había entre nosotros, yo seguía pensando que estábamos destinados.

Recuerdo también sentir tu perfume como bálsamo para el dolor, esos días que dolía tanto ser adolescente.

Ese verano volviste a casa por las fiestas y fuimos inseparables.

El verano siguiente yo me mudé para estudiar y dejé atrás la escuela, la comida de tu mamá, y también tu perfume, con la seguridad de que si volvía a enamorarme iba a ser de alguien como vos.

Años más tarde mi papá compró el mismo perfume, y yo seguía recordando nuestro verano.

*“(...) con la seguridad de que si volvía a enamorarme iba a ser de alguien como vos.”*

# Un otoño peronista

por Pedro Maluf

Estábamos a principios del otoño. Yo caminaba con amigos mientras hablaba mal de vos, decía que por chat eras insoportable y que a cada persona que teníamos en común le caías pésimo. Caminé unas dos cuadras y casi me chocás. Vos en bicicleta y en llamada con alguien, yo paseando y con el mate en la mano. Me pediste perdón, me reconociste y me saludaste con cierta falsedad, no voy a negar que yo te reconocí primero e hice como si no supiese quién eras.

Pasaron unos días y me mandaste un mensaje, fuiste muy directo y me invitaste a una cita en el mismo parque de la otra vez. Al principio dudé, porque además de tu mala fama, yo salía con un chico que por lo visto no se caían muy bien. Pero después acepté, porque debo admitir, me generaba cierta intriga conocerte.

Nos encontramos en el parque, aunque en el momento decidimos ir a merendar a un bar con vista al río. Charlamos toda la cita y de muchísimos temas diferentes, desde Perón hasta Adele. Me acompañaste hasta la esquina de Catamarca y Av. Francia, y con el atardecer en un tono rojizo y las hojas que por el viento caían, me despediste. No fue un "chau", un "adiós" o un movimiento de mano, fue un beso. Aunque a la cuadra te escuché gritar «¡Viva Perón!» y lo tomé como la despedida definitiva.

Esa noche me fui a dormir de mi amiga Delfina. Después de contarle todo lo que habíamos hablado con una sonrisa boba, le pedí que por favor no me deje enamorarme de vos. Supe que eso iba a ser muy difícil cuando, a las 9:29 a.m. del otro día tenía un mensaje tuyo que decía «Buenos días digo yo».

Con el pasar del tiempo, nos vimos muchas veces y fue en la quinta cita en la que antes de que te vayas te escondí, en el bolsillo de tu campera, una carta. Una carta en la que, con un poema, traté de decirte lo mucho que te quería. Llegué a casa y tus mensajes bombardeaban mi celular. No sabía cómo ibas a reaccionar cuando la leyeras y fue tu foto llorando la que me saco la duda, te había gustado la carta y también te gustaba yo.

En el mismo chat, te conté que mi papá le había escrito una carta a mi mamá

para la tercera cita y que de él me había inspirado para escribirte, pero que por mi parte había decidido esperar un poco más por miedo a algún tipo de rechazo.

Estuvimos juntos todo mayo: paseamos por la peatonal Córdoba, merendamos en el mismo bar de siempre, nos abrazamos debajo de un paraguas y vimos películas por videollamada.

Fue un mes intenso y de muchas cartas, ya que cada sentimiento nuevo tenía como destino algún poema y algunas palabras que lo acompañaran.

Fue el mes cuando, gracias a nuestra relación, me di cuenta de que podía escribir en las cartas lo que no podía decir hablando. Encontré en ellas la ayuda que necesitaba para compartir mis sentimientos más profundos.

Pero empezó junio, cuando uno de los dos se dio cuenta del desamor que sentía y propuso juntarse a charlar. Nos encontramos en el bar, nada más que esta vez no íbamos a merendar. Toda la charla nos miramos a los ojos y con mucha sinceridad me contaste lo que sentías que, por desgracia para mí, no era amor. Yo por otro lado, no pude decir mucho, me quedé en silencio.

Llegué a casa y te escribí otra carta. Esta era de despedida. Te contaba todo lo que había sentido por vos y te dejaba bien en claro que, si querías volver a intentar, podías hablarme.

Pasó una semana y te pedí vernos otra vez para hablar, por suerte aceptaste. No te quería decir mucho la verdad, solamente te quería dar las cartas que más que mías, eran tuyas.

Te encontré por última vez, igual que en la primera: en el parque, con tu bicicleta y con los auriculares puestos. Me acuerdo que te di las cartas y me sentí aliviado. No hablamos mucho, porque ya estaba todo más que dicho. Así que sin sentimiento de dolor y con los dedos en v, me fui gritándote «¡Viva Perón, carajo!».

*“(...) nos miramos a los ojos y con mucha sinceridad me contaste lo que sentías que, por desgracia para mí, no era amor.”*

# Permiso para besar

por Matías Mari

Caro ya sabía de mi interés por vos, se lo dije en alguna oportunidad, en una de esas declaraciones de adolescentes tímidos -como lo era yo- hablar con una amiga de la chica que te gustaba para tantear el panorama, era una opción viable para no saltar al vacío del desamor adolescente, tan abrumador y horrible como solo un adolescente lo puede imaginar, como el fin del mundo.

En la casa de su abuela todo el grupo se juntaba para "premiar" y luego ir a una fiesta en un club, nadie sabía nada, como el secreto mejor guardado del mundo, esa noche ella iba a lograr que nosotros dos terminemos juntos. Pero todavía no sabíamos cómo iba a lograr eso.

Hacía mucho frío, 2 o 3 de la mañana, junio o julio, una de las chicas -Ana- se tenía que ir a su casa temprano, y fue ahí que Caro, ni lerda ni perezosa, nos postuló para que la acompañemos. Era la situación ideal, acompañarla y volver caminando juntos, solos, de noche, perfecto.

Cuando Ana decidió que ya era tiempo de irse, se preparó, nos miró, "¿me acompañan?" preguntó, "¡dale!" contestamos los dos al mismo tiempo y con el mismo énfasis.

Nos abrigamos mientras Ana saludaba a todos, nadie sospechaba nada. En la vereda había más gente que se había sumado a último momento, estaban fumando y charlando, uno de ellos quiso sumarse a nuestra travesía, pero Caro rápidamente lo paró, sin ningún interés en disimular lo que iba a pasar, "dejalos que vayan ellos dos solos a acompañarla" le dijo, vos te reíste avergonzada y nerviosa, se te marcaban los hoyuelos en los cachetes, nos dimos media vuelta y nos fuimos. Ana todavía no se percataba de la situación.

Quedaba bastante lejos su casa, entre un poco de nerviosismo y un ambiente un poco tenso llegamos, la despedimos, y ahí se dio cuenta, nos despidió con una mirada pícaro y cómplice, nos agradeció y se metió a la casa.

Quedamos solos, al fin, nos miramos, nos sonreímos, manos en los bolsillos, el frío ya era una fuerza contra la que luchábamos para poder avanzar en nuestro recorrido, en ese momento pensaba que Caro tal vez no ideó tan bien el plan, podría haberlo planificado para que sucediera a la tarde, tomando mates en un parque.

Emprendimos el regreso, pasamos por el centro, la charla se había tornado muy fluida, no parecía tener fin, cada vez que terminábamos un tema surgía uno nuevo, empezamos a darnos cuenta las muchas cosas en común que teníamos, lo mucho que concordábamos, nuestro único enemigo era el frío.

Eran las 4 de la mañana, se nos pasó el tiempo sin darnos cuenta, te consulté, -¿caminamos un rato más?"- "dale" contestaste mientras tus dientes chocaban y hacían el ruido de una persona que tiene mucho frío.

Caminamos durante otra media hora, hablamos de todo, te hice reír varias veces con mis chistes malos, ya empezabas a dejar de taparte la boca cuando reías para ocultar los aparatos de ortodoncia que te daban vergüenza mostrar, yo sentía cada vez más fuerte esa sensación que no había sentido nunca en mi vida, "será el frío" pensé, intentando negar lo que ya estaba ocurriendo en mí.

A mí me venía molestando la rodilla y estaba cansado, estábamos llegando a la hora de caminata, pero no quería cortar la noche ahí, alguna cosa tenía que inventar para continuar juntos. Recordé, que a la vuelta de la esquina por la que estábamos pasando había un banquito, que de noche era oscuro, nadie nos vería ahí sentados, para seguir charlando y poder descansar mi rodilla congelada.

Nos guié hasta el banco, -que más adelante sería nuestro lugar predilecto de encuentro- nos sentamos, seguimos hablando un momento hasta que nos quedamos en silencio un momento mirando el suelo. Ya no había de qué hablar.

Suspiré, largando vapor por la boca, con las manos en los bolsillos, nos miramos a los ojos, nos reímos, "¿Y ahora? Ya está, es el momento" -pensé-. Me enderecé en el banco, aclaré la garganta, "Bueno" -dije como dando finalizada la jornada y haciendo una pausa para ver qué hacías- sonreíste y me miraste, "¿qué pasa?" -preguntaste temblando- "¿nos vamos a besar o no?" -respondí rápido, sin titubear y serio, casi enojado de que todavía no lo habíamos sugerido siquiera- largaste una risa fuerte que todavía no te había escuchado, mientras sacabas tu mano derecha del bolsillo de tu campera para llevarla a mi mejilla "Si" -respondiste entre risas nerviosas- mientras llevabas tu mano a mi mejilla.

*“¿Nos vamos a besar o no?”, largaste una risa fuerte que todavía no te había escuchado. ‘Si’ respondiste entre risas nerviosas mientras llevabas tu mano a mi mejilla.”*

# Verde que te quiero y me quieres verde

por Lara Melodía

Hasta los dieciséis años, creía que eso era algo totalmente aburrido. En mi inquietud me costaba ver algo que crece tan lento, que tiene ciclos, que tiene momentos determinados, que empieza y termina a su ritmo, que no se apura. No entendía por qué disfrutaban tanto de eso, por qué les apasionaba tanto, hasta que me tocó. Casi sin pensarlo, sin percibirlo, estaba en ese lugar, disfrutando de contemplar aquello que no entendía y me parecía tan asombroso a la vez.

Un día, cuando volvía de la escuela, pasé por la casa de mis abuelos. Era casi un ritual hacer eso porque vivíamos a menos de una cuadra de distancia. Una casa de rejas blancas y una fachada color cemento, escondían entre sus paredes a dos personas pilares en mi vida. Colores cálidos, un aroma a comida, fotos familiares, caricaturas sobre gauchos y paisanas, el gusto por el chamamé y un saludo lleno de emoción por verme llegar, por estar ahí, son algunas de las cosas que me contenían al entrar. Sentada en la cocina, la envolvía una luz que parecía de atardecer, pero yo creo que era por las cortinas amarillas, se encontraba mirando por la ventana que daba al patio trasero. Uno de los lugares más mutantes que conocí. Primero fue un lugar de juegos durante toda mi infancia, y ahora que todos los primos crecimos, se convirtió en tierra fértil que acoge semillas de todo tipo. Estaban contenidas en macetas, la gran mayoría eran de plástico, de colores fuertes como amarillo, verde o violeta, pero había una de cerámica, que era mi favorita. Estaba en un rincón, no era tan visible pero no me importaba, yo la buscaba y la iba a ver igual. Creo que lo que más me llamaba la atención eran sus colores pasteles, además de su gran tamaño. No era muy grande pero tampoco muy chica, era del tamaño ideal para ser el soporte de contención de una de mis plantas favoritas.

Dicen que los aromas te transportan a momentos, y los que emanaban estas plantas eran un pasaje directo a lo que yo creo fue mi época más feliz, las vacaciones de verano cuando todavía estaba en primaria. Jugar horas y

horas en aquel patio, sin sentir que el tiempo pasa, sin sentir que las plantas siguen creciendo.

Llegado el momento en el que florecía una de las tantas, era como una fiesta. Es el momento más esperado, más especial, y como amerita, era necesario darle su importancia. Por eso, se proclamaba por toda la familia, o por lo menos entre las personas que iban a la casa, llegaban imágenes por medio del grupo de la familia sacadas con tanto amor que las hace perfectas.

Así como florecen las plantas, floreció mi amor por ellas. Debo admitir que este amor tiene un origen, que no se dio de la nada, que estuvo influenciado por las mujeres que me vieron crecer, que estuvieron para mí como yo estuve para ellas. Lo rectifico, lo amo, porque cuando uno ama no sabe por qué lo hace, no tiene palabras para explicarlo, e irónicamente acá estoy yo, tratando de contarte por qué son importantes para mí.

Contemplar cada detalle, cada hoja, cada flor, cada espina o cada mínimo yuyo que sale cerca de ella, es como ver arte, el arte de la naturaleza. A mí me gustaba hacerlo acompañada, al lado de su respiración, de sus latidos, de sus miradas, porque me hacía ver el mundo de una forma más bella. Sus ojos buscaban ver aquello que quizás yo no podía ver en ellas, y mediante sus palabras, podría entonces buscar y deleitarme con esas imágenes. Es el gran poder que tienen las susodichas, el de poder generar un vínculo, con otros que te acompañan en el camino y con ellas, porque escuchan, perciben y sienten.

Las plantas de la abuela, pasaron a ser las plantas de mamá que adornaron todo mi patio y que también pasaron a ser un poco más. Comenzaron a teñir el espacio de verde, de vida, de emoción, de esperanza. Por eso, ahora, esa maceta está en mi casa, porque ya no está para cuidarla, y como me enseñó, ahora las tengo que cuidar yo, seguir plantando semillas en otras tierras, para poder próximamente contemplar sus frutos y volverte a sentir cerca.

*“(...)seguir plantando semillas en otras tierras, para poder próximamente contemplar sus frutos y volverte a sentir cerca.”*

# Allá, a los 16

por Agustín Nalli

Teníamos 16 años, ¿se acuerdan? Queríamos ser estrellas de rock, tocar la guitarra, fumar y no conocer rutinas. Cuando llegaba el viernes nos subíamos al colectivo para ir a la casita de fin de semana de mi abuelo, donde podíamos enchufar los amplificadores a volúmenes altísimos y escuchar toda la música del mundo sin que nadie nos moleste. Nuestro super poder era crear un mundo propio, con reglas y códigos inventados, un lenguaje único y manejable solo por nosotros. Sabíamos disfrutar de la música fuerte, los instrumentos sonando y de las conversaciones a los gritos; y también de momentos tranquilos, en los que charlábamos sobre problemas que nos daban vueltas, de desamores adolescentes y de lo que queríamos ser de grandes. Nada parecía estar mal, la vida nos sonreía y las cosas se resolvían con facilidad, salvo para mí que siempre fui bastante cabeza dura.

La casita siempre nos trató bien, nos abrigaba cuando hacía frío y nos refrescaba con su arboleda los días de calor. El vecino de la esquina parecía tenernos cierto cariño y nos dejaba conectarnos a su wi-fi, que en verdad casi nunca usábamos. Los desayunos eran los mejores, mientras ustedes dormían como si nada pasara, emprendía mi travesía hasta la granja de Laura para comprar facturas para el mate. A veces me sorprendían despiertos, con algún disco ya sonando en el grabador de mi vieja o tocando la guitarra, incluso recuerdo que un vecino cantó con nosotros desde el otro lado del tejido mientras esperábamos a que la pava se caliente. Además, teníamos buena compañía: la Gorda, que aparecía una mesa ratona, y el Aníbal, un perro enorme y marrón, pero muy tierno y manso. Eran los mejores perros callejeros del mundo y tan amigos como nosotros; apenas escuchaban el griterío, corrían y ladraban para poder entrar, y cuando el fin de semana terminaba nos acompañaban hasta la parada de colectivos y esperaban, echados y con la cola entre las patas, hasta que el armatoste amarillo llegara.

Nuestra relación era un poco rara porque durante la semana no nos dirigíamos mucho la palabra, a pesar de que compartíamos los recreos en el patio. Pero adentro nuestro, sabíamos que cuando el timbre de las doce del

mediodía del viernes nos indicara que ya éramos libres de las paredes de la escuela, nos encontraríamos lo antes posible para disfrutar juntos un fin de semana más. A veces no éramos los únicos, se sumaban más personas con sus instrumentos, o a la piletta o a comer hamburguesas y charlar hasta muy tarde. ¿Se acuerdan cuando la novia de Pablo se enojó porque pasaba más tiempo con nosotros que con ella? La tuvimos que invitar para quedar bien.

Escuchar lo que Damián tenía para decir siempre era increíble. El chico pelilargo de los pájaros y los peces raros siempre destacó por su sencillez y velocidad para responder con avivadas y sarcasmos, pocas palabras, pero justas. Será porque además de nosotros tenía amigos más grandes, o porque leía mucho, o porque es de otro planeta. Nunca lo sabremos. A veces cambiábamos e íbamos a pasar la noche a su casa porque estaba llena de instrumentos de su hermano mayor: una mandolina, un par de guitarras, instrumentos de percusión aparentemente africanos y la codiciada batería. Podíamos atrincherarnos en el depósito del negocio de su padre a ver películas entre los repuestos de heladeras y aires acondicionados hasta cualquier hora. A mi mucho no me gustaba convivir con sus 4 o 5 gatos, que se trepaban a todos los muebles y maullaban y me caminaban por encima mientras intentaba conciliar el sueño.

Como la casita quedaba cerca del río los días de verano nos quedábamos hasta tarde viendo el agua marrón. A veces bajábamos hasta la orilla con cañas baratas a pescar mojarritas, pero casi nunca sacábamos algo. Cuando llegaba la noche las estrellas se veían muy bien lejos de la ciudad, y mejor se veían cuando apagamos las luces de toda la calle principal, que como pertenecía a un pueblo tenía poquísimo tránsito. Era en definitiva una maldad con ventajas que constaba de uno de nosotros trepado sobre otro para bajar el interruptor de la caja de la luz. Después de eso nos dirigíamos de nuevo a Rivadavia y nos acostábamos en el medio de la calle a ver el cielo, mientras yo decía con tono misterioso que el humano era insignificante. Hasta que un día dejamos de hacerlo porque los de la comuna cerraron la caja de la luz con un candado y era mucha historia abrirlo.

Era inevitable que los años pasen, las responsabilidades de cada uno fueron cada vez mayores, de a poco la vida adulta empezaba a romper los límites de nuestro mundo hecho de música, comidas y andanzas para encasillarnos en rutinas dirigidas por el trabajo y la facultad. Pero darnos por vencidos no iba a ser una opción, el hueco para ir a la casita siempre lo encontrábamos, aunque cada vez con menos frecuencia. Pablo fue padre y yo también, y vos, Damián, decidiste emprender un viaje por Latinoamérica porque te habías obsesionado con los pueblos que habitaron esas tierras hace muchos años.

Como dice la canción, solo se trata de vivir y eso hacíamos y hacemos, a pesar de la distancia, de nuestros tiempos cruzados, de nuestros humores a veces cansados y de nuestros años pesados. Cada tanto, cuando los astros de la adolescencia se alinean nos volvemos a encontrar; y jugando a ser jóvenes, reímos, cantamos y recordamos lo lindo de compartir la vida con amigos. Y les escribo esta especie de carta porque los extraño y creo que ya es momento de volver a juntarnos. Yo llevo la guitarra, Pablo lleva el cajón y Damián... intenta llevarte vos, porque no te olvides la cabeza porque la tenés pegada. El viernes los espero en casita.

*“Cada tanto, cuando los astros de la adolescencia se alinean nos volvemos a encontrar.”*

# La familia que uno elige

por María Luz Nalli

Cuando tenía 5 años, en el primer día de jardín junto a mis papás escuché que habría una compañera nueva. Nos dijeron que seamos amables con ella y le diéramos la bienvenida y yo, que no tenía ni un gramo de vergüenza, me acerqué a esa nena rubia con dos colitas que estaba tímidamente escondida entre sus padres. La saludé, le dije mi nombre y le hice una pregunta: "¿Quieres ser mi amiga?"

Ya pasaron 14 años desde aquel día y después de tantas risas, llantos, gauchadas, peleas, fiestas, viajes, momentos en los que fuimos muy felices y otros en los que no tanto. Puedo decir que acercarme y hacerle esa simple pregunta fue una de las mejores decisiones que tomé. Ella me dio un gran regalo y no hablo de algo material, sino de algo que no tiene precio, su amistad.

No voy a mentir, somos demasiado diferentes. Ella pasa sus tardes leyendo sobre huesos, sistemas nerviosos y músculos y yo leyendo textos extensos sobre pensadores, lingüistas, filósofos y muchos otros. Ella es bailarina y yo odio bailar, a mí me encanta el invierno y ella ama el verano, ella siempre prefiere lo dulce y yo claramente lo salado. Pero todas esas diferencias lejos de separarnos, nos unen, nos demuestran que para ser amigas no tenemos que ser iguales, sino honestas e incondicionales. Esas diferencias nos complementan, nos ayudan a crecer y todas esas contrariedades pasan a un segundo plano cuando charlamos, reímos y tomamos unos mates (yo amargos, ella dulces).

Un amigo es como un ibuprofeno emocional, sabe dónde te duele, sabe lo que te está haciendo sentir mal y alivia el dolor, aunque sea por un rato hace que te sientas mejor. Con un chiste, con risas, o simplemente en silencio y acompañándote ayudan a mejorar y a salir adelante. Un amigo es también un padre que te corrige y te reta si es necesario, es hermano que cada tanto te pelea por cosas insignificantes pero sabes que te quiere igual, es compañía, es respeto, es confidencia.

Con solo mirar a un amigo ya sabes que está pensando, es como una telepatía que no tiene explicación. Lo conoces tanto que sus gestos

delatan sus sentimientos y con solo miradas se dicen cosas.

Los lazos que nos unen con nuestros familiares son de sangre, de hogar, de crianza. Los que nos unen a nuestras parejas son por compromiso, noviazgo y por dependencia emocional. Pero entre un amigo y vos no hay nada que los una más que el amor y el disfrutar mutuamente de la compañía del otro sin ningún interés, sin esperar nada a cambio, sin condiciones. Por eso la amistad para mi es tan importante, es la familia que yo elegí.

*“(...) la amistad para mi es la familia  
que yo elegí.”*

# Desde el día uno

Por Rafaela Nuñez

Desde el momento en el que te vi, supe que no ibas a desvanecerte con facilidad.

A los catorce años la vida es como un río descontrolado, dinámico y acelerado. Tu llegada a mi vida fue igual. Ese día fuimos con mi mejor amiga Solci a la casa de un amigo nuestro de la escuela y ahí estabas vos. "Ivo me llamó", dijiste, me miraste con tus ojos cafés mientras jugabas con una pelota de tenis en la mano, estabas sonriendo, la timidez y la frialdad nunca fueron lo tuyo.

Me costó reaccionar, fue muy cómico mi momento de pausa total, pero te dije mi nombre y largué una risita de lo más incómoda. Arrancamos a charlar y surgieron temas que para mí, eran de lo más importante: comida y música. Resulta que nuestros gustos no eran similares, pero eso lo hizo todo más interesante. Me caíste muy bien, demasiado, tu risa era la más contagiosa que había escuchado, me empecé a soltar y la confianza emergió de manera natural entre los dos. Me encandilaste.

A partir de ese momento, empezamos a formar un grupo de amigos increíble, de ser cuatro pasamos a ser una numerosa banda de once personas, y mis días preferidos eran cuando había una juntada organizada y sabía que te iba a ver. Siempre te mostraste maduro, pero no superior, desenvuelto, con tu perfume característico y tu sonrisa, y al sumarle que eras el "alma de la fiesta" por tu sentido del humor, eras definitivamente mi combo perfecto. El combo se vio interrumpido por tu accionar bastante mujeriego con absolutamente todas las chicas que conocías, pero no lo suficiente como para que dejaras de encantarme.

Me di cuenta de que yo te gustaba una tarde nublada, en la que después de jugar a las cartas me pediste que te acompañe al piso más alto del edificio para buscar algo que te habías olvidado. Cuando llegamos a la terraza me diste un beso, yo no tenía experiencia alguna en el tema, pero me dejé llevar y el beso terminó siendo dulce y cuidadoso, no como los besos que te he visto dar en fiestas, este era diferente.

Ese beso desencadenó una historia bastante larga e inconstante de amor, con baches y espacios vacíos en los que cada uno hizo su camino. Ahora con veinte y veintiún años, nos llevamos igual de bien que el día uno, y aunque ambos sabemos que nos seguimos gustando no lo pensamos como una posibilidad por el grupo tan lindo de amigos que formamos y el vínculo mutuo que logramos crear entre nosotros, ninguno de los dos arriesgaría la amistad del otro por un romance fugaz.

Pero hoy en día, siempre que hay una juntada una parte de mí sigue queriendo que me lleves al último piso del edificio, y me des un beso igual que el primero.

*“(...) una parte de mí sigue queriendo que me lleves al último piso del edificio, y me des un beso igual que el primero.”*

# Brújula

por Lourdes Silva

Lo primero que me pregunté es ¿Qué es una pasión? Solo se me ocurre que puede ser eso que jamás nos cansamos de hacer, y ¿qué es eso que sigo haciendo aún en mis momentos de baja energía?, es que claro, he bailado, actuado, cocinado y viajado, acompañada de esas mariposas en la panza que me decían "esto es lo que amas", pero no me duraba mucho tiempo.

Surge otra pregunta ¿Una pasión dura toda la vida? Toda la vida me parece muchísimo tiempo para ciertas cosas, para casi todas las cosas. Un amor para toda la vida, no es lo mío, de hecho, es un concepto que vengo "militando" hace un tiempo. Los cambios se volvieron la parte que más me gusta de la existencia.

Y ahora lo puedo ver muy claro, algo se iluminó y me dijo: sumar experiencias a puro estímulo es lo que me motiva, llegar a lugares nuevos, con gente nueva que te cuenta su pasión con los ojos brillantes, con las palabras saliendo de sus bocas eufóricas ¡qué satisfacción se siente alojar tanta alegría ajena!

De repente me traslado a esos momentos donde algún personaje me avalancha con su historia, esas que te ponen la piel de gallina, y voy a admitir, algunas veces sentí celos, porque pensaba: "qué hermoso sentir tanta pasión por algo". Y sí, desconozco bastante esa emoción. O quizás no, y sí, se puede sentir a través de otro, si no, no podría explicar las veces que lloré de emoción viendo a un artista bailar en el teatro, por ejemplo. O las veces que grité tanto un gol de mi hijo en la cancha aunque jamás me interesó el fútbol.

Permitirse ser atravesado por ese amor que una persona emana al estar donde quiere, haciendo lo que le da sentido a su existencia, es sin duda, una privilegiada pasión.

Acompañar, con cuerpo y alma ha sido más de una vez lo que me dio una alegría, no soy una persona de muchas palabras, pero sí de mucho oído. Soy la que presta el silencio o una risa en momentos tensos.

Durante mucho tiempo lo hice en modo automático, o por esencia. Y hace ya dos años se volvió mi trabajo, casi de casualidad.

Empecé con adolescentes, con las problemáticas más duras que he visto, me

preguntaba todo el tiempo si la manera en la que acompañaba estaba bien. Cada paso que daba lo media a más no poder. Después solo me empecé a sentir una adolescente más y brindar lo que yo hubiese querido recibir en esos años, que de hecho son los más difíciles de transitar.

Y ahí me encontré con ellas de nuevo, las pasiones. Pasiones muy prematuras y poco, o nada, regadas, con pocas posibilidades de que crezcan en estos adolescentes que estaban en un lugar muy marginado de esta sociedad.

¿Cuán sano es querer algo tanto? O mejor dicho ¿Para quiénes es sano tener una pasión?

En mi trabajo de acompañamiento pude dar palabras de aliento y abrazos silenciosos, pude hacer ricas tortas y arropar en la cama a algún que otro adolescente con frío. Pero estoy segura que no di más de lo que recibí.

Entonces ahora sí me puedo responder a mí misma, pasión: eso que haces sin peso alguno, y que te reditúa al instante y por duplicado. Eso que te llena un poco ese vacío al que ya estabas acostumbrado.

Hoy me toca acompañar las primeras infancias, debo decir que es un lugar mucho más esperanzador, donde me encuentro rodeada de inocencia y puedo poner en práctica cuan fundante es el afecto en la vida de los seres humanos.

Es lo que me quedó al ver que el mundo no se puede cambiar por más intenciones que tengamos, pero sí podemos hacer más amenas algunas vidas o etapas de estas. Elegí ser brújula, de esas que te ayudan a encontrar tu pasión.

Orgullosamente puedo decir que en la sala descubrí ya, a una gimnasta y un gran dibujante. Fue con ayuda de la mirada particular. Un préstamo de atención a cada niño y cada niña, sin quitarles su autonomía, desde un lugar donde puedan sentir que estoy, sin estorbar su juego.

Me fascina ver nacer esas pasiones, la imaginación es un poder maravilloso que erróneamente algunos dejan ir. Es el alimento de los sueños cuando despertamos.

Concluyo en que hay que abrazar fuerte nuestras pasiones, porque no siempre notamos el privilegio de tenerlas, porque son las que nos dejan un poco a salvo en este mundo, a veces, tan hostil.

*“Hay que abrazar fuerte nuestras pasiones porque son las que nos dejan a salvo en este mundo a veces tan hostil.”*

# Placer compartido

por Lourdes Vergara

Juan Carlos o "Caramelo", es mi abuelo de parte de mi mamá. Tiene 80 años y vive en Armstrong, un pueblo a 80 kilómetros de mi casa. Lo veo poco, un fin de semana al mes, cuando mi madre va a trabajar al pueblo. Mi abuelo vive con la Ade, mi abuela del corazón, es la persona más buena y bondadosa que alguna vez conocí, ella le dice Caramelo. Es un apodo que le pusieron de joven porque era muy dulce, según él. Hace casi cinco años a mi abuelo le diagnosticaron Alzheimer y desde ese momento él y todos cambiamos. Yo no era súper pegada a él, pero desde ese momento empecé a compartir más, pensando en que algún día se iba a levantar y no iba reconocerme.

La convivencia se tornó difícil. La enfermedad lo volvió más nervioso, ansioso y gruñón. Se cansa muy rápido de las cosas, de los lugares y de las personas. Le gusta la comodidad de su casa, estar con su perrito y seguir una rutina igual todos los días.

El único momento en el que se lo ve tranquilo es cuando cuenta historias de su vida. Amo esas historias y sé que a él le gusta mucho contarlas. Me encanta ver ese brillo que se le forma en los ojos porque lo hace volver en el tiempo y revivir esa situación. Perdió a su mamá desde muy chico y habla mucho de eso. Trabajaba en construcciones y cuando empieza a hablar de eso no entiendo mucho, pero el entusiasmo que tiene al contarlo es lo que me atrapa. La historia de cómo conoció a la Ade es la que disfruto más. Saber el amor que se tienen y que ese amor rompe todas las barreras de la enfermedad.

Por el Alzheimer, no recuerda si me contó esa historia y yo tampoco le digo que ya la me la contó. Me gusta que piense que nunca la escuché. La historia es la misma pero algo siempre cambia, un lugar distinto o incluso nuevos personajes. A veces me hace pensar en si los inventa o si la vez anterior se olvidó de ellos. Disfruto y aprendo mucho de las cosas que me dice. Los abuelos son muy sabios y siempre dejan una huella en sus nietos. La huella que dejó mi abuelo en mí, son sus incontables e inesperadas historias de vida.

Gracias al tiempo compartido en estos últimos años, me di cuenta que te puede dar placer leer, escribir o jugar algún deporte. Pero el placer más grande es sentir amor verdadero. Y el amor de los abuelos es el más puro y sincero que existe. Ese amor lo encuentro en el brillo de los ojos de Caramelo.

*“Me encanta ver el brillo que se le forma en los ojos porque la hace volver en el tiempo y revivir esa situación.”*

# Aficionadas

por Tania Videla

Siempre me gustó compartir con vos. Nunca me planteé el por qué, sólo sabía que estar juntas me daba tranquilidad.

Me cebás uno de tus mates bien dulces, esos que yo siempre te critico. Hablamos sobre nuestra semana, la facultad, el grupo de amigos. Planificamos la próxima salida mientras se cocina en el horno uno de tus famosos budines integrales. Charlamos y volvemos a recorrer las anécdotas que constantemente repetimos, los lugares que transitamos juntas, las personas con las que compartimos. Podría contarle mi vida entera a alguien, pero solamente vos la viviste conmigo. Es inexplicable esa confianza muda, silenciosa, que sentimos. Nunca nadie me conoció tanto, no me podría reconocer sin vos, acompañándonos.

Qué difícil sería imaginar una vida sin tu amistad. Desde que tengo uso de memoria estuviste ahí: ni siquiera recuerdo cómo nos hicimos amigas o cuál fue nuestra primera conversación. Pero sí podría rememorar millones de capítulos de este vínculo tan inefable. Momentos como los primeros años en jardín de infantes, cuando nos escapábamos durante los recreos, o las mañanas en el auto mientras íbamos al colegio. Ni hablar de todas las actividades que hacíamos juntas, y con las cuales íbamos creciendo a la par. En ese momento, durante la adolescencia, nuestra relación se volvió aún más fuerte, más inquebrantable y sincera. De la misma manera, aquellas conversaciones se tornaron más profundas y trascendentales.

¿Por qué a veces nos cuesta tanto definir la amistad? ¿No es acaso algo que todos vivenciamos? Tal vez se debe a que resulta difícil mostrarse vulnerable, confiar en otro y en sí mismo. Sin embargo, en los momentos necesarios, y en los innecesarios también, existe ese afecto mutuo, ese ímpetu para ayudarnos. Un abrazo que cura, una charla que alivia, un silencio que acompaña. La amistad es una verdadera afición, una elección consciente y, me atrevo a decir, la única que siempre garantiza nuestro bienestar. No hay que negar que también discutimos, peleamos y desacordamos. ¿Qué habría de interesante en coincidir con alguien exactamente igual a uno?

Me gusta pensar que recolectamos memorias, que sembramos recuerdos. Construimos una familiaridad inigualable, casi eterna. Nos entendemos perfectamente, no nos medimos mutuamente. Invertimos nuestro tiempo y emociones en alguien más, por el simple placer de "ser" juntas. Ser libres, sentimentales, cobardes, especiales. Hay algo en esa particularidad, en ser especial para alguien, que nos permite existir un poco más en paz.

Efectivamente, nos gana la paz. No hay un punto final en la historia, una despedida tierna o un cierre abrupto. Existimos, a la par, en la vida de la otra. No buscamos mantener nuestro vínculo porque ya nace de nosotras. Creo que eso es la amistad, nuestra amistad: la tranquilidad.

*“No hay un punto final en la historia, una despedida tierna o un cierre abrupto... existimos a la par.”*

# Montaña rusa

Azul Vergara

No sé si estoy lista para estas palabras, para contar nuestra historia, pero voy a hacerlo porque es la mejor historia de amor que viví y viviré.

Voy a comenzar diciendo que te extraño, a tus ojos color café, tus rulos desmarañados y esa sonrisa que tanto te caracterizaba. Estoy acá, mirando a la luna, esperando a que te pase mi llamado y que al despertar estés a mi lado.

Un 6 de enero para ser exactos, me encontraba en tu ciudad, Posadas, Misiones. ¿Cómo terminé allí? Vacaciones familiares. Desde que te vi, captaste mi atención, pero era demasiado tímida como para presentarme frente al chico de camisa celeste, de lentes, quien se reía descaradamente de lo que parecía ser un familiar. Tu mirada no cruzó con la mía, pero desde aquel momento, hice todo lo posible para evitar sentir lo que me era imposible de aceptar. Me estaba enamorando.

Al día siguiente, si ibas a la derecha, yo iba a la izquierda, arriba, abajo, me gustabas. Me acuerdo que no me sentía bonita y decidí previo a comer ponerme una camisa azul rozando mis rodillas, esa que tan bien combinaba con la tuya. Y así fue, como al cruzar el puente de madera tan de película, estabas leyendo como si me esperaras y te sonreí avergonzadamente de reojo. No hay palabras para expresar ese momento más que felicidad.

El calor era asfixiante, por suerte estábamos en un complejo de piletas y había opciones que facilitaban el acceso a una buena dosis de frescura, y utilizaste eso a tu favor de una manera muy inteligente, debo admitir. Como adolescentes de 15 años, no había tiempo para perder y que mejor conversación que tirarte a la pileta de manera inesperada, para luego jugar a la búsqueda del tesoro con mis ojotas. Tu mirada aún me persigue en las noches.

Te aprendiste mi nombre, te hiciste amigo de mis hermanos, incluso le caíste bien a mi papá. Todo iba bien, a sabiendas que eras de acá y yo vivía a 974 kilómetros de distancia, sin embargo, nunca creí en que iba a funcionar, solo me dejaba llevar por el calor y las hormonas que volaban por el aire. No estaba preocupada, estaba conforme, ¿Por qué dejaste tu libro...?

Nos volvimos a ver al día siguiente, todo se debía a que tenía que devolverte el libro que tan intencionadamente habías dejado, lo sabía, lo sabías. Pero ahora la situación de alguna manera había tomado un giro inesperado; mi familia te quería y te acogió dentro de mi cabaña.

“¿Cómo describirías tu vida? Montaña rusa respondiste, ya que uno se sube al limbo de la vida, algunos con cinturones de seguridad, otros no, algunos sonríen para el momento de la foto con los pies desnudos y las manos agitadas disfrutando del vientito en la cara y otros tienen miedo, se sientan en su asiento buscando la salida más próxima, sin embargo todos estamos en el mismo camino, tratando de ser felices en el intento”.

Me encantaste desde la primera vez que te vi, hasta el último segundo que me despedí. Tu forma de ver al mundo, de desafiarlo, de abrazarlo, de amarlo. Pero había un final, y ese inevitablemente estaba a punto de llegar. Pero, de todas formas, te tomé de la mano y te llevé a lo que parecía ser un sendero con la excusa de hablar, pero realmente quería que me confieses si estabas sintiendo el mismo vértigo que me producía tomarte de la mano o solo era producto de mi imaginación.

Era tan mutuo que al mínimo roce de nuestros labios salían chispas y mi cuerpo repentinamente colapsó tirándome al piso, me imitaste y ahí estábamos, mirando al cielo sonriendo tanto que nos dolían las mejillas. Nos quitamos el polvo de la ropa, nos levantamos y nos dirigimos a terminar nuestra velada de la manera más romántica posible.

Eran pasadas las 23.00 horas y se escuchó un sonido repetitivo de lo que parecía ser una bocina; te vinieron a buscar en autito de color rojo que resaltaba en la oscuridad. Nos miramos, nos besamos y me dijiste al oído “gracias por existir”. Tenía la mirada perdida, las piernas me temblaban y el corazón me palpitaba muy rápido. Te tenía que dejar ir, pero no quería, no me conformaba. Te quería, te amaba.

Desde que te fuiste mi vida cambió, dicen que hay personas que vienen a nuestra vida para marcarnos, dejarnos una huella, y la tuya la sigo preservando tratando de que mi mente no juegue conmigo y se mantenga en el tiempo tu recuerdo, intocable, imborrable. A sabiendas que, aunque haya pasado dos años y no sé de tu paradero actual, una parte de mí te sigue esperando, deseándote lo mejor estés donde estés.

*“Me encantaste desde la primera vez que te vi,  
hasta el último segundo en que me despedí.”*

# Pasiones artísticas

Con la pasión de **Juan Nemerovsky**



# *La actuación y su famoso no sé qué*

por Alexia Dreise

Mis comienzos

Desde aquel 22 de febrero del año 2014 mi amor por el arte dio un giro rotundo. Con tan solo once años y a causa de mi timidez en cada momento que se me planteara hacer sociales, mi señora madre decidió de anotarme en clases de Comedia Musical y conseguir que me saquen de ese mundo solitario del que era partícipe.

Empecé un sábado como cualquier otro sin tener noción de que vos, Comedia Musical generarías tanta pasión y amor en mí. Recuerdo que llegué veinte minutos antes emocionada por conocer ambientes nuevos, pero a la vez sentía que me moría de la vergüenza. Empezaron a llegar todas esas personitas que con el pasar de las clases se transformarían en compinches para cada improvisación en actuación. Y sí señora actuación, merece que la halague de la mejor manera posible por lo maravillosa que fue su presencia en mi vida de Alexia pre-adolescente y mi largo trayecto en la Comedia Musical.

Por ese año hice Comedia Musical en el Teatro "El Círculo", de Rosario. Fue una experiencia diferente en comparación con las que viví en los años siguientes hasta llegar al año 2021.

Mi querida actuación en conjunto con el baile desde siempre fueron mis canales de apoyo a la hora de hacer una puesta en escena, con esto no quiero decir que dejo de lado a mi querido amigo el canto, ino no no!, sino que llego al momento de cantar y me atraviesan un sinfín de emociones. Es una cadena interminable de circunstancias que en unos segundos me hacen temblequear las piernas. Todo comienza con esa pizca de nervios que te hace quedarte muda, continúa con un alboroto en la panza, prosigue con teñirte de ese tono rojizo toda la cara dejándote totalmente en evidencia y finaliza con esas gotitas de transpiración que te hacen creer que corriste una maratón de cuarenta y dos kilómetros. Estimado canto yo te quiero, pero me haces sufrir mucho en cada nota a entonar.

Fue ese no sé qué, que a dos años de haber comenzado con mis clases de

Comedia Musical me dio a conocer ese amor que les tenía a estas artes escénicas, pero más que nada a mi compinche en todo...mi querida actuación.

A diario me pregunto qué fue aquello que me hizo llegar a la pasión que le ponía a cada escena a representar. Con el pasar de los años, muchas escenas actuadas arriba y abajo del escenario, momentos compartidos entre compañeras y amigas de escenario, medidas y más medidas de trajes para las puestas en escena a fin de curso; y tantas variedades de componentes fueron alimentando esta pasión. Puedo llegar a decir que me encanta actuar porque es en el único lugar donde puedo ser yo misma y dónde dejo todo lo malo que me pasa fuera de la clase y me da energías para seguir a flote.

¿Qué siento al actuar?

Actuar, cantar y bailar; tres elementos que se me cruzan por la cabeza y a la milésima de segundo se me dibuja en la cara una sonrisa que me da una corriente de energía por dentro que yo la definiría como mágica.

No viene desde un lado arrogante, pero yo me subo al escenario y me transformo en el personaje que me toca representar. Esto cuesta mucho trabajarlo ya que ocurren muchas cosas detrás de bambalinas y el choque que se hace cuando entras a escena, en ese momento es demasiado shockeante. Esta transformación da comienzo desde que pones medio pie por fuera de la cortina de la bambalina, donde se te empieza a iluminar poco a poco cada parte de tu cuerpo y al instante tenés que ser tu falso vos y empezar a darlo todo en tu actuación.

A través de lo nombrado último, quiero traer el tema la explicación de cómo es mi sentir arriba del escenario. Todo comienzo se da cuando se abre el telón, se ilumina el escenario; es mi turno a lo que entro a escena introduciendo con mis primeras líneas, poco a poco van sumándose más personajes de esa historia, se producen entradas y salidas de escena propia de esa misma historia, y todos aquellos accionares de la puesta. Pero a lo que voy con esto es que me apasiona tanto el hecho de poder ser yo misma sin tener una máscara protectora, que piso el escenario y me corre esa magia, energía y sentimientos de pura felicidad y sensación de lleno de que hago lo que amo y puedo gozarlo.

Mi mensaje a la actuación.

Querida actuación, ojalá más gente empiece a ver tus bellezas más escondidas y lleguen a animarse a apostar a tus clases y conseguir hallar tu mundo jamás descubierto. Desde mi lado siempre que pueda voy a

intentar hacerles conocer a más y más gente tu esencia, tu calidad, tu libertad de expresión y todos aquellos atributos que te representan a la perfección. Te llevo siempre en mi corazón, fuiste la que despertó mi verdadero yo y mis ganas de seguir apostando a superarme.

*“(...) piso el escenario y me corren esa magia, energía y sentimientos de pura felicidad.”*

# El joven de sombrero amarillo

por Marina Duacastella

No estoy segura de cuál fue el momento exacto en el que el arte se cruzó en mi vida, sólo tengo el recuerdo de haberme preguntado cómo es que una persona llegaba a crear algo tan hermoso con sus manos, pintura y un lienzo.

Los libros me llevaron a descubrir la vida de Vincent Willem Van Gogh, al escuchar su nombre sólo se vino a mi cabeza la noche estrellada y la belleza de ese cuadro, sin pensar jamás en lo que fue su historia de vida.

De una manera u otra los libros me llevaron a conocer la vida de él en profundidad, descubrí que no era una persona con una vida tranquila. Descubrí que toda su vida estuvo llena de injusticias y que nunca llegó a ver su propio éxito.

Su historia generó algo en mí que nunca había experimentado, una admiración tan enorme que comencé a leer más y más sobre su vida hasta conocer los hechos más recónditos. Nunca nadie le dijo lo increíbles que eran sus pinturas, las criticaban constantemente, tenía muy poco dinero, logró hacer más de 900 cuadros y se dice que en su vida vendió sólo uno.

A pesar de que la corriente fue siempre en su contra, él continuó pintando, sin importar que sucediera, era lo que realmente llenaba su alma. Pasaba tardes enteras en frente de los campos haciendo pinturas increíbles, expresando lo que su corazón sentía.

Él jamás pudo saber el impacto que generó en la historia del arte, nunca supo el valor que se le dieron a sus cuadros en el futuro, la huella que marcó en el impresionismo y en la vida de las personas.

Nunca pinté y jamás me dediqué a esa disciplina pero me convertí en una admiradora de sus pinturas. Leer las cartas que le enviaba a su hermano Theo me dio una perspectiva única de su vida y sus pensamientos, su objetivo principal era plasmar sus ideas según su punto de vista, "(...) Expresar el amor de dos enamorados por la unión de dos complementarios, sus mezclas y sus oposiciones, las vibraciones misteriosas de los tonos aproximados. Expresar el pensamiento de una frente por el resplandor de un tono claro sobre un tono oscuro(...)". [Carta 531 a Theo Van Gogh].

Observar Los Comedores de Patatas me eriza la piel, Vincent quería retratar la realidad de la vida campesina y sin tener muchos conocimientos logró un resultado increíble. Sin dudas yo sería capaz de estar horas viendo el mismo cuadro con la misma emoción y descubriendo algo nuevo cada vez que lo veo. Pensar que en el momento en el que finalizó esta pintura fue muy criticada por ser muy "tosca" o "fea", muestra que sus capacidades y su talento fueron invisibilizados por otras personas durante toda su vida.

Puede que no haya sido la persona más cuerda, pero la vida de Vincent me inspiró a luchar por lo que me hace feliz, a seguir haciendo lo que disfruto sin importar lo que la gente diga, a nunca bajar los brazos y más que nada me enseñó la importancia de creer en uno mismo.

Cada día lo recuerdo a él, el joven con sombrero amarillo que dedicaba todas sus tardes a pintar los campos de Arles; que, a pesar de su sufrimiento, nunca paró de pintar; que sabía el talento que tenía aunque todo el mundo se lo negara.

Vincent dejó el mundo un 29 de julio de 1890, pero nos dejó parte de su corazón con sus pinturas, dejó y sigue dejando huellas en la vida de las personas.

*“(...) sólo tengo el recuerdo de haberme preguntado cómo es que una persona llegaba a crear algo tan hermoso con sus manos, pintura y un lienzo.”*

# El lenguaje del cuerpo

por Magalí Elgue

Los pies en el suelo. Cada músculo se encuentra relajado y atento. Los pulmones alertas al primer suspiro. El corazón a mil revoluciones por minuto, aunque aún el cuerpo esté inmóvil. Los ojos, los únicos que tienen permitido moverse, con la ventaja de no ser percibidos. El primer sudor recorriendo cada parte de las manos.

Cabeza arriba, ojos abiertos, pulmones llenos de aire, respiración profunda. Primer compás, primer paso. Así como una revolución que atraviesa cuerpo y alma, estoy lista para sentir todo eso que un día soñé.

Nunca imaginé que ese gran salón con espejos gigantes en sus paredes iba a convertirse en una segunda casa, ni mucho menos que ese primer día iba a ser el primero de tantos años. Un lugar donde hubo tantos encuentros, tantas charlas, tantos recuerdos, varios golpes, muchas caídas y demasiadas levantadas, millones de intentos.

Y de eso se trataba, los ensayos, practicar hasta que salga lo mejor que uno podía hacerlo. Porque esa era y es la meta, superarse a sí mismo. No importaba que tan bien le salía a la compañera el paso, si llegaba a saltar más alto que yo o si se aprendía primero las combinaciones. Toda esa competencia quedaba de lado, porque como dije, la autoexigencia prevalecía.

Fin de año. Euforia, ensayo, adrenalina, festival, presentación, prueba de trajes, ensayos, vestuario, correr contra reloj, dolor de cuerpo, más ensayos, nervios, ansiedad, emoción.

No sé si dimensionaba tanto lo que vivía ese día, esa semana o mes previo a la noche de festival, aquella muestra anual que se hace, por lo general, en el mes de diciembre. Claro que los primeros, con 7 - 8 años, los vivía muy tranquila, ocupando un 5% del cronograma, con mis humildes 3 bailes. Pero los años fueron pasando, yo fui atravesando mi adolescencia, estaba en el camino a convertirme en profesora de danzas españolas, y los bailes empezaron a ocupar un 70% del cronograma de la gala de cada año.

Empezó a ser una participación mucho más activa para con mi escuela, ya

no sólo bailando, también ordenando el teatro, acomodando, organizando. Para ese momento era una cuasi acomodadora, cuasi maquilladora/ vestuarista y cuasi maestra de los grupos más pequeños. La butaca del mismo teatro se convertía en mesa para apoyar el almuerzo/merienda, que disfrutaba entre ensayo y ensayo. En ese preciso momento se empezaba a ver como una segunda casa.

No sólo los bailes ocurrían y se quedaban en esa muestra final. La mayoría de mis viajes a otras provincias de la Argentina fueron gracias a la danza.

Lugares y paisajes que no conocía, se volvieron un recuerdo imborrable en mi memoria. Escenarios impresionantes que nunca pensé que pisaría. No se confundan, no me refiero al escenario del Teatro Colón. Necesitaría volver a nacer en "modo bailarina de ballet" para llegar allí. Pero sí estuve en grandes escenarios, como el Atahualpa Yupanqui, en Córdoba, participando del festival de folclore en Cosquín, o el de la Oktoberfest, conocida como la fiesta de la cerveza y característica por la enorme convocatoria de danzas típicas de todo el mundo y el famoso descorche de barril.

¿Habría sido ese el momento en que empezó mi gusto por la cebada?

En fin, volviendo a esos tremendos viajes, tampoco se olvidan las tantas horas de micro que teníamos que recorrer para llegar a destino, y como, casualmente, las bailarinas que rondaban entre los 9 y 13 años iban muy despiertas sin importar la hora de madrugada que fuera. Para mi suerte, tenía y tengo el sueño pesado.

Como dije, no fui solamente un intento de bailarina española. Déjenme decirles que en 11 años y gracias a las insistencias de mi profesora por querer ver mi crecimiento y apoyada, supongo, por haber visto mi potencial, conocí muchos estilos y aprendí sobre ellos. Completé mis 8 años de formación en la danza española y a finales de esa etapa comencé con la danza contemporánea, disciplina que se puede relacionar con la llamada "expresión corporal". Poco a poco fui encontrando una nueva forma de transformar todo eso que tenía guardado en el cuerpo y que no sabía cómo expresar. Esos mismos años navegué en lo tradicional, como el folclore y el tango, sumando todos sus estilos. Y claro, no faltó el deseo de desprenderse un poco de lo clásico y lo cotidiano, y conocer un poco más el mundo de los ritmos urbanos, como son el hip hop, el popping, el house y el break dance, tomándolos como aquellos ritmos donde uno se desprende de toda técnica que antes había adquirido.

Transcurrieron los años, y con ellos, toneladas de trajes y ensayos.

Hubo días mejores y días peores. Estuve parada un mes por un pequeño esguince, pero no fue el fin de nada. En la actualidad, me encuentro parada, esta vez no por una lesión sino por estudio, donde quizás esté en camino de encontrar otra pasión, y tampoco va a ser el final de esa parte de mi vida.

No existe el tiempo si hablamos de movimiento. Todos en algún momento bailamos. No importa la edad, ni la altura, ni el peso, ni el género, ni nada de lo que te digan. Esas barreras que alguna vez escuchamos y se interpusieron con nuestras ganas de hacer lo que disfrutamos, viven en nuestra mente.

Nunca es tarde para volver a donde uno fue feliz. Y mucho menos para empezar.

Es nuestro cuerpo el que se expresa, habla y se mueve.

*“Nunca es tarde para volver a donde uno fue feliz. Y mucho menos para empezar. Es nuestro cuerpo el que se expresa, habla y se mueve.”*

# Pasión por escribir

por Nuria Fernández

Desde que tengo uso de razón veo a mi mamá escribir, pero no es escritura creativa en sí, escribe textos de historia.

La veo sentada en su silla desgastada, rodeada de libros y papeles repletos con su letra, algunos de ellos están escritos con dos lapiceras distintas ya que no le gusta usar la computadora –es una mujer muy analógica-, por lo que gasta una lapicera por semana.

Yo no hago textos académicos, mi pasión se fue por un rumbo más fantasioso, gracias a la influencia de mi padre, me empecé a interesar por la ciencia ficción y fantasía, géneros que abrirían las puertas de mi camino interminable de descubrimiento, tanto de géneros literarios como de cine.

No tengo una fecha exacta en la que pueda posicionar el inicio de ésta gran pasión, pero, sí puedo posicionar el punto de no retorno, el punto en el que me di cuenta que esto era lo que más quería en el mundo. En un día de primavera de 2014 estaba empezando a escribir un intento de libro sobre un apocalipsis zombi, inspirada por el libro “Apocalipsis” de Stephen King. Mis padres me miraban desde la cocina, yo estaba sentada en un banquito frente a mi viejo escritorio, rodeada de hojas y lápices. Se acercan para proponerme una idea, que por más que suene exagerada, me cambió la forma de ver el mundo; me propusieron comprar una máquina de escribir.

El día que llegó esa maravillosa máquina comenzó una nueva manera de explorar la escritura, y, con ella mis emociones. Escribir me ayudó a superar etapas emocionales muy duras. Creando personajes y mundos nuevos podía descargarme, expresarme y descubrirme sin prejuicios.

Mi manera de escribir cambió mil millones de veces, al igual que cambié yo.

Siento que la escritura es una compañera de vida, que está junto a mí, que crece a mí par, por lo que le tengo un cariño enorme y la nutro todo el tiempo, leyendo, estudiando y aceptando las críticas constructivas de las personas que leen mis textos.

Sé que tengo mucho que aprender y eso me encanta.

Una pasión es algo que te motiva a ser mejor, es una compañera y "hacedora" de crecimiento. Si tenés una pasión y querés ser bueno en ella, te va a empujar a aprender, por eso mismo no tenés que desistir si realmente hay algo que te moviliza.

Cultivar una pasión es duro, pero al final te das cuenta que seguir eso que tanto te gusta, te gusta por algo y es porque es lo que necesitas en tu vida, es lo que repercute en tu ser.

*“Siento que la escritura es una compañera de vida, que está junto a mí, que crece a mi par, por lo que le tengo un cariño enorme y la nutro todo el tiempo, leyendo, estudiando y aceptando las críticas constructivas de las personas que leen mis textos.”*

# Desde la cuna

por Tiago Giménez

Mi historia con el periodismo prácticamente inicia desde que aprendí a hablar. Según cuenta mi papá, ya con tres años le recitaba la formación de Argentina sin nadie dictando al lado y sin saber leer. Es más, cuando tenía cuatro, salí en el reconocido programa de radio "El Puente Canalla" dando los once de Central previo a un clásico ante Newell's, allá por 2008.

Como te estarás dando cuenta, el fútbol también aumenta los latidos de mi corazón. Ambas actividades, con el tiempo se fusionaron y hoy las considero un estilo de vida.

Durante mi infancia, recuerdo jugar a que era futbolista y culminaba el juego dando entrevistas en la habitación de mi madre, la cual, en mi cabeza, simulaba una "sala de prensa".

Cómo olvidar que para mi cumpleaños número nueve mi progenitora me regaló un micrófono, con el que armé un estudio de radio en mi cuarto y todas las mañanas antes de ir a la escuela, daba la información del día, haciendo de cuenta que me estaban escuchando. Me ponía unos auriculares, apoyaba el micrófono dentro de una caja (a modo de trípode) y a mi derecha ubicaba el diario o alguna revista para ir leyendo la información.

Siempre lo hice con una sonrisa en la cara y cada vez que me siento en una radio o le hablo a una cámara, vuelvo a ese niño de 9 años que jugaba a ser periodista. Sin ir más lejos, es lo que me ocurre mientras escribo estas líneas. Miro para atrás y no me olvido del día que creé "mi propio diario". Mi mamá retándome porque me confundí e imprimí varias hojas a color y "gasté tinta en algo innecesario". Pero yo era feliz con "mi diario de noticias deportivas".

En el 2015, ya más grande e inspirado por varias figuras de la plataforma, decidí abrirme un canal de YouTube. Al principio me filmaba con un celular y publicaba videos de forma casera. Con los años, me fui equipando y sumergiendo en el tema. Aprendí a editar videos y fotos y sentía que la calidad mejoraba. Pero a pesar de alguna que otra gastada en el colegio

(que a veces me molestaba bastante), seguí adelante. Tuve más de un canal y dejé la actividad en el 2019.

En mi último canal logré llegar a los mil suscriptores. Fue algo que realmente me puso muy feliz, porque yo lo vi como el resultado de tanto tiempo y esfuerzo dedicado.

Si bien en el 2020 debido a la pandemia del Covid-19 retomé con algunos videos, decidí no continuar, ya que lo consideré como un ciclo cumplido. Fueron cinco años siguiendo ese camino y sentía la necesidad de encontrar algo nuevo.

Fue ese mismo año que con un amigo armamos un podcast en YouTube, donde entrevistamos a distintas personalidades de la ciudad de Rosario. Nuevamente sentí esa sensación de placer, haciendo algo tan apasionante como es entrevistar y hablarle a una cámara y micrófono.

Actualmente, sigo más que ligado a mi pasión y espero seguirlo por el resto de mi vida. Soy estudiante de Comunicación Social, hace más de un año administro una página de fútbol en Instagram y los viernes al mediodía participo en un programa de radio de información deportiva.

No hay cosa más linda que hacer lo que a uno le gusta. Levantarse todos los días sintiendo tener un propósito en la vida genera mucha satisfacción. Todos tenemos uno, solo es cuestión de focalizar energía positiva y salir a buscarlo. La vida está llena de cosas hermosas y es más atractiva cuando encontramos eso en nuestro interior.

Y que quede claro, ser un apasionado por algo no significa solo ser bueno en eso, sino que se trata de tatuarnos una sonrisa cuando hacemos aquello que tanto nos llena.

*“(...) ser un apasionado por algo no significa sólo ser bueno en eso.”*

# El rencuentro con la expresión

por Clarisa Granollers

La expresión fue una parte fundamental de mi vida, desde que era pequeña. Comenzó con el descubrimiento de que no solo podía bailar, si no también que lo disfrutaba. Fue idea de mi madre llevarme a una academia. Esta academia se encontraba cerca de mi casa, a dos cuadras.

Lo primero que hice al llegar fue ir una clase de hip-hop. Y como para ese entonces mi hermana solo bailaba jazz, entré a la clase en medias, con mi hermana al lado en zapatos especiales de danza.

-Chicas váyanse a poner las zapatillas – dijo la profesora al vernos paradas en la puerta mirando a nuestras compañeras.

Los recuerdos de mi infancia son dispersos, pero las sensaciones duraderas. Hay algo de esos recuerdos que perdura. Las presentaciones en el teatro. Semanas antes arreglábamos los vestuarios, practicábamos las coreografías una y otra vez. No había sorpresas ni cambios. Siempre un lugar al que ir y poder expresar lo que ya sabía.

Pasar el día entero dentro del teatro esperando la función. Dentro del teatro los nervios me recorrían el cuerpo mientras me aferraba a las cortinas que caían a lo largo del escenario, poco después entendí que esas eran las llamadas bambalinas. Esto duraba hasta el momento de la presentación.

-Acuerdensé de disfrutarlo – Nos decían siempre nuestras profesoras, ya no recuerdo específicamente quien, pero sí que les hice caso. Lo disfrutaba mucho. Después venían los halagos.

Las felicitaciones.

La falta de tiempo llevó a que deje de expresarme por ese medio. Quizá con eso se llevó un poco de mi expresión. Recuerdo los días ajetreados donde al finalizarlo solo volvía a casa. Ya no había tal cosa como ponerse ropa deportiva y salir de casa a las corridas para llegar al estudio de danza y en las noches de viernes, luego de salir, pasar por el supermercado.

Mi papá me daba a elegir lo que íbamos a comer esa noche, una película y una reunión en familia. No era solo el baile. Era lo que generaba. Las personas que estaban.

A mediados de mi recorrido por secundaria, la nostalgia me invadió. Miraba para atrás con tanto anhelo que apenas se me dio la oportunidad de elegir baile como actividad en educación física, la tomé.

Volvieron los preparativos, las actividades previas. Esta vez nos presentamos en la cancha de un club, no era un teatro, pero se sintió igual.

Al año siguiente lo volví a elegir, esta vez con mis amigas acompañándome, era un suspiro en la semana. No faltaba nunca. Me despertaba bien temprano para no llegar tarde y me quedaba esperando en las gradas de la cancha hasta que la profesora llegara.

- Vos bailas bien – Me dijo la profesora de educación física y por alguna razón atesoré esas palabras.

El tiempo en secundaria terminó. Busqué una academia y comencé a ir en verano, una vez más acompañada de una amiga. A pesar de no tener un show, lo disfruté, como me habían sugerido aquella vez cuando tenía 8 años.

El verano terminó y con él, el baile.

Sin embargo me encontraba buscando una vez más mi expresión. Los otros días luego de volver de cursar, como de costumbre bajé del colectivo a unas cuadras de mi casa. Y para mi sorpresa, ahí a unos metros, se encontraba un edificio con un cartel pegado, "Clases de baile". Una vez más, una invitación constante. Todos los días me bajo en la misma parada y miro el club. Una y otra vez aquello que es mío vuelve a salir.

Quizás esa expresión no me deja de lado y esta súbita invitación sugiere que es tiempo de comenzar otra vez, otra vez comenzarse a uno mismo. Dejar que la expresión, el baile, tome lugar y dirija mis acciones.

*“Los recuerdos de mi infancia son dispersos, pero las sensaciones duraderas. Dejar que la expresión, el baile, tome lugar y dirija mis acciones.”*

# Piedra angular

por Flavia Guzmán

Las crisis personales suelen tener un ida y vuelta que surge de la propia incertidumbre de no entender nada.

Como estudiante de historia, la teoría me agotaba, pero la realidad me atrapaba y tenía la necesidad de mostrar mi propio punto de vista.

Eran tiempos de duda. De lo que leía, de lo que interpretaba, de cómo lo contaba. Llegó un punto que descansaba poco, las noches se hacían por demás de agotadoras y las mañanas llegaban con los primeros dibujos naranjas en la pared que me acuchillaban la mirada.

No quedó otra que hablar en casa. Ya no podía y me daba cuenta que tampoco quería.

Luego de eso tuve algunos trabajos random. Un stand de libros en ferias, elaboración y reparto de prepizza caseras y un fugaz paso por el mundo de la pintura.

Siempre en bicicleta, de acá para allá manejando con los auriculares puestos, unos cuantos temas de Amy Winehouse y otros más cuando descubrí a Fiona Apple. Un privilegio el celular con MP3. Un privilegio contar con un celular con cámara.

Los fines de semana viajaba a lo de mis viejos. El ritual de la comida de mesa, el postre y la sobremesa. Me gustaba, pero no quería escuchar tanto barullo y, después de un rato, me iba a mi pieza.

Allí, mantenía un orden que era el de alguien más. Sólo quedaban algunos cajones en donde guardar y conservar los indicios del paso de una piba saliendo de la adolescencia o que seguía en ella a pesar de la edad.

Para no salirme de tema, me ponía a ordenar. Una caja con cosas acá, otra con cartas de amigas por allá. De arriba hacia abajo hasta llegar al último, el de fotos. El de todos. El que estaba en mi pieza, el tesoro en ella.

Me preguntaba por las ausencias, me entrometía sobre las presencias. Indagaba sobre los lugares, rearmaba las posibilidades.

Cada vez que volvía el ejercicio era el mismo. Mirar, preguntar, recordar y hasta no hace mucho reordenar.

La fotografía en mi vida es como piedra angular. Ahí arriba en ese filo estaba todo lo que quería ver.

Una cámara pronto llegó.

Desde esos días hasta acá, desde lo fotosensible del papel hasta sentarme a editar, la fotografía me ha dado la posibilidad de explorar otros puntos de vista y de encontrar el mío también.

Sentarme a mirar y ordenar un álbum familiar o armar trípode y fondo infinito para retratar un 24 de marzo.

Todo es parte de una elección, el trabajo de ordenar cronológicamente y volver a llenar un cuaderno con hojas de acetato en blanco hasta el resultado de una espera en una calle, en un evento, en un encuentro.

Me mueve la fotografía como pasión. Valoro el momento decisivo de la fotografía, tener la habilidad de poder hacerlo cuando lo siento y encontrarme con el desafío de que quien se tope con esas fotos pueda interpretar una diversidad, una mirada, otro punto de vista, pero sobre todo mi andar.

*“(...) quien se tope con esas fotos pueda interpretar una diversidad, una mirada, otro punto de vista, pero sobre todo mi andar.”*

# Recuerdos en negativo

por Abril Pettit

2003

Observo, respiro, mi corazón late fuerte, siento hambre. Cálidas mantas me envuelven, veo siluetas que se mueven alrededor de mi caparazón transparente.

Después de tanto movimiento, mi cuerpo se inunda en tranquilidad. Manos suaves me agarran con decisión, un poco de temor y mucha delicadeza, me sostienen y me atraen a un cuerpo más familiar que el propio. Con los ojos bien abiertos, continúo observando las novedosas siluetas en movimiento mientras una desconocida mano me acaricia.

El momento es analógicamente capturado, por supuesto, sin yo ser capaz de comprenderlo en ese entonces.

2008

“Levántala despacito”, me dice mi mamá, mientras juego con la gata en el escalón de entrada a casa. La felina se refriega contra mi pulóver de colores, paso mis pequeñas y un tanto torpes manos por su pelaje blanquecino.

Papá mira detenidamente la escena desde la vereda de en frente, con un cigarrillo en la mano y su cámara en la otra. Sin pensarlo mucho más, se posiciona, toquetea algunos parámetros incomprensibles del artefacto y dispara.

2014

Entre los gruesos guantes de lana que me tejió mi abuela, llevo mi pequeña Kodak por los caminos sinuosos de Catamarca. Mi fiel compañera digital no podía quedar atrás en las caminatas que disfrutaba hacer sola entre arena y barro. Voy deambulando con mi sombrero bajo el sol ardiente de la tarde a descubrir nuevos suelos, rescatar piedritas que me llamen la atención y sin falta, fotografiar cada cactus que encuentre para poder mostrarle a mi mamá.

A ella le gustan muchísimo las plantas, pero tiene una fascinación por estos palos verdes llenos de pinchos y yo quiero asegurar que no se pierda de ver ninguno. Desde el más raro al más común, al ver cualquiera, saco mi cámara y aprieto el botón las veces necesarias.

2020

Hojas crujen tras mi avance por calle Santa Fe. El paisaje frío compuesto por una paleta cálida me abraza e invita a mirar minuciosamente hasta encontrar los encuadres ideales. La ciudad está silenciosa y las personas en la calle se pueden contar con los dedos de una mano. Tras varios “clicks” escucho una voz que me interroga:

“¿Sos fotógrafa?”

“Sí”, respondo con media sonrisa y sin dudar.

2021

Dentro del cuarto oscuro, la luz roja asoma tras nuestras cabezas ansiosas por ver la magia. Mientras mi compañera mueve de lado a lado el recipiente casi lleno con el químico revelador, el resto observamos boquiabiertos y casi sin pestañar.

En segundos —que afortunadamente hacíamos parecer eternos gracias a la atención que prestábamos—, sobre el blanco empiezan a surgir diversos grises, luces y sombras, y a su vez el paisaje se dibuja cada vez con más claridad.

Sin poder abrir más los ojos nos miramos unos a otros, boquiabiertos y extrañados, porque nunca imaginamos que el arte tiene tanta química escondida (o como algunos preferimos llamarla, magia).

*“(...) nunca imaginamos que el arte tiene tanta química escondida.”*

# El último repertorio

por Luana Totoro

Bolso en mano, cancanes de repuesto y partí para el teatro, sin contar la preparación previa que conllevaba: maquillaje en tonos marrones y dorados, que me hacen recordar al bello otoño; rodete bien tirante con el gel suficiente para que todo esté rígido e impidiendo correrse de lugar, zapatillas de puntas, con sus elásticos y cintas reforzadas por una costura hecha por mi abuela la noche anterior; y por supuesto, los dedos de mis pies vendados con una cinta hipoalérgica para proteger las ampollas, del ensayo previo a la muestra.

Era un sábado después del almuerzo cuando emprendí hacia mi destino: el teatro. Viajaba en un colectivo urbano, el 133 Negro, esos que están llenos de gente y que me miraban sorprendidos lo cargada que estaba. No solo llevaba bolsos, sino que además, trajes voluminosos como lo es un tutú de danza clásica; incluyendo el hecho de un peinado "llamativo", si se quiere; maquillaje bastante cargado y una gran actitud de confianza.

A pesar de la confianza, me encontraba con una sensación diferente a las otras veces que había bailado en un teatro. Y no lo digo porque era la última vez que iba a bailar en ese escenario, porque no tenía esa certeza. Sino porque era una sensación de plenitud que no había experimentado jamás, por primera vez sentía que era algo que merecía. Tantos años de dedicación rindieron frutos al fin. Sin embargo, me atormentaban más las presiones que antes. Ahora era de forma profesional, donde se ponían en juego otras cuestiones, donde debía demostrar otras cualidades que no se exigen a la hora de hacerlo como un pasatiempo. Pero como dijo Charles Aznavour "el show debe continuar" a pesar de estas incertidumbres que pueden surgir como artistas.

Bajé del colectivo y al fin llegué al tan esperado teatro Fundación Astengo. Ingresando allí, ya se percibía la emoción del famoso detrás de escena. Mi profesora irritada y nerviosa por el estreno hacía que sea un ambiente tenso pero ya estaba acostumbrada a eso, no era algo que me incomodara. Dado que seguí mi camino hacia los camerinos y me encontré allí con mis compañeras, que estaban atravesadas por

las mismas emociones que yo. Por eso decidimos que cada una realice individualmente su preparación previa, para no generar mayor estrés del que teníamos.

Después de una larga previa, se acercaba el espectáculo. Los escenógrafos empezaron a probar las luces, la escenografía para cada coreo, los efectos especiales, entre otros; y ahí estábamos todos los bailarines presenciando cada detalle. Se palpitaban diversas emociones pero la que más predominaba y compartimos entre todos los presentes, era la pasión por el arte que estaba acompañada de alegría y emoción.

Era hora de bailar al fin, de danzar por algo que si bien nos llena el alma, nos lastima tanto. Y puede ser que muchos no lo entiendan, porque es una ironía decir que algo tan bello como la danza, sea tan destructivo. Y ahí es donde creo que está lo bello. La belleza de transmitir una historia o aparentar bienestar donde detrás hay mucho sacrificio y dolor. Es una pasión que pocos podrían comprender y que ni yo todavía comprendo. Porque a pesar de todo el dolor, tanto físico como psicológico que me generó ser bailarina de danza clásica, sigo buscando alguna otra actividad que me genere esas sensaciones que alguna vez experimenté con ella. Tal vez fue hasta tóxico en un punto, pero desde ese día: el 2 de diciembre de 2019, que fue mi última vez en ese escenario, no volví a experimentar tanta pasión como lo hacía al bailar. Y se apagó algo en mí, que todavía no logro volver a encender.

*“No volví a experimentar tanta pasión como lo hacía al bailar. Se apagó algo en mí que todavía no logro volver a encender.”*

# La Granada

por Lara Villegas

Llegó el día. Después de muchos meses de ensayo, hoy por fin presento, junto a mis compañeros, la obra de teatro que venimos preparando, "La granada" de Rodolfo Walsh. Llegué al teatro dos horas antes de la función para hacer una pasada general y empezar a enlistarnos. Nunca habíamos estado los 9 integrantes de la obra en un ensayo y ni tampoco lo habíamos hecho en el escenario, así que eso aumentó un poco nuestra ansiedad. Por fortuna, no tuvimos ninguna dificultad en el ensayo así que nos fuimos a los camerinos a prepararnos. Usar la palabra "camerino" me hace sentir como toda una celebridad, y no voy a negar que me encanta. Claro que el detrás de escena de una obra de teatro no es tan glamoroso como parece. Ropa por todas partes, invisibles y alfileres de gancho en la mesa y de fondo el murmullo del público que comenzaba a ubicarse en sus lugares. Espiamos, a través del telón y para nuestro agrado el teatro estaba casi lleno.

Nuestro profesor nos vino a dar la charla motivacional antes de salir a escena, una foto para conmemorar el momento y desapareció por la puerta para convertirse en un espectador más. Nos quedamos retocando los últimos detalles, pasando letra, sin desperdiciar mucha energía, y recordando que nadie afuera sabe cómo es la obra por lo que si nos equivocamos debemos hacer como si nada hubiera sucedido.

Se apagaron las luces en el salón y el aplauso del público nos indicó que nos estaban esperando. Una última sonrisa cómplice ya no entre compañeros sino entre personajes y las dos chicas que abrían la función subieron al escenario.

Pasan los minutos y, mientras la gente se ríe de nuestra comedia, yo escucho con atención las palabras de mi compañero esperando mi pie entrar a escena. Mi corazón se empieza a acelerar cada vez más mientras voy siguiendo el guion en mi mente. Me acerco a las escaleras del escenario y me seco las manos contra la ropa porque están mojadas de la transpiración. Empiezo a tragar rápidamente saliva porque no tengo agua cerca y puedo sentir como mi garganta se me va secando al

compás de cómo la piel se me eriza y se me pone “de gallina”. ¿Y si me olvido la letra? ¿Y si me caigo? ¿Y si no se me entiende? ¿Y si, y si...? Las preguntas invaden mi mente haciendo mi cuerpo temblar.

Para salir de ese desgastante estado y a modo de ritual antes de salir a escena, me convengo de que mis nervios no son mas que la emoción del momento y recuerdo porque estoy acá. Me encanta tener la posibilidad de contar una historia, darles vida a ciertos personajes y visibilizar hechos. Salir de mi mundo por un rato para adentrarme en otro totalmente distinto, que, si no fuera por la actuación, muy probablemente nunca entraría. Aprender a entender a esos mundos y a esos personajes. Alguna vez escuché que para actuar debemos aprender a no juzgar. Lamento no poder dar créditos de quien la dijo, ya que mi memoria mi memoria me falla, no solamente porque cuando citamos corresponde, sino porque es una frase que marcó esta pasión que llevo. Se hace prácticamente imposible crear un vínculo con alguien si estamos constantemente juzgando su accionar, sus ideas o emociones. Al introducirse en un personaje, en su mundo, su entorno, sucede exactamente lo mismo. Me emociona no solo poder transmitirle algo a algún público, sino que también, al hacerlo, yo aprenda y crezca como persona. Además, en el camino conocer personas increíbles con quien compartir arriba y abajo del escenario y trabajar en equipo para un objetivo en común.

Ya con todo esto en mente, con los nervios y miedos olvidados, la emoción, la pasión y la adrenalina en el cuerpo, escucho como mi compañero dice su ultima frase y se gira hacia mi esperando mi entrada. Respiro hondo y salgo a escena. Empieza lo más lindo.

*“Respiro hondo y salgo a escena.  
Empieza lo más lindo.”*

# Pasiones deportivas

Con la pasión de **Ayelén Fernández**



# Siempre Moviliza

por Bautista Román Azula

Dentro de la vida de uno hay situaciones o actividades que siempre que tocan, movilizan. Cada uno de los átomos del cuerpo comienzan a moverse de forma diferente por el simple hecho de que se acerca ese momento, el momento de sentir esa pasión.

No hay por qué profundizar en cada uno de los sentimientos provocados por una pasión, obviamente cada quien tiene los suyos, pero sí hay un fenómeno que es bastante raro y merecedor de análisis. El fútbol.

Porque el fútbol sin importar si la situación es positiva o negativa, sea es un equipo de barrio o la selección nacional, se juegue en primera o en tercera división, haya que viajar 600 kilómetros o tan solo 3 cuadras, el fútbol siempre moviliza.

“Poner en marcha una actividad o un movimiento para conseguir un fin determinado”. Esa es la primera definición de la palabra Movilizar, la cual es muy correcta en sus formas sin duda, pero que también nos pone una diferencia fundamental a marcar entre “actividad” y “movimiento” pero que tienen una similitud fundamental, en ambas se siente la pasión del fútbol.

Realizar la actividad, practicar el deporte, es tal vez el primer contacto que tiene uno tiene con el fútbol, de pequeño muchas y muchos de nosotros tuvimos un padre, una madre o cualquier familiar o ser querido que nos acercó una pelota para que la pateemos y nos enseñó lo primordial, nada de agarrarla con la mano, siempre con los pies. Desde esos momentos en adelante experimentar cada una de las cosas que aporta el deporte es realmente mágico. Empezar a ir a algún club o escuelita de futbol, aprender las reglas, jugar los primeros partidos, aprender a jugar al fútbol, todo se sentía como verdadera felicidad. Y ni hablar cuando hacías un gol, los gritos, la euforia, el éxtasis, la alegría, eran sentimientos nuevos y todos juntos. Querías hacer tanto en ese festejo de 30 segundos como máximo que no terminabas haciendo nada, esos primeros contactos con el deporte son muy especiales.

Pero, alejado de los sentimientos que despierta el jugar al fútbol, están aquellas emociones que se despiertan al empezar a sentirse hincha de un equipo de fútbol, al comenzar a ser parte del "movimiento" generado alrededor de tu club. En la mayoría de casos el fanatismo por un equipo pasa de generación en generación, uno lo hereda de sus padres y posteriormente lo traspasa a sus hijos, aunque hay algunas y algunos valientes que se atreven a no ser hincha del mismo club que sus padres. Esta última situación está muy lejos de mi comprensión.

Como muchos otros y otras, yo llevo orgullosamente los mismos colores como lo hacia mi padre, y viviré con esa herencia hasta mis últimos días, pero los que te marcan son los primeros, empezar a sentir ese amor por el club, seguir sus partidos semana tras semana, gritar los primeros goles de tu equipo, llegar a comprender por qué ganar un clásico vale más que ganar algún otro partido, y por lo tanto, porqué esos goles se gritan muchísimo más, vivir la euforia, los nervios de los primeros clásicos, y luego, con suerte, la felicidad y orgullo plenos de ganarlos o la decepción y bronca de perderlos. Porque no todo es color de rosas, el ser apasionado por el fútbol también tiene sus cosas negativas, porque como cualquier deporte, algunos ganan y otros pierden, y como te enseñan también de chiquito no siempre se gana.

El sentimiento de desazón, saborear la derrota, también aporta algo lindo en el fútbol, porque no solo querés ganar para sentir la alegría y euforia de la victoria, sino que también lo querés hacer para no sentir el amargo sabor de la derrota. Desde la pequeños también se vive eso, cuando tus amigos y amigas, de la escuela o del club ya tienen sus equipos y también están comenzando a vivir lo que uno.

Llegó el domingo, se jugó la fecha del torneo y a tu equipo le tocó ganar, pero a los de tus amigos y amigas perder, al día siguiente llegás a la escuela con el pecho inflado, listo o lista para enfrentarte a cualquiera porque tu equipo ganó, no sos el objetivo de esas burlas futbolísticas, y podés ser quien tire algún comentario hacia otro equipo sintiéndote el más grande. Aunque si el panorama es el contrario y a tu equipo le tocó perder, pero al del resto ganar, llegado el lunes acudís a la escuela cabizbajo, esperando el primer comentario de cualquiera que te va a destrozar, pero no podés decir nada porque no tenés argumentos para defenderte, ahí es cuando se comienza a forjar el corazón de un hincha, por eso la frase predilecta de un fanático del fútbol para con su club es "en las buenas y en las malas, mucho más".

Y todos esos sentimientos, los malos y los buenos, la euforia en la victoria y la desazón en la derrota, todos convergen en un hermoso y casi único sentimiento, que se llega a comprender la primera vez que vas a la cancha, ese único momento en el que estas entrando al estadio del club del que sos hincha, no importa cuánto recorriste para estar ahí, si 10, 20, 400 kilómetros, dos cuadras 6 ciudades, tampoco interesa qué partido se va a jugar, la final de un torneo internacional, un partido de mitad de campeonato o la promoción para no descender, no importa si son muchos en el estadio o si son pocos, todos se movilizaron por lo mismo. Y la emoción única e inigualable a ese nivel, de ese momento, es el sentirse parte, estar en esa situación, apoyando a los colores que te heredaron sintiéndote parte de un movimiento mucho más grande que vos, ese sentimiento es la pasión.

*“Sintiéndote parte de un movimiento mucho más grande que vos, ese sentimiento es la pasión.”*

# Ambición, confianza y mentalidad

por Tomás Barletta

Un día cualquiera como hoy, pero de 2014 descubrí el fútbol, una de mis más grandes pasiones. Un deporte que en ese momento me parecía solo una actividad física, pero claro, ¿cómo le explicas una pasión y amor tan grande a un chico de 11 años? Es algo inexplicable hasta para un adulto. El poder meter un gol y celebrarlo con tus compañeros, poder darle una asistencia soñada a tu mejor amigo, atajar ese pelotazo que iba al ángulo estirándote como si fueras de goma. Son sensaciones que quedan presentes en tu memoria para el resto de tu vida. Bueno, yo nunca voy a olvidar esas tardes en el Místico Tablón (mi escuelita de fútbol, situada en Rosario), cuando nos quedábamos peloteando hasta que atardecía con ese solcito cálido que te hace recordar a un partido de domingo, cuando mi abuelo me esperaba en la puerta de su librería hasta que mi papá me pase a buscar.

Mi abuelo murió en 2020, pero me dejó algo que lo caracterizaba mucho y que yo guardo con mucho cariño: la pasión. ¿Cómo no la iba a heredar? Si todos los domingos estaba en su casa, mirando cualquier partido de fútbol que esté en el televisor, si gritábamos juntos los goles de Central, si ya de grande me seguía preguntando los resultados de los partidos que no pudo ver y yo miraba por él. Su pasión era contagiable, un "tano" de corazón, que pasó muchos años de su vida en Italia y nos trajo a mi familia lo mejor de allá. Esa manera tan única de vivir las cosas.

Hoy en día esa pasión heredada de mi abuelo convive con otra que descubrí hace poco, gracias a mi mejor amiga. Este descubrimiento, causó un cambio radical en mi visión de la vida y futuro. Esa pasión es el vóley. Un deporte que yo pensaba que no era más que levantar una pelota y pegarle con la mano. Pero no, resultó ser mucho más complejo. Ahora que lo entiendo y lo disfruto, puedo decir que un partido de vóley tiene más cosas en común con un debate de lo que parece. Dos equipos enfrentados, jugadores que bloquean, rematan y reciben remates. Se puede comparar con dos ideas enfrentadas, pensadores que defienden sus ideas, disparan argumentos y reciben contraargumentos. Esta comparación puede sonar un tanto extraña, pero al fin y al cabo algo de sentido tiene.

Antes de conocer el vóley tenía un sentimiento muy constante de presión, como si tuviera que hacer alguna responsabilidad y no recordara cuál. Gracias a esta nueva pasión, logré desbloquearme en ese sentido, no solo ya no me siento presionado constantemente, sino que ahora me siento tranquilo en situaciones de presión. Convivo con el error, si me tropiezo, me levanto y si me equivoco, lo acepto. Encontré abrigo en el vóley, un descargo psicológico, una manera de liberarme. Un abrigo que no encontré en el fútbol, ni en mi familia, ni en amigos, ni en el estudio, en nada. Solo él me puede hacer sentir invencible con la básica acción de saltar, me siento volando, libre y fuerte. El convivir tanto con el error, me trajo beneficios en la vida cotidiana, como poder entender que mis padres no fueron ausentes por decisión propia, sino por querer darme lo mejor. Que mi hermano no es narcisista y no me da atención porque sea así, sino porque tiene una carrera que estudiar. Todas estas cosas son errores que pude discutir con ellos y cerrar en esa conclusión. Se podría decir que traje a mi casa y contagié esa convivencia con el error, como alguna vez lo hizo mi abuelo con el fútbol.

Pero el cambio más importante es el de mi deseo de jugar profesionalmente al vóley, quiero poder representar a mi país, defender mi bandera y mis colores. Digo que es el cambio más importante porque, debido a mi crianza, yo siempre quise trabajar y vivir como uno más del montón, como otro esclavo. Todo este deseo por querer representar a Argentina en vóley nació de un comentario de mi entrenador que me marcó mucho, "Vos, con tus condiciones físicas y mentales, si hubieras empezado a los 15 años, ya estarías en selección sub-21". Siempre las voy a tener presentes porque, aunque no haya empezado a esa edad y no esté en la selección sub-21, yo sé que, con constancia y sacrificio, todo llega. Mi oportunidad va a llegar, sea tarde o temprano. "Todo es cuestión de tiempo y qué tanto estés dispuesto a dejar atrás", eso fue lo que dijo mi padre al escucharme hablar sobre esto con un amigo. Y les puedo jurar como le juré a mi padre, que voy a dejar todo lo que sea necesario y más para llegar a satisfacer esta ambición. Dejar todo y más para no fallarle a mi confianza. Dejar todo y más, gracias a mi mentalidad.

*“Todo es cuestión de tiempo y qué tanto estés dispuesto a dejar atrás.”*

# Pasión por la medio pique

por Tomás Caruso

Cuando tenía 9 empecé a practicar fútbol de salón en el club Horizonte. Al comenzar a jugar y asistir a varios entrenamientos, cada vez lo hacía con más ilusión porque sentía una enorme alegría al entrar a la cancha de cemento y disfrutar con mis compañeros.

Al pasar el tiempo, ese sentimiento se fue intensificando y yo comenzaba a esperar con muchas expectativas los días de entrenamiento. Pero, sobre todo, el momento que más esperaba era el sábado para poder jugar contra otros equipos.

Llegando al lugar del partido siempre sentía, y siento, un aroma diferente que no lo percibo en ningún otro momento de la semana. Será por la emoción y los nervios, o será, simplemente, el olor a sudor de los que habían estado en la cancha antes. Pero cada vez que percibo ese aroma se me pone la piel de gallina y me dan ganas de jugar.

Los sábados a la mañana, día de los partidos, me levantaba con varias horas de anticipación, desayunaba y me preparaba el bolso para ir al club con mi mamá y mi abuelo. Luego, al llegar al lugar del partido, me iba directo con mis compañeros a ver a las categorías anteriores a nosotros. Al terminar de jugar casi siempre mirábamos otros encuentros, mientras seguíamos peloteando cerca de la cancha.

Alrededor de los 14 mi forma de sentir el deporte fue cambiando, no jugaba solo para divertirme, sino que jugaba para intentar ganar. Esa nueva motivación me inquietaba aún más acerca de esta disciplina. Desde entonces, empecé a ir a los entrenamientos con una actitud diferente, quizás, más madura, pero indiscutiblemente más competitiva. Había comenzado a entrenar no sólo para divertirme y jugar con mis amigos, sino que también deseaba aprender y mejorar en todo lo posible. Si, aunque sea ridículo, le prestaba atención al entrenamiento como si fuese la clase de matemática.

Y cuando llegaba a mi casa, en vez de ponerme a estudiar para la escuela, miraba los partidos de la liga de Europa por Youtube. Estaba perdido por el futsal, me encantaba.

Ya de más grande, con otras cosas en la cabeza y desmotivado por asuntos de la adultez sigo encontrando, dentro de la cancha, un lugar para despejarme de todos los temas que me inquietan.

*“Cada vez que percibo ese aroma se me pone la piel de gallina y me dan ganas de jugar.”*

# Pasión por el karate

por Ayelen Eichenberger

Nunca me gustó la idea de practicar artes marciales, si tengo que ser totalmente sincera, el que me motivó a entrenar fue mi papá. Corría el año 2014, yo en primer año de secundario ocupando mis tardes con largas siestas. Fue un lunes nublado, no muy diferente a otros, pero con la particularidad de adentrarme en un mundo totalmente desconocido hasta ese entonces. Así fueron dadas las condiciones para ese primer día de karate.

Al principio no me gustaba mucho pero, al pasar el tiempo, clase a clase me interesaba un poco más, todo empezaba a ser un poco más fácil, esos gritos y patadas que vi en mi primera clase ya no me parecían tan extraños. Empecé a rendir mis primeros cinturones y, por supuesto, me invadían los nervios. De repente aprendía y sabía cada vez más cosas, mis técnicas también mejoraban. Tome mis primeros seminarios, algunos centrados en defensa personal, los cuales me brindaron excelentes herramientas para afrontar la calle.

Llegaron los primeros torneos y con ellos mis primeras medallas y trofeos, mis primeros logros. Los domingos empezaron a ser diferentes, ya no eran aburridos sino más bien se convirtieron en un compartir constante con mis compañeros. A veces hasta llegaban a ser fines de semana enteros de viajes, charlas y competencia.

Competir fue lo que más me involucró con la disciplina aunque empecé a tener frustraciones muy grandes cuando no me iba bien, empecé a ser muy autoexigente conmigo misma. Me llevó mucho tiempo comprender que una medalla o un trofeo no definían lo que era yo como karateca, que era mucho más que eso lo que te convertía en un buen o mal competidor, me tocó aprender que uno gana mucho más que eso en cada encuentro.

Hoy el disfrute pasa por ayudar a los más chicos durante las clases, por verlos crecer y alcanzar sus propios logros, por ver a otros competidores en los torneos o simplemente por una charla con un padre o madre de la escuela o con alguna compañera o compañero de otra escuela.

Pisar un tatami puede ser para cualquiera, lo que no es para cualquiera es la constancia de seguir entrenando, de tratar de mejorar cada día, de aprender y de ser constante.

A través de los años el karate me fue acompañando, desde mi adolescencia hasta la actualidad. Poco a poco se convirtió en una parte esencial de mi vida, los problemas que podía llegar a tener desaparecían en el dojo. Ponerme el karategui me convierte en una persona diferente, la disciplina me convirtió en una mejor persona.

Creo que mi pasión fue una construcción de mucho tiempo y de mucho aprendizaje. Hoy en día amo lo que hago y elijo constantemente mantenerla en mi vida, muchas veces el camino no es fácil, hubo momentos en los que estuve distanciada, sin embargo, el amor que tengo por el karate fue aún más fuerte que las dificultades.

Puedo decir con mucho orgullo que mi disciplina me ha enseñado y me ha brindado muchas cosas tanto en lo deportivo como en mi vida cotidiana. Me ha llevado a compartir experiencias hermosas y a conocer gente de todas partes. Me dio la posibilidad de viajar y de conocer otros lugares. Aunque no todo es color de rosas, a veces el ambiente se vuelve un poco complicado si sos mujer. Es un deporte muy antiguo y, lamentablemente, con profesores que tienen mentalidades muy anticuadas. Tienen una idea muy diferente con respecto a cómo deben tratarnos. Esta situación tiene que empezar a cambiar, ya no se pueden admitir ciertos comentarios ni insinuaciones de ningún tipo, ya no hay lugar para las faltas de respeto.

Hoy quiero y elijo ser parte de ese cambio, por mí, por mis compañeras y por las que vendrán. Es inaceptable que aquello que me apasiona sea también un espacio tenso y poco adecuado para mi género. Es por eso que siento la necesidad de involucrarme cada vez más y para ello necesito seguir creciendo como karateca.

*“Es inaceptable que aquello que me apasiona, sea también un espacio tenso para mi género.”*

# Una pileta llena de pelotas

por Mateo Ozuna

Mi acercamiento a los deportes se lo debo pura y exclusivamente a mi hermano Milton, su pasión y profesión lo llevaron a introducirme desde muy chico a este mundo.

Mi camino en los deportes se inició cuando tenía 3 años en un club de mi ciudad, allí comencé natación, por razones obvias lo único que hacíamos con mis compañeros era jugar en la pileta para niños y así lograr un primer acercamiento con el agua. El tiempo transcurrió, y así también mi aprendizaje dentro de la disciplina.

Recuerdo que el club donde iba, anualmente reconocía a los deportistas más destacados de todas las disciplinas que se realizaban allí. Se llevaba a cabo una cena, la cual concluía con la entrega de premios, imagínense pasar por esto a los 8, ;9 años, fue una experiencia inolvidable a tan corta edad.

La natación fue el deporte que más practiqué a lo largo de mi vida, tuve algunos impases en todos estos años, pero nunca podré alejarme del todo.

Además de la natación, tengo una conexión especial con el fútbol gracias a mi hermano que me enseñó a jugar; más precisamente a atajar, ya que él fue arquero toda su niñez y adolescencia en un club muy conocido de la zona. Cuando yo era chico mi hermano ya no jugaba más, pero quiso que conociera su mundo. Nunca fui muy bueno, pero el fútbol es algo que nos une hasta el día de hoy.

Haciendo memoria se me vienen a la cabeza momentos que compartimos en plazas, donde me enseñaba cómo atajar penales, "cortar" centros y demás acciones que realiza un arquero, utilizando dos árboles medianamente separados en línea recta como arco. Todos estos recuerdos los atesoro con mucho cariño debido a que cuando tenía 6 años él se fue a vivir a 1.400 kilómetros de distancia y por obvias razones estos momentos se dieron con menor frecuencia, aunque cada vez que nos reencontramos nos damos un tiempo para hablar o jugar a lo que nos une.

Así fue como se me implantó el bichito del fútbol, que fue creciendo con el pasar de los años. Puedo afirmar que es el deporte que más me gusta,

en general me apasiona, tanto verlo como jugarlo, a tal punto que todo el tiempo miro canales donde analizan partidos recientes y también partidos viejos. Muchas veces miro partidos de equipos que no conozco o partidos repetidos de los que ya se obviamente el resultado, y ni hablar cuando juega la Selección Argentina o Boca Juniors, equipo del cual soy hincha.

Gracias a este gran fanatismo tengo una amplia colección de camisetas de fútbol, con equipos de Argentina, Inglaterra, España, Italia y de algunas selecciones nacionales. Me encantaría incrementar esta colección con el pasar del tiempo. También guardo con mucho afecto los buzos que mi hermano usaba en su época de jugador.

Mi cabeza es una especie de enciclopedia del fútbol con datos y curiosidades de todo el mundo, podría nombrar todas las sedes de los mundiales y sus respectivos campeones. A tal punto funciona mi cabeza que en ocasiones relaciono fechas o sucesos externos, con el fútbol.

*“Mi cabeza es una especie de enciclopedia del fútbol con datos y curiosidades de todo el mundo.”*

# Una parte de mí

por Franco Palombi

Posiblemente sea una de las pasiones más comunes, lo reconozco, pero voy a intentar explicarles lo que significa para mí esos "veintidós tipos corriendo atrás de la pelota". Aquellos que compartan esta misma pasión me sabrán entender mucho mejor, e incluso, tal vez se sientan identificados.

No recuerdo con exactitud cuándo empezó mi pasión por el fútbol. Quizás fue la primera vez que toqué una pelota o la primera vez que pisé un estadio y viví esa sensación única. Pero lo que sí recuerdo, es que en ambos casos estuve acompañado de mi papá, mi viejo. Ese que me hablaba de un tal Diego Armando Maradona, de un cordobés llamado Mario Alberto Kémpes o de Ricardo Bochini "El Bocha". Este simple párrafo deja en evidencia de dónde viene mi pasión.

Así como el creyente va a la Iglesia los domingos, el hincha va a la cancha. Su templo. Y aquél que crea que es sólo ir a ver un partido que dura noventa minutos y después uno vuelve a su casa tranquilo, permítame decirle que está equivocado. Cada hincha tiene su "ritual", les voy a contar el mío.

Como ya mencioné, comencé a ir a la cancha desde muy pequeño acompañado de mi papá y mi hermano, a esa edad uno no entiende mucho y se distrae fácilmente con un pancho, una gaseosa o una bandera. Pero el tiempo pasa, los jugadores cambian, mi viejo envejece y sin embargo, la pasión se mantiene. Empezás a sentir sensaciones difíciles de describir, como cuando sale tu equipo al campo de juego o cuando hace un gol y te abrazás con un desconocido, en un estado de euforia absoluto compartiendo un mismo grito. Los pequeños detalles, que para muchos pueden ser intrascendentes, comienzan a ser parte de ese "ritual", como el aroma del choripán a cuerdas del estadio, el grito de los vendedores "¡hay gorro y bandera!", el color de las tribunas, el sonido de la radio de mi papá las dos horas previas al partido, o la alegría y la tristeza de la vuelta a casa. Si el resultado es negativo, ese sentimiento de angustia puede durar días. (Les advertí que no eran sólo noventa minutos).

En fin, me cuesta mucho definir, en pocas palabras, lo que significa esta pasión para mí. Es un deporte, es jugar a la pelota con mis amigos del barrio, es viajar kilómetros para ver a mi equipo favorito (a pesar de venir último en el torneo y jugar pésimo), son esas charlas interminables con mi papá o es ver un Chacarita – Atlanta un domingo a las 11 y ponerse nervioso. Es eso y más, porque es una parte de mí. Tal vez no sea lo más sano, pero es lo que más me representa, y es por ello que el fútbol es mi pasión.

*“Es eso y más, porque es una parte de mí.  
Tal vez no sea lo más sano, pero es lo que  
más me representa.”*

# Volar sobre ruedas

Por Natasha Recasens

De chiquita, aproximadamente a los 5 años, me gustaba ir al club, a ver patinar a mi hermana Danei cuatro años mayor que yo. Su forma de deslizarse, hacer figuras, saltar, hacer giros me fascinaba. Desde entonces se sembró en mí el sueño de patinar.

Un día mi hermana cambió sus primeros patines, por unos más profesionales, entonces heredé los viejos, y mis días consistieron en patinar por toda la casa, cayendo en cada rincón, pero la sonrisa de la cara no se me iba. Tiempo después me compraron mis primeros patines propios, "profesionales" como los de mi hermana. Y fue entonces cuando mis papás me contaron que mi prima, 2 años menor, también quería empezar a patinar en un club, como yo. Me preguntaron si quería que empezáramos juntas en el club Newell's Old Boys, ya que al ser socias podíamos iniciar directamente. Obviamente no lo pensé, e inmediatamente dije que sí.

Empezamos a entrenar, me encantaba lo que hacía, y cada vez me apasionaba más, me encantaba compartir esa pasión con mi prima, y con mis amigas, con las que íbamos a la cancha y recorríamos el club. Los jueves mientras los padres comenzaban a prender el fuego en los parrilleros, en mi caso era mi tío el que lo hacía, ya que fue él quien me inculcó el amor por los colores y el que siempre me llevó a la cancha y a entrenar, con mi prima, después nos quedábamos en el gimnasio viendo a las chicas que entrenaban para competir.

A medida que iban pasando esos jueves que nos quedábamos después de hora a ver, se empezaron a despertar en mí esas ganas de competir. Además, yo había notado que me habían subido de nivel en los entrenamientos, y creo que el universo me escuchó, porque un mes más tarde, las profesoras citaron a mis papás a una reunión privada. Fue entonces cuando les contaron de mi avance y que realmente estaban sorprendidas de todo mi desarrollo a lo largo de esos tres años. Finalmente les hicieron esa gran pregunta, que de su respuesta dependía

mi futuro o al menos así lo veía en ese momento: "Realmente creemos que Natasha está lista para competir, la queremos federar. ¿Ustedes están de acuerdo y dispuestos a acompañarla en el trayecto?". Claramente mis padres comprendían que federarme significaba comprarme patines mejores y otro par para patín-escuela, serían más horas entrenando, viajes, y más dinero puesto para todo lo que requeriría prepararme. Ellos contestaron que lo iban a charlar conmigo y luego les avisarían.

Estaban muy felices por mí, y más que dispuestos a aceptar, ese mismo día al salir del club fuimos a buscar a mi hermana al suyo, y como mis papás tenían confianza con la profesora de Danei, le contaron. La señora dijo que me veía muy chica y que no estaba lista, que sería mejor que empiece con ella, que ella me prepararía para más adelante. Y ese fue el fin de mi sueño de poder competir profesionalmente, porque mis papás le creyeron, no me escucharon.

Tiempo después me cambiaron de club, al de mi hermana, dos años más tarde, la profesora me preparó para competir, en una competencia de clubes barriales, para la que sí era "apta". En los torneos me fue muy bien, los trofeos en la repisa de la pieza son todos de primer, segundo y tercer lugar de distintas categorías, fechas y lugares. A pesar de estos logros, nunca progresé como me hubiera gustado, el lugar donde estaba me tenía estancada, me sentía atrapada, ya no me autosuperaba, sumado el ambiente tóxico en el que me encontraba, ya no me sentía yo y me dejé de entusiasmar ir a entrenar.

Por cosas del destino y que me fueron pasando en la vida, hoy ya no realizo más este deporte, pero nunca perdí la pasión por él. A mis papás no los culpo, pero sé que si ese día no se hubieran guiado por un simple comentario, de una persona que no me conocía y nunca me había visto patinar, y que opinó desde el punto de vista de alguien que "sabe", sin realmente saber, porque a mí sí me habían preparado, estoy segura que hubiera podido cumplir mi sueño.

Realmente, si mis padres no le hubieran hecho caso, hoy estaría federada, compitiendo, como años después muchas de mis compañeras y mi prima Lara lo hacen. Vivo un poco mi sueño a través de Lara, me alegra verla lograr sus objetivos, y lo que alguna vez soñamos juntas, me llena de orgullo verla cumplir el sueño que juntas idealizamos. Hoy sigo amando este deporte, lo llevo en la sangre, y ese sentimiento de qué habría

pasado si decían que sí, me sigue invadiendo de vez en cuando, me arrepiento de no haber insistido a medida que iban pasando los años, por haberme dejado influenciar y no haber vuelto de grande a Newell´s como hizo Lara.

Mis patines hoy no me entran, ya pasaron 3 años de la última vez que patiné, extraño mucho deslizar en una pista, con el viento en la cara, saltando, haciendo figuras y dejándome fluir por la música. Y obviamente, está en mis planes ahorrar para poder comprarme nuevos patines, y algún día... volver a volar sobre ruedas.

*“Está en mis planes, algún día, volver a volar sobre ruedas.”*

# Pasiones musicales

Con la pasión de "Popono" Romero



# Pasión por la música

por Elena Albitre

La música inundó de vida mi hogar desde que tengo memoria. Desde escuchar las chacareras que tocaba mi abuelo en la guitarra hace muchos años atrás, hasta bailar y cantar como podía las canciones de Madonna que reproducía mi papá en el reproductor de casets.

Siempre busqué crear similitudes entre las letras de las canciones y mi vida diaria. Cuando mi mamá me buscaba por el jardín le pedía que pusiera a Vilma Palma e Vampiros, quienes cantaban "Te busqué en mi auto rojo a las 6", porque me parecía chistoso que nuestro auto era de color rojo, como el que nombraban en la canción que tanto me gustaba.

A medida que los años fueron pasando, la música se convirtió en mi refugio. Me llevaba a vivir historias que no eran mías, me abrazaba con cada melodía, me embriagaba de emociones (felices o tristes), me daba vida. Podría decir que la música siempre llenó los vacíos que llevaba dentro.

Cerca de los 16 años quise comenzar a volverme parte de la música de otra forma: creándola. Hice mis intentos por aprender a tocar la guitarra, pero no tuve los mejores profesores, así que desistí con esa parte. Tomé clases de teoría musical, me aburrí porque yo solo quería aprender a hacer una canción y no tenía la paciencia suficiente como para soportar todo el proceso que descubrí que conllevaba.

Escribí, escribí y escribí. Se me volvió más simple a medida que iba creciendo, ya que iba sumando más y más experiencias a mi repertorio. Y con esas experiencias nuevas venían emociones nuevas, sentimientos nuevos. Frustración, enojo, soledad, tristeza, felicidad, amor... Pero más que nada, frustración.

Se preguntarán, ¿por qué? La respuesta es que desde que recuerdo me presiono para ser perfecta, y no logré aceptar que, sin ayuda, las cosas nunca me iban a salir del todo bien. Nunca fui a clases de canto, nunca las vi necesarias. Un poco ególatra, ¿no? Pero esa es mi realidad. Cuando me compré mi primer micrófono condensador, para empezar a grabar covers o mis canciones con calidad, me frustré. Cada vez que escuchaba la grabación que había realizado, no me gustaba. Siempre había algún detalle que yo sabía que podía hacer mejor.

Borraba todo y volvía a empezar.

Me puse tanta presión encima que dejé de disfrutar de hacer música. Eso que tanto me llenaba, se convirtió en lágrimas constantes. Me sentía inútil. Me decía, si tan bien cantás, ¿por qué se escucha así de feo?

Después de eso me dediqué a apreciar la música desde afuera. Sigue siendo parte de mí, no puedo vivir sin ella. Haga lo que haga tengo alguna canción siendo parte de la banda sonora de mi vida diaria. También sigo escribiendo, de vez en cuando. Considero que mis letras son bastante buenas, pero conformarse, nunca. Cada vez que las releo les cambio algún detalle. Si tan solo hubiese elegido aprender piano en vez de guitarra en mi adolescencia tendría todo lo necesario para terminar la composición de alguna de mis canciones, por no decir de todas.

Sé que nunca es tarde para aprender, solo que ahora ya llevo una vida más adulta. Entre mis estudios y mi trabajo no consigo darles un espacio a mis ansiadas clases de piano. Tal vez también influye el miedo a fracasar, volver a dejar de hacer eso que tan bien me hace porque no me sale como me gustaría. Pero de lo único que tengo certezas, es que los límites se los pone uno mismo, y que muchas veces es difícil darse las alas para volar cuando se tienen los pies muy atados al piso.

*“(...) muchas veces es difícil darse las alas para volar cuando se tienen los pies muy atados al piso.”*

# Sencillamente, mi pasión

por Juan Martín Casalino

Nos conocimos cuando yo tenía unos tres años, o por lo menos eso recuerdo. Me encontraba en mi cuarto, jugando, cuando la escuché. No podía entender lo que estaba pasando. No podía entender quién era aquella dama con voz dulce y melodiosa, con aroma a grandeza, con una presencia tan cautivadora. Me desplazé rápidamente al living de la casa y la vi. Por primera vez, la vi. O bueno, la escuché. La sentí. No estaba seguro de quien era, pero puedo asegurar que me enamoré. Mi papá, sentado en el sillón, me la presentó sonriendo. No me dijo su nombre en ese momento, terminaría aprendiéndolo con el paso de los años, pero de todas formas nos hicimos amigos. Ese fue el día en el que conocí a la música.

La banda que sonaba era Pink Floyd, particularmente una versión en vivo de su álbum "The Wall". Después de ella vinieron otros artistas, así como otros recuerdos. Aún no olvido, por ejemplo, aquella tarde gris en la que mi mamá y yo nos disponíamos a ir la casa de mi abuela a merendar. Mi padre prefirió quedarse en casa para cuidar a mi hermanito, un frágil y delicado bebé de apenas unos meses. Pero mientras lo hacía disfrutaba un DVD de Dire Strites en el sillón del living (el cual, verán, se terminó convirtiendo en una suerte de "trono del melómano" para él y para mi). Cuando estábamos a punto de cruzar la puerta, una ráfaga de tambores comenzó a retumbar en mis oídos, llamándome por completo la atención. Volteé al televisor y vi un fragmento del video musical de "Money for nothing", paradójicamente, un colorido dibujo animado de un hombre que flotaba hacia una pequeña televisión. Y justamente así fue como me sentí. Mi madre se dio cuenta enseguida, y dejó que me quedara en casa.

La música siempre me ha acompañado, fuera a donde fuera. Al mismo tiempo, mi pasión por ella crecía cada vez más, dispuesta a igualar a la de mi padre, e incluso a superarla. Pero claro, eso tuvo sus puntos negativos también. Mientras que a mis diez años yo elegía escuchar Sting o The Beatles, mis amigos optaban por Los Wachiturros o Daddy Yankee, y eso

solo cuando dejaban de lado el fútbol para escuchar música. Esa diferencia aumentó desproporcionadamente a mis quince años, cuando conocí al rock progresivo y al rock matemático. Mis géneros favoritos. Su fuerte sentido de la experimentación, la prevalencia de la instrumentación por sobre la voz, las largas canciones de veinte minutos y el resto de sus características, comenzaron a tornarse incomprensibles para mis amigos y para todo el que me conocía. De a poco, estaba convirtiéndome en otra clase de fanático. Estaba cerrándome a la simpleza de la "música corriente", mientras que al mismo tiempo me abría a esas nuevas influencias. Ya no me sentaba a escuchar canciones, sino discos enteros. Ya no ponía música solo cuando caminaba hacia el colegio, sino también allí mismo. Ya no solo tarareaba melodías de canciones pegadizas, sino también de complejas piezas instrumentales que sorprendentemente lograba recordar.

Mi afición aumentó a tal punto de volverse una obsesión. Una adicción. Ya no podía siquiera ir al baño sin escuchar música. Los auriculares se volvieron una parte más de mi cuerpo, y quitármelos resultaba extraño, como si fuera algo antinatural no estar oyendo el sonido de los instrumentos a todas horas. Quien se había vuelto mi amiga hace un tiempo atrás, ahora se estaba volviendo el aire que respiraba, la sangre que fluía por mi cuerpo. Incluso se transformó en un escudo que me protegía del exterior, en un refugio ajeno a las hostilidades del mundo, al rechazo de mis pares, a la desaprobación de mis padres, y, aún más, a mis propios defectos.

Mi relación con la música sigue siendo así. De hecho, empeora cada vez más. Aún si lo intentara no podría escapar de ella. Me persigue en todo momento. Siento que la necesito para vivir. Es mi combustible para empezar el día y para terminarlo. Mi opinión frente a ella es tan única que pocas personas logran comprenderla. Llegó un momento en el que toda combinación de sonidos le resulta agradable a mis oídos. Ahora, pienso en la música solo como una relación de juego, de experimentación. A la hora de componer no logro ajustarme a las estructuras básicas del "verso – estribillo" ni a las leyes teóricas de escalas y acordes. Mis canciones ya no son solo secuencias de notas, pues son una ampliación del universo musical que habita en mi ser. Esto ha llegado a jugarme en contra a la hora de soltarlas al mundo, así como mi melomanía me ha hecho pasar malos momentos a la hora de encajar con la sociedad, a la hora de vivir "como alguien normal". Y, sin embargo, me encanta que así sea.

No cambiaría mi pasión por nada en el mundo. Es uno de los cariños más grandes que he sentido, y siento, por algo, o por alguien. Porque justamente de eso se trata. Para mí la música es la esencia que tengo en mi cuerpo, y al mismo tiempo, una persona. Está allí para cuidarme, como mi madre. Para enseñarme, como mi padre. Para vivir junto a mí, como mi hermano. Utilizo este escrito solo para poner en palabras lo agradecido que estoy con ella. Y al mismo tiempo, el hecho de redactarlo me recuerda que, por suerte, jamás lograré apartarla de mi vida. Enhorabuena que así sea.

*“Para mí la música es la esencia que tengo en mi cuerpo, y al mismo tiempo, una persona.”*

# Renacer

por Agostina Colussi

La joven estaba sentada en el sillón del living de su casa, aquel que su madre había comprado hace unos meses... Por la rendija de la ventana ingresaba un rayo de sol que iluminaba el lugar, el reloj colgado en la pared marcaba las dos de la tarde; en la calle reinaba el silencio como habitualmente sucedía todos los días en ese horario...

La muchacha se levantó y se dirigió a la cocina, preparó un café con mucho azúcar. Por un momento, fijó su mirada en el ocaso colgado en la pared, mientras que poco a poco se envolvía en las imágenes vivas de su pasado...

Recordó aquella adolescente de 14 años que apasionada por la música un día decidió asistir a clases de canto. Al cantar, ella se ensimismaba en su realidad, absorbida por las emociones que le re surgían al expresar en palabras de otro su propio mundo. Disfrutaba del escenario y de la adrenalina que la avasallaba de pies a cabeza antes de una presentación.

Como olvidar aquel día que con el propósito de apaciguar su obsesiva curiosidad por el mundo artístico decidió practicar acrobacias sobre tela, durante algunos años fue su cable a tierra.

Los recuerdos de su vida en aquel hogar aparecían en su mente como trailers de una película...

Las charlas en la cocina con su madre mientras preparaban la cena, los debates de sobremesa mientras se amargaban con las noticias. El ruido retumbante de las copas que indicaban el inicio de un nuevo año. Las risas resonaban en su cabeza en el momento en el que la abrumaba sus últimos años junto a sus amigas. Aquellas madrugadas en las que rumbeaban por las calles mientras inocentemente descubrían el mundo. El frío las penetraba de pies a cabeza, pero, para ellas esto no suponía un obstáculo, mientras que sus sistemas absorbieran las gotas de alcohol provenientes de aquellas botellas que circulaban de mano en mano en tales encuentros de mala suerte.

El frío abrasador se convertía en fuego para recibir el verano que caracterizaba a la perla del norte. Las noches se volvían agobiantes, el calor le hacía justicia al pequeño ventilador que colgaba en la pared de su habitación.

Revivió aquellas tardes cuando las vecinas mataban el tiempo chismoseando como cotorras los amoríos ajenos, como dice el dicho “pueblo chico, infierno grande” ... sin duda, nadie pasaba por desapercibido en aquella ciudad del noreste argentino.

La alarma del celular inundó el espacio sacándola de su trance. Confirmando el horario en la pantalla se dispuso a armar la valija para el retorno de su viaje... Se prometió a sí misma no emocionarse durante su estadía en aquella ciudad que la vio crecer durante 20 años.

Hoy aquella adolescente de 14 años aún impulsiva y por momentos, distraída, continúa en la búsqueda de su propio arte mientras renacen en ella nuevos tallos de su metamorfosis, intentando comprender la rareza y crueldad del nuevo mundo que la rodea, representa e interpela.

*“(...) continúa en la búsqueda de su propio arte mientras renacen en ella nuevos tallos de su metamorfosis (...)”*

# Libertad en cuatro minutos

por Delfina Cristallini

“Vos escuchá lo que más te guste, pero es mi deber como padre primero mostrarte buena música”, me decía mientras sonaba alguna banda de rock ochentosa de fondo.

Y yo, apenas una niña, lo miraba con admiración. En mi inocencia se hacía inmenso su conocimiento.

Hablaba con mucha convicción y seguridad. Me entusiasmaba pensar que quizás, algún día, sería tan apasionada como él.

Aquellas tardes de sábado, sentados frente a la computadora escuchando música, se daban de manera casi religiosa. No pasaban siete días sin que mi padre me enseñara sobre algún músico mítico o compositor que marcó su época.

Me contó que para buscar la letra de las canciones, tenía que escribir su título y la palabra “lyrics”. Entonces, con gran emoción, me sumergía en internet, intentando comprender el significado de esas canciones en inglés que me resultaban extrañas.

Lo que más anhelaba era escuchar una de esas excepcionales piezas musicales y poder entenderla, asociarla a mí.

Sentía cómo la melodía invadía cada rincón de mi cuerpo. Entendí que la plenitud que me producía no sería pasajera, sino que iría en aumento.

En mi adolescencia, esa música que me maravillaba hacía unos años, se convertiría también en una suerte de interruptor. Al presionarlo, apagaba mi mente abrumada y preocupada, me dejaba a oscuras; pero, a su vez, encendía una luz resplandeciente, con la capacidad de transportarme a otro plano, lejos de la verdad que atormenta.

Se transformó en un refugio siempre disponible, preparado para limpiar el polvo del corazón y desatar los nudos de la mente.

La música nos obsequia a todos lo más preciado y valioso, con cuatro minutos de canción le es suficiente para darnos algo que no conseguiríamos de otra forma: libertad.

Libertad para sentir, para pensar. Libertad para volar, enajenarse de los miedos. Libertad para desligarse de lo que nos hace mal, para renacer en alma y cuerpo.

Es el vehículo en el que elijo recorrer mi vida. Muy distinto a un auto o a un avión, que me dan la posibilidad de conocer el mundo. Mientras la música, además de ello, desborda la realidad que asumimos como única.

Jamás podría describir, con precisión, la importancia de la música en mi vida. Sería decepcionante poder definirla en palabras porque implicaría la ausencia de ese componente místico que le otorga su esencia.

Ya no más secretos, sorpresas o verdades por descubrir, todo estaría asentado en un papel.

¡Cuánto me alegra que no sea así! Qué ingrata sería si osara a limitarla de tal forma, cuando ella provoca algo inexplicable en mí.

Trasciende la simpleza de considerarla “un mero escape”. Para mí, es un vínculo inquebrantable con mi papá, es la relación directa con pasado y presente, es mi forma de expresión.

Qué orgullosa estaría esa pequeña, llena de curiosidad, cuyos ojos se abrían más y más al oír el sonido estremecedor de un piano o una voz única.

Qué orgullosa estaría si supiera que esa sensación alucinante que experimentó por primera vez, se repetiría siempre al escuchar una canción nueva.

Qué orgullosa estaría de saber que la respuesta a su sospecha era: sí, así se siente la pasión.

*“(...) esa sensación alucinante que experimentó por primera vez, se repetía siempre al escuchar una canción nueva.”*

# Sonrisa sin razón

por Francisco García

“Gracias”, me dije a mí mismo con una extraña sonrisa aquella noche, con la cabeza en la almohada, al estirar la mano para apagar el velador. No estaba seguro por qué me agradecía, pero un rato antes, cuando apoyé los palillos sobre el tambor de mi batería, cansado de pegarle a una goma insonora durante un par de horas, había sentido ese mismo impulso y esbozado esa misma sonrisa. Me merecía un agradecimiento.

A la mañana siguiente, como siempre, me tomó unos cuantos minutos y molestas alarmas levantarme de la cama. Cuando me dispuse a estirar mi pierna para hacerlo, me encontré con un sonido mucho más molesto generado por la increíble patada que le propiné a uno de los platillos de aquella batería. El ruido, sin embargo, no me molestó en absoluto, y trajo consigo la respuesta que no había encontrado la noche anterior.

Que ese platillo esté tan cerca de mi cama era, y sigue siendo, muy incómodo. La batería desplegada ocupa casi toda mi habitación y es más común llevársela por delante que esquivar todas sus partes. Es incómodo, sí, pero desde ese día es ante todo la demostración material de que había vuelto. Yo, unas semanas antes, había vuelto a tomar clases. La batería, unas semanas antes, había vuelto a estar, con sus partes sanas y sus partes rotas, dispuesta en mi pieza para hacerme feliz al tocarla.

Desde aquella noche y su posterior mañana no pasó más de un mes. Mes que le alcanzó a mi cabeza para llenarse de recuerdos y emociones. Recuerdos llenos, además, de personas a las que agradecerle y razones para hacerlo, incluyéndome a mí mismo.

Pensé primero en Caro, una amiga de la familia y baterista de jazz que me había transmitido el amor por el instrumento entre meriendas de Fanta y galletitas a mis cinco o seis años, más o menos. En la Tete, mi abuela, que unos años antes veía a mis padres soportar el ruido de ollas golpeadas por mí y se le ocurrió regalarme una batería de juguete. Pensé en mis viejos bancándome preocupados cuando a los nueve intenté estudiar con un profesor de conservatorio y la frustración me ganó. Me acordé cuando, después de eso, mi amigo Liam me invitó a tocar prestándome su casa y su batería. Permiéndome conocer a Alfredo, el profesor que me hizo enamorarme de la

música. Pensé también en agradecerles a ellos.

Me acordé de mi yo de 12 años ahorrando para comprarse su primera batería, eligiendo sus partes, y entristeciendo a los 14 cuando por falta de tiempo tuvo que dar un paso al costado. Me acordé del pibe que en todos los años siguientes ordenó y reordenó su habitación incontables veces pero irracionalmente nunca guardó esa primera batería. Me agradecí otra vez.

Al final de esa catarata de emociones vinieron a mi mente todos los recitales en los que me iba de plano escuchando sólo la percusión y soñando con ser, por ejemplo, Catriel Ciavarella, el baterista de Divididos. Me gustó cuando entre todo el desorden emocional y mental se cruzaban mis amigos y mi novia que, en los últimos dos años, haciendo su música e insistiendo, me reencontraron con las ganas de volver a mi pasión.

A todos los protagonistas de este relato, gracias.

Hoy la batería vuelve a ser protagonista en mi vida. Algunos soportes están rotos, mi técnica está oxidada, los parches no son los mejores y en mi habitación no sobra un centímetro. Mi sonrisa al verla y la satisfacción de seguir apostando a la pasión están renovadas, más grandes y espaciosas que nunca.

Me costó siempre definir "pasión", me cuesta lo irracional. Irracional cómo nunca guardar la batería, irracional cómo lo que siento cada vez que me hipnotiza un nuevo tema de algún artista o que me abstraigo de la realidad escuchando una batería sonar en cualquier escenario. Irracional cómo el amor.

La pasión, como el amor, acompaña. Una pasión mima, reconforta, enamora. También puede ser incómoda, cansadora y costosa de mantener. Una pasión obliga a dejar cosas de lado, se pausa, se rompe (como mis pedales o el soporte de mis platillos "hi-hat"). Se arregla, se recuerda, renace. La pasión genera sonrisas sin razón al dormirse y también al despertar. Una pasión va y viene, no siempre está activa, no siempre tiene que estar. Pero la pasión, cuando vuelve, nos demuestra que nunca se fue.

Gracias batería por enamorarme, por no permitirme guardarte, por no irte. Gracias familia, músicos y amigos por hacerla renacer.

Sigo sin saber definir a la pasión, pero hoy sé que, a pesar de los años de distancia, de las idas y vueltas, la batería es la mía. Mi batería siempre está.

*“La pasión genera sonrisas sin razón al dormirse  
y también al despertar.”*

# Mi escape de la realidad

por Ludmila Lemberger

Canto. Desde siempre. Mi mamá siempre me cuenta que a mis dos, casi tres años de edad, cantaba a la perfección, las canciones que pasaban en la radio. Eso le sorprendía a ella y a las personas que pasaban y me escuchaban, ya que mi pronunciación era clara y me sabía cada palabra de estas, incluso las publicidades, pero ese es un tema aparte.

Cantar siempre fue y seguirá siendo todo para mí, aunque lo considere como un "hobby". Desde los seis deseo que mi mayor fantasía se vuelva realidad. Poder ser cantante. ¿Cómo surgió mi gran anhelo? Todo comenzó en una clase de inglés de primer grado, con un salón bullicioso. Yo hacía las actividades mientras cantaba una canción de los Jonas Brothers. Estaba en mi propio mundo, cantando bajito, solo para mí. No me daba cuenta de lo que ocurría a mi alrededor, cuando de repente el aula quedó totalmente silenciosa por parte de mis compañeros y compañeras. La única voz que se oía era la mía cantando "Hold On". Volví a la realidad al terminar el estribillo en un inglés inventado por mí. La maestra y toda la clase me aplaudieron y halagaron. Ahí fue donde comenzó mi pasión por cantar.

Aún me sigue apasionando. Es algo que no puedo evitar hacer sin importar qué. Si algún día no me escuchan cantar... ¡preocúpense!, ya que no sería normal, porque me la paso cantando, es algo que hago automáticamente. Cuando estoy sola aprovecho para hacer karaoke y pasarla bien.

¿Qué es para mí cantar? Es pasarla bien. sAlgo que hago a diario por hábito. Algo que me hace bien, me llena de serotonina, tranquilidad y paz. En tres palabras: curativo, terapéutico y sanador. Lo utilizo, además, para descargarme y sacar las malas energías, mi malhumor junto con todas las molestias o problemas que tuve en el día. También me hizo interesar y sentir curiosidad por más mundos del arte, como aprender a tocar instrumentos y la danza, entre otras.

Cantar es la única actividad que he mantenido por años porque me apasiona hacerlo, aunque nunca haya ido a tomar clases, ni sepa sobre técnicas de canto, disfruto. Todavía sigo manteniendo mi sueño casi imposible de lograr convertirme en cantante, así poder expresar y

transmitir con mi voz, mis letras y melodías, mensajes que me parezcan importantes y sobre todo reales, para que la mayoría de las personas logren sentirse identificadas con mi música. Pero eso aún sigue en mi imaginación, en donde todo es posible. Sé que algún día este gran objetivo y anhelo que deseo cumplir, se hará realidad y dejaré de estar solo fantaseando con ello en mi mente, saldrá del mundo inventado por mi cabeza y será real... sólo es cuestión de esperar.

*“Cantar es la única actividad que he mantenido por años (...)pero eso aún sigue en mi imaginación, en donde todo es posible.”*

# Un amor incondicional

por Matías Pratta

Era un día como cualquier otro cuando, a los 12 años, tuve mi primer acercamiento al Rap en la escuela primaria gracias a un compañero de clase que, de forma totalmente ocurrente, comenzó a hacer melodías y percusiones con la boca. Asombrado por su habilidad, logré discernir que lo que estaba haciendo era una "base de rap" pero de forma natural. Tiempo después, comprendí que se trataba de "Beatbox". Instintivamente, me nació la idea de seguir el ritmo tanto oralmente como de manera corporal y, en consecuencia, el impulso musical de rimar palabras sobre esta increíble melodía orgánica generó en mi cuerpo una sensación de bienestar y paz tan grande que, a partir de ese día, lo que había conocido de manera remota e inesperada, se transformó en una costumbre que hasta hoy sigo manteniendo.

Con el paso del tiempo, desarrollé la necesidad de relacionarme con el rap cotidianamente. Cualquier persona diría que es simplemente música como cualquier otro género y, en realidad, es cierto. Sin embargo, en mi vida personal cumple una función mucho más profunda, su presencia tan reconfortante en un largo viaje en colectivo; su acompañamiento en circunstancias difíciles; sus sonidos tan agresivos como para quitarme el sueño pero tan puros como el sol al atardecer, reflejan el valor y el peso emocional que adquirió, y sigue adquiriendo, a lo largo de los años.

Convivir con la música, ya sea rap o cualquier otro estilo, es una sensación que ni aunque quisiera, le encontraría comparación. El sencillo acto de sentarme en el patio de mi casa o en un parque cubierto de grandes extensiones de césped y árboles, con el único fin de escuchar música sin preocupaciones, mirando a la nada con la mente en blanco mientras la brisa recorre el ambiente, me brinda una sensación de placer que no se asemeja a ninguna otra cosa. Hasta me animo a decir que es una especie de terapia, muchas veces libero estrés de esta forma o, en otros casos, saco un cuadernillo o el celular y, rebalsado de inspiración momentánea, escribo mis sentimientos tanto positivos como negativos, a través de versos y estrofas.

Transitar tantos años con el rap a mi lado trajo consigo muchos recuerdos memorables. Mientras escribo esto se me hace presente uno de los momentos que más me conmueve y extraño. La rutina tan placentera de tener a Roco, mi perro, sentado a mi lado en el patio de mi casa, todas las tardes del 2021, mientras yo recitaba unas cuantas rimas o simplemente escuchaba canciones, me provocó emociones que me hacían reflexionar acerca de la sencillez que necesitaba para ser feliz. No poder revivir esos momentos que tanto marcaron mi pasado, en cierto punto me impacta, pero agradezco haber tenido la oportunidad de disfrutarlos.

El fanatismo por este género no solo desarrolló mi gusto musical, sino que también me abrió las puertas a otras actividades que, hasta antes de relacionarme con él, no conocía o no consideraba que podrían ser de mi agrado. La satisfacción que me genera redactar textos de cualquier tipo, ya sean informativos, narrativos o personales, fue un gran descubrimiento que se dio a raíz de mi amor por la escritura dentro del ambiente de la música. Por esta razón, podría decir que realizar esta tarea, más que una obligación, me resulta una actividad muy agradable que no requiere de sacrificio ni dedicación forzada porque la propia sensación de goce me predispone a ejecutarla.

Poner en palabras el aprecio que siento por esta maravilla y explicar lo que significa para mí, es muy difícil. Sin embargo, el impulso expresivo y la dosis de adrenalina que me produce revivir cada momento almacenado en los rincones de mi conciencia, me permite dejar bien en claro la huella más significativa que tuvo el rap a lo largo de mi adolescencia: ser la fuente de inspiración y voluntad en las situaciones más complicadas que me tocó atravesar.

*“(...) la huella más significativa que tuvo el rap a lo largo de mi adolescencia: ser la fuente de inspiración y voluntad en las situaciones más complicadas que me tocó atravesar.”*

# Pasión por la música

por Joaquín Torrado

No sé si fue obra del destino o de algún tipo de entidad desconocida. Pero lo que sí sé es que llegaste a mi vida como quien viene a cambiarla. Fue ese mismo día en el que te encontré ahí tirada en el garaje, un poco mal dejada y desgredada entre otros cacharros también abandonados, que descubrí un mundo nuevo lleno de puertas diversificadas en más puertas, que acurrucaron algo en mí que había estado relegado a un segundo plano por mucho tiempo.

Siempre me he alejado de la idea de que lo material da felicidad y provee sentimientos parecidos a lo que genera lo que uno ya concibe desde un primer punto, como es el amor maternal por ejemplo. Pero hoy decido romper un poco con lo pactado. Porque ese objeto hecho con madera, cuerdas, un poquito de plástico y metal, me dió felicidad. Me dió también herramientas suficientes para plasmar otras sensaciones de carácter estético-lirico, en momentos de mi vida que los necesitaba. Me dió la posibilidad de añorar la nostalgia de ser chico y la pasividad con la que nos adentramos en lo nuevo. Influyó directa e indirectamente en la conformación de lo que soy ahora y sin dudas en lo que seré.

La guitarra en mi vida es eso. En realidad, para no establecer una contradicción en mi idea de materialismo preestablecida, preferiría definir a este instrumento como un puente. Une un punto con otro. Es la materialización de algo que me sobrepasa, y le debo mucho más de lo que le devuelvo. La música.

La música siempre ha sido, en todo su entramado, una especie de salida para mí. Quizá, hasta un guía que me ha orientado hacia los campos, donde conviven sentimientos de todo tipo.

Siempre en mi vida hubo música. Por parte de mi papá y mi abuelo más que nada. Lo que hay que discernir en el discurso, es que hace muy poco

descubrí mi pasión hacia ella. Fue en base a ir a recitales y festivales de rock, de establecer ídolos en mi conformación musical, de empezar a tocar la guitarra e ir a clases de la misma.

Pero todo comenzó en la composición. Esto me abrió al mundo de la poesía. De la imaginación y proyección de acordes. Y fue específicamente en la primer canción compuesta por mí, que di cuenta de lo que en realidad es la música.

Esta canción fue escrita en un contexto y momento muy doloroso para mí y mi familia, ya que conllevaba un sentimiento tan agreste y duro, como es la pérdida. La muerte de mi tía y mi tío por parte de mi mamá.

No cualquier pérdida. Sino esa que no deja lugar a la despedida. Fría, despiadada y malvada forma de perder a un ser querido. Es allí cuando, totalmente roto y aniquilado por dentro, viene la música para abrazarme y curar la herida generada en aquel entonces.

En menos de una semana pude plasmar y manifestar sentimientos que no alcanzan ni para una vida entera. Todo esto en una simple hoja de papel desgredada por las idas y vueltas de la planificación de la letra de la canción.

A su vez realicé arpegios, rasgueos y acordes en mi fiel guitarra mal dejada, que nunca habría podido, de no ser por todas las emociones que me atravesaban en ese momento.

El resultado final fue una mezcla de sentimientos y aleteos de mariposas en barrigas llenas. Llenas en abundancia. Porque en el momento en que toqué por primera vez esa canción, ¡mi primera canción! En el momento en que le mostré a mi familia lo hecho y logrado en aquella composición. En el momento en que vi que los ojos de mi mamá cesaban de llorar ante su atenta y armoniosa mirada, acompañada de una sonrisa acusadora, que revelaba hasta el sentimiento más puro de amor. En el momento en que hice el último acorde para darle pie a una avalancha de abrazos que se asemejaban a la plenitud humana. Justo ahí, supe que mis tíos, habían recibido el mensaje de despedida desde donde sea que se encuentren.

Me sentí pleno. Sentí a lo malo alejarse. Pude entender a la música. No como algo completamente reducido a sonidos generados por instrumentos específicos. Sino como la búsqueda y respuesta de problemas que me afectan o incluyen. Como el método más sencillo y complejo a la vez para hallar la felicidad.

Y es por eso que le doy gracias a mi guitarra. Y a los artistas sobre todo. Militantes de lo abstractamente hermoso. Ellos son la materialización de la música en mi vida. Son los culpables de mi pasión. Pasión desenfrenada que trasciende fronteras de todo tipo. Porque al abrazar, besar, reverenciar e idolatrar a un artista, siento plenamente en que lo que estoy haciendo, es devolverle a la música una porción muy humilde de lo que ella me da.

*“(...) Como el método más sencillo y complejo a la vez para hallar la felicidad.”*

# Pasión por viajar

Con la pasión de **Milagros Claribel García**



# Sed de Mar

por Micaela Forchino

Había empezado a quererlo desde el primer día que lo vi. El amor y el asombro por el mar nació a mis 4 años. Primeras vacaciones en familia con abuela, abuelo, tías y tíos incluidos. Primera vez conociendo el mar. El recuerdo de ir corriendo hasta la orilla, al agua, distraerme observando la inmensidad arrolladora que me envolvía y una ola revoltosa tumbándome, dándome la bienvenida, todo fueron risas. Algo que muchos considerarían aterrador, yo lo encontré fantástico. Para mi maravillosa suerte tuve más oportunidades de visitarlo y en cada una lo descubrí y me descubrí más, aprendí a amarlo y a amarme a la vez.

Así cada vez que nos volvíamos a encontrar me iba con un baúl lleno de recuerdos y tradiciones. Tirar un caracol al mar pidiendo 3 deseos con mamá y mi hermano (a veces se convertían en 4 debo confesar, es que ¿Cuántos son muchos deseos, cuando hay tantos caracoles?). Charlas interminables nadando y flotando en el agua. El juego de las olas y el intento de surfearlas en la tabla de barrenar con mi hermano, dejándonos arrastrar hasta la orilla, tentándonos de risa. Despertarse temprano para ver el amanecer y caminar en familia por la playa. Convencer a papá de que el agua no está fría y reírnos de las caras que hace al probarla. Salir del agua con los dedos arrugados por haber perdido la noción del tiempo. Ver quién junta los mejores caracoles o encuentra algún tesoro. Construir castillos, fuertes y túneles. Hablarle a la luna llena brillante, reflejándose en el agua, agradecerle por formar las olas que bailan...

A medida que fui creciendo, el mar se fue resignificando junto conmigo, siempre enseñándome algo nuevo. Voy pero también vengo y vuelvo, y cada vez que voy tengo más claro que quiero ir, porque cuando no estoy tengo sed de mar. De su brisa con olor a sal que choca la arena resplandeciente en la piel; las olas rompiendo en la playa, llenando de espuma los pies, trayendo y llevando esas palabras que tienen que ser pronunciadas, arrojando, acunando y moviendo no solo el cuerpo también la mente; el agua, mar de sensaciones que me abrazan; lluvia de colores

que danzan en el cielo bañando el mundo de color fantasía universo; el sol que quema por fuera y te cambia por dentro; y el cantar de las gaviotas, pelicanos y cormoranes musicalizando la escena.

Por un momento estoy yo sola, no hay más personas ni más mares, solo este mar y yo. Estoy porque quiero estar, no hay presiones, obligaciones ni perfeccionismo, tan excesivo y dañino, tan humano pero deshumanizante, todo es perfectamente imperfecto. Allí todo sueño vale, no los dejo pasar por delante; soy suficiente; sonrío naturalmente con esas sonrisas que nacen solas, no se van y no te das cuenta de cuanto estuviste así hasta que te empiezan a doler los cachetes; todo se vuelve interesante, puedo perseguir lo que quiero; vuelvo a ser esa niña construyendo castillos, juntando caracoles, riendo en las olas; derramo el vaso de agua y no pasa nada, lo limpio y ya está; me permito ser un tumulto convergente de hermoso y arrollador caos, y aprendo a quererlo mucho, porque soy yo, porque así es el mar y lo llevo en las venas.

Allí en ese lugar en que somos solo yo y mi mar empiezo a vivir. El mar me demostró que no hay planes perfectos, que los más espontáneos e inesperados son los mejores, que todo se disfruta más cuando al final lo has pensado menos. Que el ahogo dura solo unos segundos hasta que pasa la ola y volvés a respirar y que quizá antes de que pase eras otra persona pero el cambio no está nada mal. Que hay tantas posibilidades de hundirte como de llegar a lo más alto, pero hay que sumergirse para poder experimentarlo.

Cuando la vida aterra el mar me aterriza y canta mi canción favorita. Esa voz danzarina se queda en mi cabeza, se hace propia, es propia. La voz del mar me susurra: sentilo y sentilo todo, sentilo, sin miedo y deja los problemas que son demasiado pesados para cargarlos a costa en mi costa, frente al mar todas mis preguntas se responden.

Cuando estoy tratando de explicar lo inexplicable, queriendo descifrar lo indescifrable, atrapada navegando en un barquito que va muy rápido, el mar me trae paz y calma, me libera de preocupaciones y exigencias, las olas me hablan como en un susurro de epifanía de la suerte de estar, de ser. A veces se nos olvida un poquito la inmensidad abrazadora de las maravillas que nos rodean. En ese momento en el que se tocan cielo y mar y todo parece una inmensidad, tan lejos y tan cerca de ese horizonte misterioso y revuelto. Mirando arriba, abajo, alrededor, siendo parte, estando entre la tierra y el cielo, allí el mar me recuerda cuan chiquitos somos en este infinito.

El mar entero no cabe en la mano, es algo más real de lo que se puede tocar, algo más real de lo que se puede ver y viviendo en una ciudad en la que no lo hay a veces mis lágrimas tratan de crearme uno personal. Quizá porque en estos momentos los necesito más que nunca es que estas palabras se agrupan, navegan y llegan a la costa. ¿Estamos en la misma costa? Te invito a surfear la ola.

*“(...) estas palabras se agrupan, navegan y llegan a la costa. ¿Estamos en la misma costa? Te invito a surfear la ola.”*

# El ruido de las olas

por Delfina Jurado

Siempre me gustó el ruido del mar, también el silencio de las noches en las cabañas donde parábamos los veranos durante toda nuestra infancia, hasta nuestras adolescencias.

Las vacaciones en Mar Azul, un pueblo costero de la provincia de Buenos Aires, eran infalibles. Era nuestro ritual junto a mi familia a finales de enero o principios de febrero. Disfrutaba cada momento, el viaje era lo mejor. Mis hermanas y yo arrancábamos durmiendo, y más tarde íbamos tomando mates acompañados de torta de arándanos que hacía mi mamá la noche anterior, resolviendo crucigramas y escuchando música, porque de alguna manera había que pasar las ocho horas de viaje.

La preparación de todas las cosas que llevábamos era bastante grande. Días antes mi papá comenzaba a guardar las velas para hacer kitesurf junto a mi hermana, mi mamá al igual que mi otra hermana, se ocupaban de que no nos falte nada para el día a día, llevar comida y remedios por si sucedía algo. Mamá siempre tenía la ropa que íbamos a necesitar limpia y apoyada en el colchón de nuestras piezas. Tres hermanas somos, no era nada fácil planificar un viaje con una familia grande, pero me encantaba. Yo me encargué siempre de llevar cartas, dados y buraco. Lo que siempre cada uno se tenía que hacer cargo era de los libros que iba a leer, todos nos llevábamos al menos dos. Siempre alguien se encargaba de cosas y tenía determinadas tareas, a medida que crecíamos podíamos organizarnos mejor.

Cuando llegábamos al lugar fuera la hora que fuera, con hambre o no, íbamos al mar, no importaba si teníamos puesta la malla, pero solo queríamos, o más bien yo quería, apreciar ese momento de paz, de ver el mar, las olas, ver los pies mojarse con el agua, volver caminando y que la arena se nos pegue a nuestros pies mojados, apreciando los viejos lugares que conocíamos desde hace tanto tiempo.

Allá todo era más lindo, no importaba que cuando te fueras a la cama, las sábanas tuvieran arena y tuvieras que sacudirlas millones de veces antes de acostarte, porque estabas en el mar, en la playa, de vacaciones, en el lugar

de siempre. Mar Azul es un lugar muy calmo, hasta los veranos de finales de pandemia pudimos ir y volvería a ir una y otra vez, porque no hay como volver a lugares conocidos, lugares en los que te sentís como en casa.

Una cabaña enorme, frente al mar, con balcón, una habitación y dos sillones para dormir, eso era todo lo que teníamos en las vacaciones, y a nosotros.

Una de las noches sin falta íbamos a Amorinda. Era una casa en el medio del bosque donde cocinaban las mejores pastas caseras, o por los menos se sentían como las mejores. Siempre nos sentábamos en los mismos lugares y la mayoría de las veces comíamos los mismos platos, a mí me encanta el pesto y ese era mi acompañamiento fijo en los fideos. Cuando éramos más chicas los mediodías comíamos capeletines, de grandes, empanadas en la playa, las cuales era imposible que no se llenaran de arena. Después de comer siempre dormíamos una siestita bajo la sombrilla con música de fondo. A media tarde, empezaba la ronda de mates y para acompañar facturas o churros compradas en “El Topo”.

Una zambullida en el mar junto a papá cortaba la tarde. Él siempre quería pasar la rompiente, yo también, siempre se siente tan bien esa sensación de no hacer pie. Para un lado tener un océano desconocido y para el otro, a pocos metros ver la arena y a mamá filmándonos, muchas cantidades de fotos y videos que al verlas durante el invierno nos hacían recordar nuestra otra casa, nuestro lugar conocido.

Todos los años el mismo reencuentro con este lugar que nos hacía conectar con lo más profundo, donde volvíamos una y otra vez viendo como nada había cambiado, solo nosotros lo hacíamos.

*“(...) volvíamos una y otra vez viendo como nada había cambiado, solo nosotros lo hacíamos.”*

# Pasión por la carretera

por Angela Mangiaracina

Supongo que desde que nacemos hay situaciones que “activan” nuestras emociones. El primer día de colegio, la primera vez que dormimos fuera de casa, cuando conocemos las verdaderas amistades o conectamos con nuestro primer amor. Pero tengo la sensación de que a medida que nos vayamos haciendo más grandes, estas situaciones van a ir disminuyendo. La vida, de alguna forma va a ir perdiendo emoción. Y creo que algo que seguirá generándome una emoción inmensa serán los viajes por la carretera acompañada de personas que me llenan.

Ese intenso placer que se genera al momento de viajar. La emoción de conocer otro maravilloso lugar. La ansiedad por llegar. Hacer las maletas, cargar el auto y arrancar camino hacia nuevas experiencias. Son todos sentimientos que me genera la carretera, ese largo trayecto que me produce mil y una sensaciones distintas. La emoción, la alegría y los nervios positivos de un gran viaje son como todos los grandes momentos de una vida: mariposas en el estómago, escalofríos, tensión y cosquilleo. Pero, sobre todo, una sensación ancha y amplia de felicidad.

Una carretera con un millón de historias detrás, que atraviesa terrenos de propiedades particulares, cuyos dueños están dedicados a la agricultura, a la explotación de minas o a cualquier otra industria, cada terreno con un pasado completamente distinto permitiendo utilizar la imaginación como herramienta de exploración.

Tener esa posibilidad de elegir el camino que más me guste. Estar abierta a llevar esa aventura a otro nivel, dispuesta a vivir nuevas experiencias que enriquezcan mi vida. Sentir esa libertad es lo que me llevará a seguir y así encontrar lo que tanto buscaba.

Personalmente creo que no hay mejor sensación que estar viajando por la carretera junto a la gente que quiero, con un mate en la mano y escuchando Rock Nacional. Imaginándome lo bien que la vamos pasar y generándome un montón de expectativas que, la mayor parte del tiempo, son alcanzadas.

Ir mirando por la ventana, leyendo, escuchando música o viendo películas forman parte de un porcentaje de cosas que disfruto hacer durante el viaje, pero lo mejor de todo es ir viendo cómo va cambiando el terreno a medida en que me voy alejando más de mi hogar y, ahí es cuando comprendo, que no es únicamente el terreno lo que cambia, sino que también las personas que lo habitan, cada lugar contiene costumbres y tradiciones distintas. Eso me hace dar cuenta de lo diferente que es el mundo, de que, en realidad, vivimos dentro de una burbuja y también de lo insignificantes que somos para el resto. Viajar implica reflexionar, y de cierta manera, es por eso que lo disfruto tanto.

La realidad es que viajar me da, al menos a mí, algo que no me da cualquier otra cosa. Me da la posibilidad de experimentar la sensación de cambiar de realidad, de dejar de lado la rutina para aventurarme en sensaciones nuevas y renovadoras. Es tomar otra perspectiva y dejar atrás otras sensaciones, de alguna forma, es empezar de cero. Para mí, no hay nada mejor que la sensación de volver de un viaje y sentirme como si fuera una nueva versión de mí, con nuevas energías.

Pero la mejor emoción de todas las que provoca viajar es sentirse lleno. Un viaje ofrece un terreno ideal para experimentar momentos únicos; sentir la mayor complicidad posible con alguien; conocer gente de todo tipo y condición; practicar idiomas; hacer planes que no había hecho antes; abrirme a diferentes tipos de comida; pasear; ver atardeceres; contemplar la belleza del destino; descubrir lugares y sus historias; poner los lugares en la Historia. Y lo mejor de todo, es que esas experiencias no se acaban.

*“Para mí, no hay nada mejor que la sensación de volver de un viaje y sentirme como si fuera una nueva versión de mí.”*

# Pasión por la lectura y escritura

Con la pasión de **Mónica Alfonso**



# Mi segundo hogar

por Victoria Abril Ojeda Arrondo

Si hay una constante en mi vida creo que esta sería mi pasión por la lectura de novelas. Comencé a leer por gusto en mi infancia, específicamente a los nueve años. Era tan chica, pero con tantas ganas de encontrar algo que me atrape y abstraiga de mi realidad, que por vueltas de la vida terminé leyendo *Gotich Doll* de Lorena Amkie... No queda más que decir que me desvelaba y pasaba de largo los días con tal de terminarlo. "Dormí, muñeca, ya es tarde", decía mi papá, pero nunca le hacía caso. Inclusive, la escasa obediencia a mi papá siguió por un buen tiempo: libro que agarraba, libro que me obsesionaba hasta el cansancio. Los hacía - y sigo haciéndolos- muy propios: ya que los subrayaba, analizaba y anotaba en los márgenes.

Hoy en día mi interés por las letras se ve en mi cotidiano: primero, cargo un libro en mi cartera todos los días para leer en mis tiempos libres. Segundo, mis gustos varían tanto porque no discrimino en género, sino en extensión de páginas. Tercero, si voy con plata a una librería seguro volveré con la cuenta del banco en cero pero con cuatro ejemplares nuevos en mis manos. Tal vez esto se deba a que también mi papá fue una figura muy presente para mí. Él era tan apasionado en cada cosa que hacía y se movía con sus principios e ideales en todo momento, que indirectamente me lo proporcionó a mí misma: buscar un interés que refleje una pasión similar a la que él tenía en su cotidiano.

Lamentablemente, él ya no está entre nosotros, pero cada tanto encuentro su letra en alguna dedicatoria que me hacía en algún librito. Por ejemplo en el *Principito* escribió "Hija ileé! En los libros están los mundos más ricos y complejos" y cuánta razón tenía el gordo... Pues en los libros está no solo mi abstracción, sino también mi segundo hogar: el de los pensamientos y recuerdos más puros y sinceros... Y sí, comencé a leer a los nueve años, pero nunca acabaré mi amor incondicional a la lectura.

*"En los libros están los mundos más ricos y complejos."*

# Las narradoras no escriben

Por Josefina Remotti

Fue durante mi cumpleaños de cinco cuando conocí mi primer libro descolorido. Entre tantos regalos, había uno que llamó mi atención. Era un cuento, uno muy grueso. La tapa era de un verde manzana, refrescante y resplandeciente, así que llamó mi atención. Grande fue mi desagrado cuando descubrí que no tenía ilustraciones. El cuento color manzana era tan pálido por dentro que parecía un fantasma. ¿Cómo iba a entender de qué se trataba? ¿Cómo se suponía que iba a saber como se veían los personajes? Mi molestia se debió notar porque casi al instante abandoné aquel cuento verde y dirigí mi atención a otra cosa, una muñeca con un vestido suave y pomposo. Me mantuve ocupada con ella hasta la hora de acostarme.

Mientras papá subía las sábanas hasta la cabeza le pedí que me leyera, seguía muy despierta por jugar tanto y no me iba a ir a dormir sin un cuento.

Él me sonrió y se acercó a mi pequeña biblioteca, un mueble antiguo que había sido pintado de blanco, en cuyo estante más cercano al piso, estaban mis cuentos.

Cuando se acostó a mi lado, vi que traía en su mano el enorme cuento nuevo, el verde. A ese punto, el rechazo que me había generado su poco contenido me hizo detestar el color.

Todavía no sabía leer, y si no tenía nada para mirar iba a ser muy aburrido. Mi argumento que relacionaba la historia de un cuento con los lindos dibujos de adentro no pareció satisfacer a mi papá que estaba determinado a leerme el cuento verde. Se acostó al lado mío: él, afuera de las sábanas, y yo, tapada hasta la cabeza. Él ocupando más de la mitad de mi diminuta cama, y yo, aplastada contra la pared. Nunca me olvidé de las palabras que me dijo en aquel momento:

-No tiene dibujos porque los tenés que hacer en tu cabeza

No podía creer lo que estaba escuchando ¿Cómo iba a imaginar los dibujos? En aquel momento no le creí, pedí volver a cambiar de cuento, pero se negó. Íbamos a leer el cuento verde. Leyó la primera página y al parecer había muchos cuentos en el cuento. Me hizo elegir el título que

más me llamara la atención, era algo de un supermercado, y me hizo cerrar los ojos. Después de las primeras palabras pude ir imaginando la historia. Fue mucho mejor que cualquier dibujo hecho por alguien más. Se trataba del supermercado al que íbamos siempre a comprar, y la protagonista era yo, con una capelina roja enorme.

El cuento se me hizo corto, yo quería seguir siendo la señora de la capelina roja. Pero era tarde, así que tuve que volver a ser yo y dormir.

Ese fue el día en el que las historias se hicieron más divertidas y atrapantes. Mi cabeza se volvió un huracán constante de historias. Cada día estaba en un lugar diferente: en el fondo del mar en el submarino del capitán Nemo, en una tribu en la selva amazónica o hasta en las puertas de una ciudad abandonada. Las historias me trasportaban a esos lugares que nunca iba a poder visitar, me hacían ver cosas que no estaban frente a mis ojos. Y me encantaba.

El amor por las historias me hizo querer escribir, pero mi autoexigencia nunca me dejaba avanzar. Todo lo que redactaba me parecía mediocre y sin valor, si quería que a la gente le gustara lo que yo escribía primero me tenía que gustar a mí. O esa fue la conclusión tan determinante y destructora a la que llegué con 12 años.

Al abandonar la escritura me encontré narrando historias más seguido, sobre todo a mi hermano. Mis papás no podían hacer que mi hermano soltara los aparatos electrónicos, tal vez porque nunca escuchó que se tenía que imaginar los dibujos de los cuentos descoloridos. Él nunca esperaba con ansias la hora del cuento como yo lo hacía. Nunca le gustó leer, ni quedarse quieto por mucho tiempo. Pero no tenía problema en escucharme, y a mí me encantaba hablar. Le contaba mis historias favoritas, la mayoría propias, siempre intentando mantener su atención en la narrativa pidiéndole que le diera nombre a los personajes, o buscando causar su sorpresa con el giro inesperado que venía planeando hacía días. Las historias ya no estaban escritas, estaban en mi cabeza, siendo editadas en mis tiempos libres y contadas en las noches en las que mi hermano no podía dormir, en las tardes en las que formábamos una fortaleza con una sábana sobre nuestras cabezas o en aquellos interminables viajes en colectivo para visitar a los abuelos.

Siempre supe que la escritura no era lo mío. Me encantaría poder escribir todas las historias que pasan por mi cabeza, dejar plasmado en un papel algo que va a perdurar hasta después de mí. Pero no tengo las competencias, al menos no todavía. Narrar de manera oral tiene como ventaja que es una experiencia tan efímera para el oyente, que no puede volver sobre las palabras para desglosar y analizar lo dicho, así que me genera más seguridad. A la narradora oral hay que prestarle atención para poder hacer los dibujos de la historia. Los escritores viven sus vidas y escriben sus historias, pero las narradoras viven y cuentan al mismo tiempo, y a mí me queda mucho por contar.

*“A la narradora oral hay que prestarle atención para poder hacer los dibujos de la historia.”*

# Curiosidad

por Florencia Romero

Aún espero encontrar mi vocación, el famoso "llamado a ser". Casi un problema existencial que desarrollo semanalmente en mis sesiones de terapia, hace ya un tiempo.

En casi 34 años de vida no supe encontrar "la pasión de mis pasiones" pero podría decir que la lectura, los relatos, las novelas y demás, tienen tomado gran parte de mi corazón. Ávida lectora de diarios desde muy pequeña, también. En palabras de adolescentes, ñoña.

La curiosidad desplegada desde muy niña, fue desde las economías regionales hasta las profundidades del inconsciente. Desde la composición biológica del cerebro hasta las relaciones de poder.

Segundo grado quedó signado por el asesinato de José Luis Cabezas. Mi cuaderno de clases con una nota periodística de mi autoría decretaba que "Yabrán no había muerto". A las pruebas, con 8 años, me remitía.

Recuerdo un poema que escribí, yo cursaba quinto grado y el tema era "El día del camino". Lo mostré a mi maestra y a mis compañeros. Aún recuerdo la nota de la profesora en mi cuaderno, felicitando mi humilde producción.

Emilio Salgari y Sandokán aparecieron con los piratas de Mompracem. Ahí quería estar yo, en la selva; enfrentándome a los tigres y a otros tantos animales salvajes, siendo tan valiente como ese pirata.

Recorrí la colección de libros de bolsillo de la revista Anteojo. Esta revista era mi mimo semanal. En uno de sus libros conocí la historia de "la flor más grande del mundo, la rafflesia". El autor describía un fétido olor a carne podrida que siento hasta el día de hoy.

En una etapa pseudo mística una amiga catequista me acercó "El Ángel" de Víctor Suevo. Después de tantos años descreo bastante de sus relatos.

En el secundario inundé mis recreos con una novela de maravilla. Los Buendía de Gabriel García Márquez. El relato de esos 100 años de soledad explotaba mi imaginación. Aún guardo en casa de mi madre una copia que supe mezquinar bien.

Con el tiempo y las responsabilidades llegó la tan esperada facultad. Y con el mote de la gran estudiante que fui, pensé que vendría un camino de éxitos académicos. Ciencias económicas y estadística me eran destinadas. Contadora. Empresaria. En mi niñez soñaba con esta última profesión. Pasaban los meses y los números, los cuadros, las ecuaciones no despertaban mi espíritu lector. Mi curiosidad necesitaba "algo más".

Por mi cabeza pasaba siempre una extensa diapositiva de profesiones. Abogada. Docente. Economista. Radióloga. Fonoaudióloga. Psicóloga. Si, ahora sería profesional de la salud mental.

Siempre a destiempo y con dudas me inscribí en la carrera de Psicología. En mi corto recorrido me topé con la lectura de otras maravillas. Nietzsche, Aristóteles, Descartes. Me preguntaba por qué pasé tanto tiempo sin leerlos. Me preguntaba cuántos autores más podía descubrir.

Hoy me animo a la comunicación. A leer nuevos discursos, a interpretar distintos significados. A nuevos relatos.

Hoy me animo a contar todo eso que alguna vez leí. Todas las historias y saberes que forjaron mi pequeña pasión.

Le debía a mi curiosidad alguna novedad.

*“Hoy me animo a contar todo eso que alguna vez leí.”*

# A los libros pesados los hacen para romper bibliotecas

por Lucía Sopera

Me desperté con la sorpresa de que la repisa donde guardaba mis libros se había venido abajo. Mi papá me dijo que había sido por el peso, que cuando la volviéramos a colgar iba a tener que poner algunos libros en otro lado. Estuve por algunas semanas con pilas de libros arriba de mi escritorio y en el piso, mientras mi papá perforaba la pared de mi habitación y volvía a colgar la repisa.

Mientras me fijaba qué libros iba a volver a poner en el estante, me di cuenta de la cantidad de novelas que había leído entre mis 14 y 16 años. Recordé la gran velocidad con la que leía, a veces, seguramente, salteándome finales de párrafos y oraciones completas. Había en mi cabeza como una necesidad inamovible de llegar al final, sea como sea. Una compulsión de saber cómo terminaban esas tramas. No importaba que una vez que terminaba el libro no recordaba ni la mitad de las cosas que habían ocurrido, el objetivo estaba cumplido.

También me topé con novelas que había leído hacía no tanto, uno o dos años atrás. Otro período de mi vida como lectora. Para entonces había dejado atrás esa compulsión por la rapidez por otra, la de leer libros por ser considerados prestigiosos o clásicos. Y mientras algunos me gustaban y me envolvían en sus tramas, otros, simplemente, me aburrían. Pero era incapaz de aceptar la derrota y seguir con otro libro, los tenía que terminar. Entonces me puse metas, como leer 100 páginas o terminar 3 o 4 capítulos por día. Pero de esta forma, la lectura perdía su encanto y se transformaba en una obligación. Ya no me escapaba a ese mundo literario que creaba el autor, sino que me quedaba aferrada a los números de las páginas o contando cuántas hojas me quedaban para terminar el capítulo.

Me di cuenta de que no valía la pena seguir leyendo novelas que no disfrutaba. Faltaba esa curiosidad de saber qué sucedía después. Dejé de pensar en el reconocimiento que tenían los libros y me empecé a preguntar si la trama o el género realmente me interesaban o eran libros que yo pensaba que me tenían que interesar.

Durante este periodo de cuestionamiento, me despedí de muchos títulos, libros que sabía que nunca iba a volver a leer. Sin embargo, me costó desprenderme de ellos. Iba en contra de mis creencias hasta ese momento. Tenía la imagen de que alguien que leía debía tener la evidencia física de que lo hacía. Que tener una gran colección de libros era símbolo de que eras una persona culta. Pero también me pareció que no tenía sentido tener libros de más de 1000 páginas que no iban a ser releídas. Terminaban siendo un peso extra, llenando un hueco en mi repisa. Me decidí por venderlos o regalarlos para que encuentren a alguien que los disfrute y que no sirvan de relleno en mi biblioteca.

Volví a la lectura con una mirada mucho más tranquila y llevadera. Hice el esfuerzo de abandonar una especie de vergüenza que me surgía al leer ciertos textos y me dejé guiar por mis gustos y las sinopsis atrapantes. Me tomé mi tiempo, nadie me apuraba.

Al final, cuando mi papá volvió a colgar la repisa, miré a mis pies los libros que me habían quedado. Novelas y cuentos que después de años todavía me gustan. Sin querer, había logrado hacer de mi repisa una antología que recopilaba las idas y vueltas de mi camino lector. Pero este camino no ha llegado a su fin, todavía me quedan cientos de libros por leer, y algunos me gustarán y otros no, pero lo que no va a cambiar es mi pasión por la lectura.

*“Sin querer, había logrado hacer de mi repisa una antología que recopilaba las idas y vueltas de mi camino lector.”*

# Quién te quita lo bailado

por Luz Stengel

A veces, las sensaciones que me recorren el cuerpo tienen un voltaje que me sobrecarga y me obliga a moverme. Especialmente cuando la música me da el pie, puedo dejarme llevar hasta que se me entibia la piel y mis exhalaciones se hacen difíciles de disimular. En mis manos coloradas y temblorosas percibo el pulso, que viaja dando vueltas sin parar hasta que decide posarse en mi cuello y palpitar con fuerza, y me recuerda que estoy viva. En esos momentos me pregunto: ¿Habrà alguna forma de encapsular este sentimiento y compartirlo?

Yo creo que todo el mundo merece vivir la danza una vez en la vida. Realmente vivirla, como yo cuando me dejo absorber por el instinto y visualizo cada músculo y cada hueso responsable de mantenerme en pie. Noto que cada uno de ellos trabaja en conjunto para ayudarme a crear paisajes e ilusiones, contruidos en consecuencia de sacrificios que quedan ocultos al público, pero a puertas cerradas me sirven como evidencia de la inextinguible pasión que me impulsa a seguir creando.

Seguir creando con el afán de no desperdiciar ni un segundo de imaginación, incluso aunque la danza no me deje tesoros tangibles como una pintura sofisticada para colgar en la pared, una partitura que almacenar, o un poema dulce que imprimir y regalar. Porque la danza es incontenible, en una coreografía, cada momento es valioso. Los movimientos que se componen duran lo que dura el ahora y al terminar desaparecen sin dejar rastro.

Por tanto, para aquellos que no descubrimos la facilidad de permanecer anclados al presente y preferimos merodear entre ideas meticulosamente enredadas, la naturaleza fugaz de la danza nos parece una de sus más atractivas características. Ya que proporciona el espacio necesario para que podamos encajar la ficción que nos reconforta junto con la realidad efímera a la que el ser humano se enfrenta.

Yo, que tuve la suerte de empezar a cultivar una relación con el baile desde muy chica, puedo admitir que esta disciplina empapó con su esencia gran parte de mi identidad. Puedo percibir hasta en los detalles

más insignificantes de mi día a día, cómo mi cuerpo y mi carácter fueron atravesados directamente por el arte que me fue regalado a lo largo de la vida. La forma en la que me muevo, la posición en la que descanso, la forma en la que transmito emociones, la exigencia con la que me predispongo, la profundidad con la que siento, mi percepción de resistencia, mi apreciación por la vida corporal y la conexión humana, entre muchas otras cosas.

Hace unos 15 años, casi sin querer, se me presentó la posibilidad de empezar a tomar clases de árabe en un instituto a la vuelta de mi casa. Caminando de la mano con mi abuela, yendo a hacer unos mandados, pasamos al lado de una casa que podía pasar desapercibida si no prestabas atención a la música que hacía retumbar la puerta. Al pasar por la puerta, no pude contener la necesidad de saber qué era esa música rara que nunca había escuchado antes. Así que, le pregunté a mi abuela. Pero me respondió que no, que no sabe, pero que si quiero podemos tocar la puerta y preguntar. Los ojos se me iluminaron. Pensé- ¿Podemos ir a tocar la puerta? Creí que me iba a tener que conformar con la intriga- Saltando fui, acompañada de mi abuela, a tocar la puerta de la casa ruidosa, a la que se asomó una chica alta con una sonrisa cálida. Tenía atado a la cintura algo que parecía una tela llena de cositas brillantes que hacían ruido, que me distrajeron de la conversación que estaban teniendo. Antes de que yo pudiera descubrir el origen de las cositas brillantes, escucho a mi abuela decir algo relacionado a bailar. Intentó explicarme, pero no entendí, dijo que en esa casa te enseñaban a bailar. No le di mucha importancia a los detalles porque con lo poco que había entendido, el plan ya me parecía un golazo.

Quién hubiera dicho que un destello de curiosidad podía ocasionar semejante impacto.

*“Le debía a mi curiosidad alguna novedad. Hoy me animo a la comunicación, a nuevos relatos, a contar todo aquello que una vez leí.”*

# Otras pasiones

Con la pasión de **Miguel Ezequiel Insaurrealde**



# Noches de insomnio

Agustín Nicolás Alessandría

La luna se muestra sonriente en aquella noche de otoño. Quizá es por la fría brisa. Quizá es por la bocanada de humo que sale de su boca. Lo único claro es: el muchacho empieza recordar. A divagar.

Le resulta complicado hilar sus pensamientos con aquella estridente música de fondo. Pero una vez que sus memorias toman protagonismo, aquel ruido con tintes psicodélicos se desvanece en el tiempo. Siempre se desvanece.

El foco de luz se enciende por medio de un aroma que abunda en el aire. Un aroma que lo aturde. Lo suficiente para ignorar el por qué su balcón olía a pino.

La sinapsis que se estaba llevando a cabo en ese momento en su cabeza solo le hacía pensar en una cosa. En un bosque. Pero no cualquier bosque. El bosque de Zavalla.

Por una natural e inevitable causa-consecuencia, comienza a asociar.

Recuerda momentos. Luego a las personas que coprotagonizaron esos momentos. Luego las charlas con esas personas. Y luego, el bosque. Todo pasa fugaz en la mente del chico.

La colilla encendida lo devuelve bruscamente a su realidad al quemarle sus dedos. Es en ese instante que decide que es momento de recostarse. No sin antes revisar aquellas fotografías que evidenciaban que su memoria no fallaba, aunque en su interior crea que sí.

Una por una va pasando las fotos, distribuidas minuciosamente en carpetas con cierto orden de importancia. Allí va rememorando viejas alegrías. Allí va redescubriendo viejas historias. Allí va retomando su vieja costumbre de alimentar su nostalgia, pero a él no le importa en lo absoluto.

Con el deslizar de las yemas de sus dedos, pudo ver rostros familiares.

Algunos que le producen alegría. Otros que en su tiempo lo hicieron. Pero de entre todos esos rostros hay uno que irremediablemente siempre le llama la atención. Un joven sonriente y con mirada alegre. Dentro de él piensa: ¡Ojalá pudiera ser aquel chico! Pero ¿cómo podría serlo? ¿Cómo volver el tiempo atrás? Si tan solo hubiera algún camino para volver a sí mismo, él lo tomaría sin dudar.

Quizá es por eso que sigue eligiendo esos momentos para añorar.

Todo es como usualmente es. A excepción de su persona. Él se reconoce a sí mismo en aquellas fotos. Pero no se siente igual. ¡Ya paso tanto tiempo!

Exclama susurrando en el silencio de la madrugada. Susurro que parece como un grito de auxilio en su corazón.

Continúa perdiéndose en memorias. Pero para su infortunio llega aquella chica.

La misma de todas sus sesiones de auto reflexión. Y como generalmente sucede, deja de pensar en sí mismo para pensar en ella. Recuerda vagamente su rostro. Le cuesta recordar su figura. Y ya le es imposible imaginar su voz. Él cree que por momentos la extraña. Aunque en realidad no acepta que no extraña a la muchacha de pelo de cobre, sino los momentos alrededor de su persona. Las tardes nubladas y frías. Las interminables charlas en la madrugada. La necesidad de demostrar indiscriminadamente la juventud que emanaba de sus movimientos. Todo eso añoraba realmente. Ella era el simbolismo de un tiempo pasado feliz y tranquilo. Pero todo tiempo pasado es mejor que el presente ¿o no? Para él esa pregunta carecía de sentido. Pero momentos como ese le hacían pensar que quizá había cierta verdad en esa frase.

Todo es como usualmente es en esa noche. La nostalgia hace estragos en su mente, la cual comienza a disociar recuerdos y emociones. El muchacho reconoce sus tendencias autodestructivas. Es por eso que prefiere cortar sus pensamientos antes de que arribe aquella dama fría y azulada, que con su llegada convierte en cristal los ojos de cualquiera. Él conoce los procesos de su memoria. La nostalgia siempre viene acompañada de la tristeza.

Y como es usual en ese tipo de noches, observa su reloj, que marca la hora de terminar un día más. Somnoliento, con su oreja pegada a la almohada, recuerda algo más. Una frase. Una frase acorde a su situación. “Nadie nos advirtió que extrañar es el costo que tienen los buenos momentos”. Siempre le gustaron las situaciones irónicas.

Finalmente, con esas palabras en mente, se lo ve al muchacho dormir cómodamente y con una leve sonrisa en su rostro, producto de la satisfacción que usualmente le produce recordar.

*“(...)extrañar es el costo que tienen los  
buenos momentos.”*

# Pasión por la merienda

Luisina Berasi

¿Un mate cocido? Mejor paso. Yo no tomo mate cocido, dejé de tomarlo pero me gusta. Lo que pasa es que una vez me quemé la lengua muy fuerte. ¿El problema fue el mate cocido? Seguramente no. ¿La taza? Seguramente tampoco. Quizás fue la bronca por aquel terrible manchón verde que me quedó en la remera y que jamás pude sacar. O quizás fue que lo quise tomar muy rápido. Es verdad, debería haber ido con más cautela. ¿Y sabés que pienso? Que probablemente el origen que provocó la mala experiencia del mate cocido se traslade a la costumbre de tomar la chocolatada fría de un solo tirón. Porque cuando de meriendas se trata me entusiasmo mucho, no sé si me explico. Quizás por eso me quemé tan feo aquel día. Desde ese entonces empecé a ingerir con calma las infusiones calientes. Y si! Lo sé, no me lo digas. Ya sé que no voy a quemarme cada vez que tome un mate cocido.

Hoy en día tomo café, pero respeto el ritual de la pausa. Respeto el ritual de la pausa porque entre sorbo y sorbo puedo apreciar las charlas con mi abuelo Mario sobre las historias locas de su juventud. Cada tanto también ponemos unas piezas de tango que según él "me van a hacer lagrimear" así como lo hizo el mate cocido hirviendo. En este momento escucho la cucharita chocando contra la taza del café que me estoy preparando y... Ay! Es esa sensación de nuevo, ese subidón de energía que me lo recuerda todo, ¿cómo te explico? Creo que la llaman felicidad. La siento cuando estoy junto a mi abuelo, la sentía cuando era chiquita y jugaba con mi hermana a tomar el té tal cual lo hacen las señoras grandes de edad. O el entusiasmo de ir al patio con las reposeras y comer esa torta matera un domingo junto a mi familia. También la encuentro en la calma de estar con mis amigos durante las vacaciones de verano, testigos de tardes infinitas con el sol radiante encima y un helado en la mano. Ni hablar de las meriendas con la abuela Elena y el abuelo Jesús. Estas particularmente requieren de la tarde a tiempo completo. Las ansias por llegar hasta su casa se palpan desde el momento en que agarro la bicicleta y emprendo viaje. La abuela saca sus vajillas más "pitucas" porque sabe que a mí me gustan las teteras y los pocillos con dibujitos de flores y figuras despampanantes.

Sin embargo —te confieso pero bien lo debés saber —no todas las meriendas requieren de un despliegue elaborado para su preparación como las de la abuela, en este caso tengo como evidencia a las meriendas en la biblioteca de la escuela, donde la mesa estaba plagada de hojas y entre ellas siempre presente el mate de Beti —la bibliotecaria —con la típica rodajita de limón escondida entre la yerba. Era lo único que podía motivarnos después de un día cansador.

Qué especiales se vuelven las tardes! Pienso, y sobre todo siento, a la merienda como huella estática de los sabores y olores de recuerdos vividos. Imán que atrae al tiempo y hace que parezca que no huye. Representación simbólica de charlas, festejos, acompañamiento y disfrute. El momento más esperado del día para muchos niños, pero también para muchos jóvenes y adultos. La merienda tiene una chispa especial, un no sé qué, que me gustaría poder expresar mejor. Es el mismo frenesí que me llevó a tragar el mate cocido estúpidamente rápido. Para mí este instante de media tarde es como un momento sagrado donde se pausa todo. Es charla, música, descanso, estudio, risas, intercambio, galletitas y bizcochitos. Es un punto de encuentro, si se quiere también te diría de “regreso”. Una cita con el otro pero también con uno mismo. Ahora viviendo sola puedo comprobarlo. Y puedo hablarte de esto gracias a la pausa consciente que hago cada vez que disfruto de una merienda. Si vos no la hacés, te aconsejo que al menos pruebes hacerla durante un ratito. La merienda es compañera y puede ser cómplice de todo, incluso de los pensamientos que divagan como locos al compás del vaivén del vapor saliente de la taza con mate cocido que tengo ahora entre mis manos. Léiste bien, mate cocido. Hablándote de la merienda me dieron ganas de volverlo a probar. Porque me di cuenta que al fijar solo la atención en los sabores del café con leche y a lo que ellos me trasladan, estaba haciendo una selección y, por lo tanto, de alguna manera descarada excluyendo y rechazando la alegría que una buena taza de mate cocido puede llegar a traerme.

*“La merienda tiene una chispa especial de no sé qué. Una cita con el otro pero también con uno mismo.”*

# Sazono, luego existo

Trilce Castañón García

De pequeña solía hacer la tarea al llegar de la escuela, aprovechaba ese momento previo al almuerzo para tener la tarde libre y hacer lo que más me gustaba: ver en la televisión algunos dibujos animados y salir a jugar a la calle con mis amigos. Mi casa ya estaba impregnada de un olor particular, rico, algo que está hecho con sazón y definitivamente con ajos. Si bien mi mamá cocina alucinante, es creativa y siempre hace todo sabroso, la escuché repetidas veces decir muy molesta: ¡Ya no sé qué más cocinar! En general era temperamental, eso no me acercaba tanto a la cocina mientras estaba ahí pero igual algo me atraía fuertemente, era más como un sentido de futura independencia pensar en poder preparar algo rico no sólo para mí sino también para mi familia.

Eran principios de los 90, a pesar de haber pasado una gran crisis con el terrorismo en Lima (tema que si fuera a tratar tendría que ser el principal) no teníamos miedo a salir solas, de las tres hermanas soy la del medio, la más dulcera y la más "pata de perro". Me gustaba mucho encargarme de hacer alguna compra pendiente para la comida en mi querido barrio, el pintoresco Barranco...Eso sí, se empezaban a enrejar las casas, construir muros y subir medianeras. Cruzar la Av. Piérola para llegar a "La avícola", me fascinaba, laburaba una familia entera ahí. Era en realidad un almacén que tenía de todo: deliciosas golosinas, entre ellas los "Besos de Moza" (mis favoritas hasta hoy: copos de chocolate rellenos de merengue con una base de delicada y perfecta galleta) siempre cerca de la caja registradora, coqueteando en un pequeño cubo de vidrio de dos pisos, con la puertita y su mini picaporte (30 años después caigo en lo retrógrada del nombre), también había pollería (de ahí que la llamábamos la avícola), hasta frutas y verduras vendían ...Ojo, ir al mercado era para más adelante.

Me resulta simple y entretenido a la vez pensar en esa etapa. Mi mamá ahora sigue una línea de alimentación súper vegetariana, más vegana o "Lourdeana" diría. Le preguntaba con mucho interés, pero por sobre todo observaba. Una vez me puse sola a licuar una crema y realicé un mínimo movimiento con el motor en marcha, salió mal, perder ese

ínfimo pedazo plástico de la espátula fue una frustración, arruinar una comida ¡Qué tragedia! Y la carajeadada que me gané ¡Pfff! No tenía más de 10 años cuando por fin me enseñó a preparar el arroz, pilar de la guarnición peruana que no tiene pierde: bien dorado con poquito aceite, ajos y el agua después, graneado por sobre todas las cosas. Para mis 12 ya sabía "defenderme" cocinando lo básico, estafaba a mis comensales al principio con un arroz sin ajos (cuando me los encontraba al masticar no me agradaba, porque le haría pasar por eso a otros) eso hoy en día no lo puedo concebir, no pasó mucho hasta darme cuenta que el ajo y la pimienta negra son fundamentales en nuestra gastronomía. También creo que así como el ritmo es indispensable al bailar, la sazón es indispensable al cocinar.

El momento en que por fin me empiezo a explayar cocinando, cómoda y responsablemente, muy curiosa aún, ya con mi estilo, se me dio por fin al tomar el "Taller de cocina y repostería" en la secundaria. Iba a una escuela religiosa, tradicional, que me hizo padecer con estupideces, "Colegio de María" se llamaba, pero aportó a este amor, a pesar de su doctrina aburguesada, como la Miss. Sotelo, tan estirada, buena gente, también nos daba la clase de "Educación familiar". Por lo menos pude concretar esa libertad y tenía ganas de compartirlo, que disfruten, verlos probar y sonreír.

Mi viaje por las recetas sencillas a muy elaboradas fue incrementando, el clásico plato de entrada que me gusta mucho preparar, es especial y no faltaba en mi cumpleaños se llama: "Causa Limeña", es un pastel frío con base de puré de papas amarillas, zumo de limón y el popular ají amarillo (en realidad se llama mirasol pero es de color naranja) pollo deshilachado, choclo, paltas y huevos duros, todo con mayonesa casera y otra capa del puré "de campeonato" diría mi papá que es el que me enseñó o vi preparar la mayonesa "Irving Libby's" como la llamaba él haciendo alusión a la mayonesa comercial del momento.

Uno de los infaltables aderezos, crema, ¡Como lo quieran llamar! Me salva la vida y el paladar más de una vez, era su cualidad máxima en la cocina, después sólo tiraba bifés a la plancha, hacía fideos con manteca y orégano o tuco. Aunque cada tanto nos sorprendía con unas "conchitas a la parmesana" que eran un manjar. Con respecto a la comida marina, por ser de la costa, la gente piensa que sé preparar "ceviche" (plato famoso por cocinarse el pescado con zumo de limón y ají limo) pero no es así, no es mi intención saber de todo tampoco.

Debo reconocer que mi debilidad y el gran motor de esa famosa

independencia, de la que hablé al principio de este relato, son los postres. La excusa perfecta desde chica para que no falten en casa era aprender a prepararlos, desde una torta de naranjas con fudge de chocolate a los panqueques con el dulce de leche casero que nos salvaban las tardes. Con el dulce de leche tengo que aclarar que lo aprendí como “manjar blanco” y además que me ofrecí a prepararlo en el jardín de infantes de Marea, mi hija mayor, que nunca me va perdonar que no la hice revolver a ella primero -¿qué me costaba?- pienso más desestructurada tal vez.

Al día de hoy una de mis muestras más grandes de afecto sigue siendo hacer un gran postre o torta de cumpleaños, el “pie de limón” me pone en jaque con el merengue italiano pero es mi favorito, el “chesse cake” el de Marea y la “chocotorta”, el de Guadalupe (mi hija más pequeña), con este último le sumo un postre argentino al repertorio que se incrementa con los años, varían los platos, no todos, aunque por momentos se me agoten también las ideas y termine protestando porque no sepa qué más cocinar.

*“(...) creo que así como el ritmo es indispensable al bailar, la sazón es indispensable al cocinar.”*

# Hábitat construido

Mirela Cavalieri

8 horas. Ciudad de Funes. No se trata de no amar lo que hago y proyecto. Sin embargo, los sentires se trasladan conmigo, y me arriesgo a decir que a todos nos pasa, a donde sea que vayamos.

De manera ilusa, hace un año atrás, pensaba que, mudándome a quince mil kilómetros de casa, los mambos se quedarían en mi ciudad natal. Grave error. Gravísimo. Aún puedo sentir el peso de las miradas de los alemanes que observaban atentos cómo yo, una sudaca, ponía y sacaba los platos de su dishwasher. Ponía y sacaba los platos. Ponía y sacaba los platos. Tomando distancia, ahora que puedo verlo a quince mil kilómetros, pero esta vez desde casa, me veo ahí y no puedo evitar pensar en Charles Chaplin interpretando su personaje en la película "Tiempos modernos". Un vacío, que no era precisamente el del lujoso lavaplatos alemán, se hacía cada vez más profundo en mi interior. Ese tiempo, aun cuando fue "breve", me dejó en estado casi vegetativo. No caminaba, deambulaba. ¿Qué me faltaba? En ese momento, si bien sabía que tenía que ver con algo que había dejado en los pagos argentinos, no terminaba de discernir por dónde venía la mano...

Perdón, no me quiero ir por las ramas, intentaré volver al eje: 8 horas. Ciudad de Funes. Ahora vuelvo a recorrer los pasillos de las escuelas. La alarma suena a las 6.30, como cada mañana de un día hábil. Y así pasan los lunes...Luego el martes, miércoles. Jueves. Viernes... Alguien podría atreverse a decir que la rutina parece pesarme, sin embargo, los días transcurridos en la escuela no se hacen sentir de ese modo. Porque yo transcurro en ellos. Porque aprendí, juntos con los niños y algunos compañeros, a habitar los espacios.

Llegamos – y digo llegamos porque tanto los niños de Primero "D" como yo somos nuevos en la escuela- el dos de marzo del presente año. Ese día nos conocimos. De un salón con veinte sillas y un escritorio, supimos hacer de ese lugar, nuestro espacio común. Pasamos de un simple "estar" en el salón, a habitarlo. De ser unas cuantas individualidades, nos atrevimos a construir vínculos. De un grado, pasamos a ser un grupo. En unas vacías paredes blancas e impolutas, pegamos carteles, los cuales podrían haber estado más prolijos hechos en computadora, pero elegimos crearlos y escribirlos con letra propia.

Y sí, me apasiona la docencia. Y era ese el vacío que sentí, entre otras cosas duras, en Alemania. Me apasiona compartir con los niños. Me apasiona compartir con ellos, darles espacio para la escucha colectiva. No pierdo jamás oportunidad para decir que el frío me deprime. Sin embargo, en las heladas mañanas, aún hay cosas que me hacen sentir que estoy al lado del fuego: y eso me lo da la docencia. Porque me considero docente 24/7. De hecho, me encanta escuchar, casi como un apodo, que me digan "seño Mire". Porque me abraza el calor de los abrazos, el de los tímidos, y de los eufóricos. Me abraza el calor de las familias que se acercan a compartirme algo, ya sea una alegría o una preocupación.

Me llena de fuego el acompañar a las infancias en el proceso de aprender a leer y escribir. No me importa si, en el futuro, sean médicos, abogados o doctores. Si lo son- si eso los hace felices- bienvenido sea. Lo que sí realmente me importa, lo que sí me desvela es que sean capaces de decir. De pensar con autonomía. De jugar, y de no avergonzarse de eso. De hablar. De gritar cuando sea necesario.

Si tuviera que "pedir" un deseo para ellos, no pediría eficiencia; nada más lejos de mis propósitos. Los quiero, más bien, artistas. Los quiero creativos. Los quiero capaces de confiar en sus instintos, de expresar lo que sienten a través de una canción. De una pintura. De las letras. Que sepan que no hay mejor aprendizaje que aquel que se hace de manera compartida, porque ideo es la escuela! Deseo que sientan fuego por lo que hacen. Que todo lo que hagan lo hagan por y desde el amor. Que se sientan tan vivos que no dejen jamás de creer y crear. Que se sepan gestantes de los hijos que deseen gestar.

La docencia me apasiona, sí. Y quisiera terminar con una frase que resume algunas de las premisas que me acompañan en el peregrinar:

*"La educación no es preparación para la vida. La educación es la vida en sí misma"*

*John Dewey.*

Con ipasión! Seño Mire.

*"Me llena de fuego el acompañar a las infancias en el proceso de aprender a leer y escribir."*

# La forma en la que recuerdo

Facundo Duhagon

Las historias son mi pasión, desde las de mis amigos hasta las de gruesos libros, en cualquiera de sus formas me encantan me hacen sentir que me llenan y me dan algo nuevo que no existía en mí. Siento que las historias son una herramienta más, que nos ofrece algo para que nosotros ofrezcamos a algún otro, para que en medio de una charla puedan salir risas o reflexiones que nos enriquecen y alimentan en tantas de sus formas. Las historias tienen maneras de existir o circular que cambian con cada escritor, orador o amigo, cada una con su característica que le da ese algo que la hace única.

Aun no sé de dónde nace esta pasión por escuchar, contar o inventar, a veces en mi cabeza mientras viajo en el colectivo, voy mirando los pasajeros y para cada uno de ellos hay una historia que creé para entretener mi viaje. Quizás mi pasión nazca en el gusto por contar lo que me pasa, y hacer de eso humor o tragedia, o escuchar a esas personas que como buenos oradores te atrapan y te dejan escuchando horas lo que tienen para contar. Sin ir más allá tal vez esta pasión por las historia germinó en mí, al creer que todo lo que escucho me da un aprendizaje o algo lindo de contar, así sea la historia de un amigo mentiroso o de un viejito que cruce en el colectivo, todo para mi es algo.

Tan lejos llegó mi pasión por las historias que a veces pienso si podría ser amigo de alguien que no sabe contar, o no sabe escuchar, qué difícil sería compartir y crear vínculos, así que de alguna manera esto se volvió un parámetro para mi vida. También lo uso para medir qué tan bueno era el tiempo pasado, según cuánto tengo para contar de eso, qué aburrido sería recordar sin historias, qué imposible que sería. Así que formule algo que quiero de mi vida, es que esté llena de anécdotas, y si algún día las olvido, tenga con qué recordarlas.

De historias que conozco tengo mis favoritas, la del monaguillo que encontró al cura del pueblo y su pareja, luego de un crimen. Será porque junto todo lo que atrapa en una anécdota, un poco de vino, un viejo que supo pasar los años en bares y la mística de algo que pasa en libros, pero en vida real y carne propia. O algún cuento de un viejo ciego, que habla de un inmortal y su historia, o sin ir muy lejos las que se recuerdan entre risas y alguna jarra girando en ronda. Al margen de mis historias favoritas también tengo las que me marcaron y las recuerdo siempre, que son las de mi viejo, que siempre contó de alguna forma sus vivencias de la infancia y que las volvía a contar cada tanto para que sepamos qué fácil es todo para nosotros y qué difícil fue para él. Esas historias son de las que me quedó más que algo y me formaron de alguna manera, quizás cuando ya no esté esas historias sean un recuerdo vivo en mi memoria.

*“Tan lejos llegó mi pasión por las historias que a veces pienso que no podría ser amigo de alguien que no sabe contar o escuchar.”*

# Futuro

Nahuel Geronimo Fernandez

Paco Gorosito es un joven alegre y conversador, aficionado del cine, las series, la fotografía, la música, los viajes y los deportes (fútbol, básquet y tenis), pero carece de pasiones. Recientemente acaba de cumplir 18 años y con ello llegó una crisis existencial; meses después de su cumpleaños experimentó un vacío y una incertidumbre cada vez que la luna llegaba a su punto más alto. Sus amigos lo notaban, a través de sus expresiones, como no reaccionaba de la misma forma cada vez que le gritaban "Palito!", su apodo.

Nuevamente era de noche, los platos estaban limpios, las luces apagadas, los gatos y la casa dormían. El que no lo estaba haciendo era Paco, que se lavaba los dientes ansioso por ir a su cama de algarrobo, con su colchón cómodo y su almohada que parecía un algodón. Al momento de acostarse, Paco cerró los ojos y no pudo dormir, se quedó boca arriba, con una mirada casi perdida entre los tablones de madera de su techo. Pensaba que era la posición en la que estaba, pero esa noche ocurriría otra cosa. Su cabeza empezó a proyectar imágenes que le generaban incertidumbre, imágenes que surgían por la pregunta ¿qué pasaría si...?

Distintos escenarios pasaban por su mente. Paco viajando, sacando fotos, siendo deportista profesional, dirigiendo películas o cantando en un estadio repleto eran algunas de las situaciones futuras que se presentaban. Esto provocaba una sensación completamente desconocida, el pasado y el presente le generaban cierta incomodidad y angustia, despertaba una emoción nueva de excitación, intensidad y en cierto punto, hasta alegría.

Esa noche pudo descansar, luego amaneció y los rayos del sol entraron en su habitación tocándole el rostro. Al levantarse recordó los sueños de la noche anterior, se sintió motivado para afrontar un nuevo día.

Cada vez que oscurecía, recordaba y maquinaba nuevos pensamientos; algunas veces se levantaba de su cama y se ponía a hacer cosas, aprovechaba esa energía para acercarse a esos sueños. Estudió y realizó cursos para cumplir esos sueños que pasaban a ser objetivos; sus amigos notaban esa actitud en él, completamente distinta de hace algunos meses.

Llegó un nuevo cumpleaños, el número 20, Paco caminaba a un bar con sus amigos con una felicidad y plenitud que parecía imposible de ver hace dos años, se volvió una persona apasionada; durante el trayecto pensó en ese joven de 18 años y finalmente entendió que había resuelto su crisis, ver el futuro significó una nueva pasión que derivaría en otras, valoró cada momento y cada escenario que surgía en su cabeza.

Esa noche en el bar se cruzaría a una joven llamada Thelma, con los mismos sueños que él, se vieron en la barra y le invitó un trago, se conocieron y la acompañó a su casa. La velada duró toda la noche, siguieron saliendo y tiempo después se mudaron juntos. Las citas, las risas, las películas que vieron juntos, las fotos juntos y las canciones que bailaron terminaron con una romántica propuesta de casamiento que se celebró tres años después de conocerse.

Prometieron amarse en la iglesia de la escuela donde Paco había ido; ella estaba con un vestido blanco y con una cola grande que era sostenida por tres niñas, lucía hermosa con su pelo rubio y la luz del atardecer que hacían resaltar sus ojos azules como el cielo. El tenía un traje azul marino, que hacía juego con sus lentes, su pelo desordenado estaba más peinado que otras veces y su sonrisa representaba una emoción por lo que estaba por vivir. Después de la boda, partieron a Bariloche para la luna de miel, a ambos les encantaba viajar en auto por la carretera, escuchando música a todo volumen, mirando el paisaje y sacando fotos.

Una de las tantas cosas que compartían juntos era ver la luna y pensar en el futuro, un futuro que dejaba de ser individualista para pensar en ellos dos, o tal vez tres... Cuatro años y nueve meses después nació Gero, con la sonrisa sonrisa y los ojos de su madre, fue el momento más feliz en la vida de Paco.

La noche del quinto cumpleaños de Gero, tras una larga fiesta, la casa estaba limpia y con las luces apagadas, el perro estaba esperando en la puerta del baño a que Gero saliera de lavarse los dientes. Sus padres lo llevaron a su cama y le contaron un cuento distinto, una historia especial, que hablaba de un joven y su pasión por el futuro, cómo le cambió la vida y conoció el amor. El pequeño quedó con los ojos abiertos y fascinado después de escuchar la historia, no pudo dormir en toda la noche, pensando y dibujando el futuro.

*“Fascinado después de escuchar la historia, no pudo dormir en toda la noche pensando y dibujando el futuro.”*

# Modo celebración

Natalia Francehetti

Estamos a 60 segundos de que sean las 00:00 h de este nuevo día, me muevo de manera rápida pero sin hacer ruidos, necesito el factor sorpresa de mi parte; abro la heladera y pongo en mis manos lo necesario que esta fecha requiere: celebración.

Los de la casa estamos al tanto de todo, nos observamos, en silencio, calladitos ya sabemos cuál es el siguiente paso. Ya casi está todo: torta casera, vela encendida, y a punto de acechar con gritos, provocando un encontronazo cariñoso con el cumpleaños de este día.

¡Que los cumplas feliz muy feliz ! Irrumpimos en la habitación, demostrando que para esta familia y en especial para mí ( me autoproclamo fan de estas fechas) lo más importante es celebrar un año más de vida, que en el calendario hoy no es una fecha más que contabilizar: ¡es la fecha!

No quiero caer como una optimista desenfrenada, pero hay fechas que merecen una mirada distinta, un olor especial, aún una decoración ridícula de la casa: los globos en la pared, los carteles confeccionados a mano con el toque que la cinta scotch solo puede dar para fijarlos. Confieso que tengo una caja destinada a lo que voy reciclando de los cumpleaños, así que ha tocado cumpleaños con vasitos de superhéroes para un adulto o mantel de Disney para la adolescente, porque la finalidad no es lo que tenemos sino cómo queremos. Nos disfrutamos, nos sorprendemos, nos decimos lo mucho que nos amamos y lo importante de este día.

Aprendí a no dar por sentado nada...hoy estamos y mañana no sabemos. Porque nos mostraron la fecha y hora de llegada pero no la de regreso.

¿Quién más es así?

*“Aprendí a no dar por sentado nada... Porque nos mostraron la fecha y hora de llegada pero no la de regreso.”*

# Santa Teresa

Lucía Galarza

Habían pasado tres minutos de las nueve de la noche. El silencio del inhóspito corredor, se irrumpía con los pasos arrastrados del enfermero que caminaba en el office. En esos policlínicos nunca llegan las ambulancias con demasiada urgencia, más bien parece el final del recorrido de un colectivo.

En la habitación 107 una mujer mayor ya no respira voluntariamente, sus ojos permanecen cerrados y sus labios se abren sólo para expulsar jadeos y ronquidos.

Sobre la mesa de luz está sentado un joven alto. Habla con ella como si lo escuchara, la intenta convencer, con un tono dulce la invita a dar un paseo. Él sostiene entre sus largos dedos el brazo de una tétrica muñeca vieja, con la otra mano peina un mechón lacio y platinado sobre la frente de la anciana.

La temperatura comenzó a descender, aunque el calor de marzo no llegaba siquiera a ser vestigio del verano que pronto acabaría.

Aquella noche la muerte era inminente.

Sumergida en aquel coma de morfina, podía apreciar su cuerpo estático en aquella cama fría. Abrazaba con su pequeña mano el dedo índice de aquel muchacho que velaba a su lado.

Parecía ser una hora exacta, tan precisa como una cita programada; al dar los doce minutos de las nueve de la noche, el joven hombre, con indiscutible determinación, se dirige hacia la puerta de la habitación. Apresurada, ella corre tras él, dejando detrás un pitido constante y aturdidor.

Apenas sus piecitos se posaron en la puerta, pudo contemplar a través del cañaveral, aquella galería iluminada por dos farolitos a gas. Sus medias blancas de puntilla se mojaban al tocar el pastizal regado de rocío, los sonidos de la madrugada la envolvían e impulsaban su incesante caminar, entre cojeras y los cabellos negros que se colaban entre las comisuras

de su boca, la niña se apresuró hasta llegar a las luces naranjas que vislumbró desde lejos.

Al llegar a los faroles, el aroma de los fresnos invadió su memoria de sensaciones familiares. Como una película, imágenes se proyectaban frente a sus ojos. Los hornos de barro, las mañanas perfumadas de café y margarina, el sonido aireado de los bizcochuelos de vainilla recubiertos con azúcar, los perros corriendo detrás del sulky, la hamaca sostenida de la rama del paraíso, los pocillos de cerámica con florecitas, las tablitas del guardapolvos, unas viejas manos con articulaciones anudadas, un sin fin de recuerdos perdidos en el paso del tiempo.

Su cuerpo se aliviaba de peso conforme seguía reconociendo el lugar.

La casa principal era inmensa; desde la galería comenzaba el piso de mosaico opaco, se extendía hasta el comedor y la cocina. Por dentro, los rincones de las paredes rústicas se iluminaban con la claridad azulenca de las estrellas, entre las cortinas atadas, aquella luz, como por casualidad, alumbraba retratos y postales que venían de una gran ciudad...

Las puertas eran altísimas; en su parte superior terminaban en forma de cúpula y, al levantar la mirada, la pequeña pudo descubrir que un hornero había construido su casa allí. Detuvo sus ojos en aquella ave amarronada, se hallaba completamente hipnotizada por el aleteo del pájaro que había sido descubierto y ahora volaba dentro de la casa, de marco en marco, hasta posarse en una ventana en la cual se dejaban ver los primeros bordes del amanecer.

Afuera el cielo estrellado parecía un caleidoscopio de estrellas multicolor, pero de colores nunca antes vistos, de colores brillantes que cobraban vida propia y se entremezclaban hasta formar otros nuevos, y todas las tonalidades lograban saturarse cada vez más.

Una voz dulce de mujer pronuncia el nombre de la niña y la saca del trance.

Esta voz cálida y familiar, reitera aquella invitación que el muchacho alto le hizo en el hospital...

*“Parecía ser una hora exacta, tan precisa como una cita programada.”*

# Frutos del bosque

Mariano Hurt

Los niños corren en estampida hacia José, quien los recibe con los brazos abiertos, como si ya fuese un hecho común para él. “Hola profe, te quiero”, le dice un alumno, sin más. Me sonrío por aquella ocurrencia infantil, que sus padres festejan riéndose. El niño se agarra de sus largas piernas como si se tratara de un animal silvestre, como si intentara evitar que se escape. Es el último día de José aquí, no imagino cuánto le costará dejar a sus alumnos y su lugar, pero sé que lo hace por una buena causa.

Los padres le gritan al niño y éste suelta su presa. Entonces, recuerdo con cuánto ahínco yo buscaba la atención de mi propio José, que se llamaba Hugo, a quien también yo le llegaba por debajo de la cintura. Era él un hombre alto y delgado, un maestro amable que siempre nos invitaba a jugar, a aventurarnos, con quien conocimos la arena, los árboles, el baile y la música. Él era quien nos dejaba trepar en la estructura metálica del patio, desde la cual los otros niños se veían aún más pequeños. Fue con él con quien hicimos nuestro primer campamento, con quien encontramos las constelaciones en la noche estrellada, momentos antes de que nos invadiera un sueño pesado dentro de la carpa.

Los alumnos de esta clase, que no pasan los siete años de edad, son más de una decena. Cuando las pelotas salen de la bolsa, corren a buscarse una y comienzan a jugar por toda la cancha, que está dentro del predio deportivo, en el que también se meten con extrañeza, pero sin dificultad, dos pequeñas casonas que, incluso con sus cortinas cerradas, ya dan la impresión de hacinamiento. De ellas salen y entran una cantidad de personas tal, que resultaría inverosímil creer que pudieran convivir allí dentro con algún tipo de comodidad. Probablemente sea un asentamiento que haya estado previamente a la construcción del polideportivo.

No me imagino cómo será para un niño que corre con tanto entusiasmo tras una pelota, vivir en un lugar así, apretado, ensimismado, quieto. “Tranquilo”, me dice mi mentor. Sabe que ésta es la última vez que estará al mando, la próxima vez me toca a mí. “Manejá esto como quieras, para ellos ya es un montón”. Entiendo que se refiere a esto, al espacio-tiempo que compartiremos durante una hora en la que no existen más que ellos y el mundo, para que lo investiguen, lo prueben, lo saboreen y se lo devoren. No importa si las actividades son más o menos didácticas, o si me las apaño para que me presten atención. Esta será una sesión para que, como leí en palabras de otro mentor, separen las frutas sabrosas de las que no les gustan, para que dis-fruten.

Hoy la fruta que toca se llama hockey, que al parecer, les resulta sabrosa. Cuando la clase termina, una de las niñas nuevas me pregunta si algún día haremos una competencia, a lo que le respondo que probablemente sí, pero que por ahora solo entrenaremos. “Primer día y quiere competir”, responde su madre burlonamente. Tal vez sea un comentario fugaz para ella, tal vez para la niña no lo sea. El espíritu de la docencia hincha mi pecho y contengo las ganas de decirle que tiene que apreciar el empeño de su hija, porque todos comenzamos así, con aspiraciones de grandeza, aún sin dar pie con bola.

Otra niña se acerca sin decirme nada. Como se queda quieta, pero expectante, me acerco. Es decir, me agacho hasta ella. La niña me da un beso en la mejilla y me saluda: “Chau, profe”. Jeremías —uno de los niños cuyo nombre me he aprendido— también se acerca y me ofrece su puño cerrado, el cual choco enérgicamente. Verán, no son simples y afectuosos saludos, son una muestra de confianza. Apenas me conocen, pero ya son capaces de confiar en mí, de darme la oportunidad de acompañarlos en ese gran bosque que es el mundo. Sus saludos son una forma de aprobación, la misma que hemos buscado incansablemente en nuestros profesores, en nuestros padres, en nuestros pares. “Nos vemos, Jere”, le digo. Entonces, él también me responde: “Chau, profe”. Mi alegría es una fórmula pequeña, una palabra de cinco letras.

Entonces, siento esa pulsación. Una energía que eriza la piel, hace cosquillear el estómago y me recuerda lo que me trajo aquí. La esperanza de encontrar un lugar propio, en el que pueda reconocer esa mirada de admiración que yo tenía, en los ojos de otros niños. Donde pueda apreciar la alegría de quienes descubren cosas nuevas, de quienes son vitoreados por la simpleza de aprender. Un lugar en el que tenga la certeza de que no existo azarosamente, de que mi paso por el mundo puede hacer de él un mejor lugar. Sin embargo, no soy sabio para venir aquí a enseñar nada ni decirle a nadie qué hacer. Este es simplemente un camino que elijo transitar, con la única tarea de acompañarlos hasta el claro de un bosque, desde el que puedan observar los árboles con libertad, y una vez hallen el indicado, elijan de sus frutos el que más les guste.

*“(...) siento esa pulsación. Una energía que eriza la piel, hace cosquillear el estómago y me recuerda lo que me trajo aquí.”*

# La calle de los sin pasiones

Manuel Booth

La calle en la que caminan los apasionados es una gran avenida donde los límites de velocidad no existen, o al menos no se cumplen. Dicen que la avenida de la pasión está llena de fuegos inmensos, que cuando uno camina por esa avenida, le quema la vida. Seguro es por eso que no respetan la velocidad. Yo nunca caminé por esa calle, a lo sumo pasé en un taxi, o cuando pasé, estaba mirando el celular.

Mi papá siempre tuvo una pasión oculta por la carpintería, así que calculo que en el fondo, pertenece a esa avenida, aunque dice nunca haberla recorrido. Me pregunto quién dirige el tránsito en esa avenida, y por qué se olvidaron de mi papá. Quizás la gente que pasa por allí no pertenezca verdaderamente a ella. Como mi papá, que siempre caminó por la calle de los sin pasiones, aunque siempre fue un apasionado de todo aquello a lo que madera, astillas, y ruidos fuertes y molestos muy temprano refiera.

Yo también, como mi papá, caminé toda mi vida por la calle de los sin pasiones. Es una calle grande, hasta diría mucho más grande que la otra. Es un camino que paradójicamente va hacia ningún lugar, y a mí siempre me gustó mucho deambular, en el pensamiento, más que nada.

Cuando era muy chiquito, en las reuniones familiares me gustaba agrupar a todos, y cantar, tocando la guitarra, si tocar la guitarra fuese mover las cuerdas arbitrariamente. En ese momento, me apasionaba, pero ya no. Ayer me quemaba pero hoy ya no me quema.

Siempre me gustó mucho el básquet, la música, el frío, el café, los libros, las medialunas, reírme. En realidad, mucho más que reír, me gusta hacer reír. No sé si estos gustos, o atributos, sirvan cual boleto para pagar el peaje de la avenida de la pasión. Tal vez la avenida de la pasión, más que una avenida sea una ráfaga, un momento. Y los que la transitan, además de muy buena prensa, estén rociados con nafta y en el bolsillo tengan una cajita de fósforos.

No sé si esa avenida sea una fachada cursi. Lo sospecho. Quizás porque en esta calle, en la que estoy, en la que vivo, la vida no quema. Arde.

*“Tal vez la avenida de la pasión, más que una avenida sea una ráfaga, un momento. Quizás porque en esta calle, en la que estoy, en la que vivo, la vida no quema. Arde.”*

# Una frase reveladora

Lucía Marrone

“Todos tenemos alguna actividad que nos gusta, una afición o algo que nos apasiona y a lo que dedicamos parte de nuestro tiempo y pensamientos.” La frase resuena en mi cabeza sin parar. Empiezo a retroceder en la película de mi vida. Los muchos años de hockey y el año de comedias musicales, el verano en el que tocaba el ukelele. Nada sobre lo que escribir, nada que haya despertado en mí un interés profundo y persistente. No es la primera vez que este dilema aparece en mi cabeza, pero sí la primera vez que tengo que hablar de esto. Decido entonces escribir la verdad: que no - o aún no - encontré mi pasión.

Empiezo diciendo que en realidad siempre quise saber lo que me gusta hacer. Los últimos años (y admito que todavía me sigue pasando), soñaba con encontrar mi vocación, una carrera que me apasione, que me dé ganas de estudiar y en la que disfrute cada materia, al igual que un hobby que me acompañe en mi tiempo libre y al que me encante dedicarle tiempo. Quizá ese era y es mi primer error, mi concepto de pasión. Para mí, la pasión es algo que te genera felicidad constante, mariposas en la panza; eso que te hace perder la noción del tiempo, una actividad, un lugar o una tarea a la que te da ganas de ir o hacer todos los días, sin importar cuánto tiempo pase.

Pienso que tal vez es esa definición tan llena de expectativas es la que me frena en mi búsqueda. Una definición tan infundada, creada por alguien que dice jamás haber tenido una pasión, pero al mismo tiempo, basada en las personas que más admiro: los apasionados.

Hablo sobre mi mamá, que dice que ella haría su trabajo gratis si tuviera que hacerlo, porque realmente le encanta. Sigo con mi hermana, que va a su práctica de hockey feliz, haga frío o calor, y con su esfuerzo logró ser la capitana del equipo. Pienso en el portero de mi colegio, que tenía una sonrisa cada vez que nos recibía por la puerta y en la florista de mi barrio que piensa cada ramo según la ocasión hace ya casi 60 años. Yo, en cambio, sufría las prácticas de hockey, solo iba por mis amigas. También dejé comedias musicales porque era los viernes, y me impedía ir a los

cumpleaños, me aburrí de leer y de tocar el ukelele después de un par de años. Hice infinitas consultas vocacionales y, aun así, no me di cuenta qué camino me gustaría seguir con seguridad.

Mientras escribo ese párrafo me doy cuenta de mi segundo problema: mi falta de tesón. Al idealizar las pasiones, dejaba de lado completamente la parte del esfuerzo que se requiere para lograr un objetivo, ya sea una carrera, un deporte o cualquier actividad. Por primera vez, abro los ojos. Me doy cuenta de que sólo me embarqué en las actividades que me salían fácilmente, y cuando aparecía un escalón que subir o una pared que trepar, algo que requiriera de constancia y dedicación, decidía que eso no era para mí.

Toda la gente que veo dedicarse a lo que ama, también pasó meses y años dejándolo todo de lado por un único objetivo. Horas de estudio y trabajo, días de madrugar y trasnochar. Sí, tienen una pasión, pero antes de tenerla, fueron curiosos, se embarcaron en algo nuevo y se esforzaron para seguir y lograr sus metas cuando se dieron cuenta de que era lo que amaban, y esa es la verdadera razón por la que debería admirarlos realmente.

Pongo un punto final a mi texto con una sonrisa y lágrimas en los ojos, y aunque todavía no sé cuál es mi pasión, sé que puedo aprender de mis errores y voy camino a descubrirla, o al menos a intentarlo.

*“(...) aunque todavía no sé cuál es mi pasión, sé que puedo aprender de mis errores y voy camino a descubrirla, o al menos a intentarlo.”*

# Pariente del mar

Julián Andrés Oña

El joven está en frente del departamento. Tiene dos valijas cargadas con treinta horas de viaje y dieciséis mil kilómetros. No sabe lo que siente al saber que vuelve a la ciudad.

Huele la humedad de la ciudad, se endereza un poco. Esa espalda necesita una cama. El pavimento donde se raspó la rodilla sigue siendo el mismo, el jet lag no lo limita a querer patearlo.

Es posible que haya pensado mucho en estas calles.

Recién se asomó el sol. Si bien no duerme desde la estación de trenes de Roma, hace como tres días, está ansioso de ver los paisajes que extrañaba. El humo llegó lejos, no se imagina lo que el fuego puede dejar además de noticias amarillistas. El anclarse en la ciudad parece ser el deseo más seguro que tuvo en su vida. Los recuerdos felices de una triste infancia son el motor que empujó ese pedazo de carne hasta su vieja nueva casa.

Las escaleras del edificio lo llevan a un departamento abandonado. Al entrar puede sentir las energías negativas de un ser que sufrió la pérdida de dos hijos y un ACV. El sida y el cáncer suenan en la calle como el peor de los castigos. Este departamento los tuvo a ambos. Ve por la ventana el patio verde de una enredadera, quizás la última vez que estuvo allí no estaba.

Imagina la melancolía de su hermano al tener que ir a dejarle algunas cosas que le pidió para empezar a vivir allí. Por suerte se acordó de llevarle la tabla que le dijo que necesitaba para pasear por la ciudad.

Rosario solía ser más oscura en su infancia, y en sus últimas visitas eso había cambiado. Si bien una pandemia podía haberla cambiado, la ciudad fue su más grande amor. Amor que nunca disfrutó.

Un mate, una pava, un paquete de yerba y el skate. No necesitaba más para recomenzar una vez más de las tantas veces que lo hizo. Por eso que después de tomar de unos mates en el piso del patio, pues no había ni sillas allí, salió a abrazar el caliente pavimento de diciembre. Doblando por Maipú la acera es lisa y amigable, pero solamente hasta Pellegrini.

No había ruta para seguir, estuvo muy alejado para tenerla. Aunque nunca tuvo ruta y esto era solo una excusa. Los grafitis son para él una expresión de sectores silenciados, y su estilo no varía mucho desde Berlín a Rosario pero los mensajes no son los mismos.

Cumple uno de sus objetivos, llega al río. Solamente quería mirarlo y escucharlo. Es loco como nunca sintió eso por ningún ser vivo, solamente con un espacio cubierto de agua. Contó en el último año en cuatro idiomas diferentes la fuerza que esta cuenca hídrica tiene.

El cansancio empieza a sentirse en su cuerpo. No quería ver a nadie, solo regalarse los recuerdos de gritos de su madre cuando se enteraba que había traspasado los límites establecidos para recorrer. Echesortu estaba lejos del río, y siempre disfrutó sentarse frente de él.

El verano tiene entre otras cosas maravillosas la gran variedad para los vegetarianos. En camino de regreso usó los pocos pesos que tenía en unas frutas y volvió pateando comiendo una manzana. El olor a CERVI se extrañaba, en Europa la fruta es de plástico en su mayoría.

Al poner la llave en la puerta para entrar a su casa, le recorrió un frío por el cuerpo. Sabía que iba a ser la última vez en mucho tiempo que iba a desarmar una valija. Solo toma una toalla y un bóxer. Se abalanzó a la ducha con tanta urgencia que no sintió el impacto del calor externo y el frío del agua. Estaba tan feliz que se arrojó al colchón casi mojado. Tomó el celular para ver donde estaban sus últimos compañeros de viaje y cumplir con la promesa de avisar cuando llegase en casa. Es loca esa idea de amistad que te lleva a prometer que vas avisar que llegas a un lugar que se encuentra casi a quince mil kilómetros de distancia.

No se sabe si controló bien su ansiedad o estaba muy cansado para salir. Sus ojos se fueron cerrando sabiendo que dejaba algo que lo había apasionado. El placer de poder decirle a un lugar su casa le daba hilo por tirar. Pero tenía tiempo para hacerlo en otro momento.

*“Es loco como nunca sintió eso por ningún ser vivo, solamente por un espacio cubierto de agua.”*

# Inquieta

Protti Martina

Los moretones, la sangre y los raspones fueron los adornos que tuvieron mis rodillas durante, al menos, mis primeros diez años de vida. La inquietud y la curiosidad me recorrían todo el cuerpo, gastaba hasta la más mínima gota de energía que me quedaba. Recuerdo cuánto me pesaban los parpados apenas el sol se escondía. Abunda la nostalgia cuando pienso en la cantidad de veces que junté dos sillas y me desvanecí en ellas mientras escuchaba las voces de los adultos conversando de fondo, o en la cantidad de veces que me dormí en el auto. El sonido de las ruedas girando en el asfalto me relajaba demasiado. Extraño lo sencillo que era conciliar el sueño. Ahora no puedo frenar la cabeza y desvelarme se convirtió en lo fácil. ¿Será la solución moverme como cuando era una niña?

Que bien que se sentía explorar, jugar, descubrir el mundo que me rodeaba. En el viaje de la vida, moverse es fundamental para vivir, crecer, existir. Moverse no porque sí, sino porque es inherente a la naturaleza humana. La intención al actuar y la reflexión de lo que se hace. La intencionalidad del movimiento responde a la curiosidad por descubrir qué es lo que está y no está a nuestro alcance, responde a la curiosidad de conocer quiénes somos. Entramos al mundo desde una gran nada y nos extendemos en diferentes direcciones. Actuamos desde y con nuestro cuerpo. El cuerpo es la experiencia primera de todo. Esto es irreversible e inevitable.

Me muevo y me siento más viva. Es una necesidad que me surge desde lo más profundo. Muchas veces la existencia dentro de la sociedad me pesa tanto que tengo que hacer algo para alivianarme, para deshacerme de la carga que estoy soportando. Lo único que preciso es concientizar lo que el cuerpo me está pidiendo para agarrar la bici, el skate, los rollers o la llave de casa para abrir la puerta y tan solo usar mis pies.

Al moverme desaparece el enojo, la angustia, el miedo, la ansiedad. Se esfuman todas esas emociones que provienen de algún escenario mental perteneciente al pasado o al futuro, afecciones que no me aportan nada y me van marchitando poco a poco. De pronto me sitúo en el presente, comienzo a notar la calidez de los rayos del sol en la cara y la sensación del viento recorriendo mi piel. Respiro a pleno pulmón y no puedo creer el bienestar que me produce. ¿De todo esto me pierdo por no ser capaz de dejar de nadar en mis pensamientos?

*“En el viaje de la vida, moverse es fundamental para vivir, crecer, existir.”*

# Una tarde de domingo

Wendy Turnaturi

Observo a los lejos como ella está sentada en el patio. Lleva puesto un vestido largo y fino, junto un abanico. Es difícil saber que piensa o que mira. Pero puedo notar como empieza a mover la cabeza para observar todo a su alrededor con delicadeza como si tratara de que se grabara en su memoria para siempre, por un momento centra su mirada en mí pero solo dura un instante porque enseguida desvía su atención hacia la persona que la vino a buscar, se levanta y camina a paso lento. Veo como se estremece por la primera ráfaga de viento, en ese momento parpadeo un segundo y me encuentro donde estaba ella, recordando que esta casa tuvo tiempos mejores.

Es un domingo a la tarde, todo está tranquilo, la joven Amelia va al encuentro de conectar con sentimientos que se hundieron como joyas en el mar. Al ver como aquella casa en donde transcurrió gran parte de su infancia se caía pedazos le genera una sensación de pena y remordimiento por recordar la promesa de no volver a poner un pie sobre la casa después de que ella murió, pero aquí está lista para cerrar un ciclo, solo tenía que poner la llave en el cerrojo y dar ese paso. Una vez dentro sintió como no dejaban de aparecer recuerdos que estaban cristalizados en su interior. Su imagen de niña junto a su abuela en la cocina tomando mate dulce que de dulce no tenía nada porque su abuelita lo tomaba bien amargo, ellas dos comiendo mandarinas en un invierno puro, que convertía la casa en una de terror, porque el viento cerraba y abría las puertas, aquellas tardes en donde simplemente se sentaba a hablar de chisme, de política o de las situaciones de la joven en la escuela, eran esos momentos en los que se sentía acompañada, su abuela era su refugio.

Una vez dentro cierra la puerta detrás de ella y mira hacia interior donde pudo notar como todo se llenó de polvo, suspira sabiendo que capaz no se puede salvar nada de la casa, pero, aun así, avanza para empezar ordenar. Lo primero que encuentra es una foto familiar detrás de un mueble, la limpia con la mano y se da cuenta que es de su cumpleaños número 7. Recuerda cómo eran de unidos gracias a ella, pero una vez que se fue todo se volvió oscuro, las fiestas con su familia siempre se formaba

un gran festín tanto en lo salado que sería un asado hecho por su padre acompañado por sus tíos, o en lo dulce un postre hecho entre primos. Ya todos sentados en la mesa se puede notar la diferencia de edad, pero aun así en el lugar solo se escuchaba risas y charlas.

Observo a mi alrededor y puedo ver a mis primos mayores conversando, sé que eran mayores que yo, pero es como si tuvieran todavía su niño interior activo, luego mi intención se dirige a mi padre el que usualmente está cansado y no sonrío, lo veo reír y estar relajado por primera vez en la semana, en lo último que me fijo es mi abuela que está en medio de sus dos hijos, ella se ve feliz, pero a la vez en sus ojos noto un sentimiento de tristezas de como si le faltara algo, entonces ella me mira y me llama yo voy hacia ella. Pero antes de llegar me despierto un poco exaltada por no recordar cómo llegué aquí, esa sensación se va rápido porque sé que después de ordenar vine a descansar en el sillón viejo y desgastado de la habitación de mi abuela, cuando soy consciente de donde estoy me recorre un escalofrío desde la punta de mis pies hasta el último cabello de mi cabeza, en este lugar fue donde mi yo joven comprendió que ya no volvería a ver a mi abuela, ella iba a desaparecer por una enfermedad que la hace olvidar todo, no va recordar mi nombre, no va recordar el apodo tan peculiar que me puso, no recordará la noches que nos quedamos hasta a las 4 de la mañana viendo programas de crímenes, pero sobre todo ya no volverán esas tardes en donde solo éramos nosotras dos compartiendo todo y nada a la vez. De ella solo quedará el recuerdo de cuando estaba bien y cuando simplemente ya no era ella misma.

*“No volverán esas tardes en donde solo éramos nosotras dos, compartiendo todo y nada a la vez.”*

# Pasión por el análisis

Matías Vesprini

Desde chico me atraviesa por el cuerpo una gran pasión: analizar a las personas. Esta actividad la llevo adelante desde los momentos más primitivos de mi memoria, pero no siempre la identifiqué como tal. En un primer momento, cuando lo hice, creí que estaba conectada a una necesidad mía de sobrevivencia - aunque algo de esto hay ¿qué son las pasiones sino una manera de sobrevivir al mundo, al hastío, a la indiferencia? - Pero en este caso era otro tipo de sobrevivencia, una cierta precaución para no quedar expuesto. Pasado el tiempo me di cuenta que en realidad había una pasión por esta actividad, una cierta obsesión. Y así andaba yo por el mundo, callando primero para que el otro se exponga. Una vez en la primaria escuché en boca de un chico más grande la expresión 'te saltó la ficha', y automáticamente sentí que había aprendido un truco nuevo. No entendía bien qué era 'sacar la ficha' de alguien. De hecho, me imaginaba una hoja con descripciones, algo así como una ficha técnica, que alguna vez había sentido nombrar. Ese día cuando llegué a casa le pregunté a mi vieja qué significaba que a alguien 'le salte la ficha'. Cuando me lo dijo sentí que todo el mundo tenía una ficha adentro suyo, algo inconsciente - aunque no sabía bien qué era lo inconsciente -, me imaginaba algo así como la de un dominó. Con el tiempo fui dándome cuenta de mi labor, y que a eso se le decía 'sacar la ficha'. Entonces, pensaba, hay una ficha que salta y alguien que la saca, en este caso yo. Un día en la escuela, la maestra me llamó la atención por hacer llorar a una compañera, es que yo no sólo quería sacar la ficha, sino que buscaba hacerla saltar, y en ese proceso la obsesión se apoderaba de mí generando una búsqueda constante por esa verdad. Ese objeto tanpreciado, rectangular en mi mente, que era la ficha, creía que iba a develarme el secreto de las personas. Un rectángulito que saltaba y se abría en el aire iluminándome con su conocimiento. "Matías dice que yo tengo una ficha y me la quiere sacar", lloraba asustada mi compañera.

Así fue como terminé anotándome en la facultad de Psicología. La obra de Freud sobre el inconsciente y el sujeto dividido me hizo pensar que esa era mi pasión, el lugar donde mi obsesión por cumplirla sirviera de algo para

el mundo. Pero no encontré tanta respuesta como esperaba. Entonces me volqué en otras actividades como el arte, la música, la escritura. Pero nunca saciaba mi sed. Ahí comprendí que en realidad mi pasión siempre iba a ser esa práctica, pero ¿por qué? ¿Qué es esa luz del otro que salta e ilumina? En definitiva no es más que un reflejo, lo inconsciente mismo. La ficha que salta no es más que la propia. Quizá de ahí mi obsesión con esta práctica - porque las pasiones son eso, una práctica -. Entonces termina siendo un pedazo de espejo que nunca me alcanza, como tampoco me alcanzan las fichas. Las pasiones desesperan y dan miedo, y también da miedo el otro.

Mi interés por el psicoanálisis hizo que descubriera otra arista de esta actividad de análisis que tenía que ver con el lenguaje y la palabra, lo oculto atrás de todo eso. ¿Qué quiere decir cada persona cuando dice lo que dice? Fui notando que a veces suelen hablar porque sienten que tienen que hacerlo, yo creo que hay pasión por uno mismo a veces también. Otras personas en cambio prefieren no conectar con el lenguaje, con ese intercambio. O utilizan otros lenguajes, no verbales. A veces creo que no nos queda otra que comunicarnos, por la sobrevivencia misma de la que hoy hablaba. ¿Qué es de mí sin el resto? ¿Acaso el resto es lo que resta de mí? Esta es mi pasión y las pasiones son esto.

*“ ¿Qué son las pasiones sino una manera de sobrevivir al mundo, al hastío, a la indiferencia? ”*

# La compañía del cielo

Evelyn Walzer.

Nací en Pueblo Esther hace 19 años, un viernes 21 de junio. A mí, que no me gusta el invierno, me tocó nacer el día exacto en que comienza.

Haber nacido en Pueblo Esther quiere decir que tuve el privilegio de estar rodeada de campo siempre. Algunos dicen que la naturaleza en los pequeños pueblos se hace más presente y yo no lo puedo negar.

No puedo decir con precisión el momento exacto en el que me vi tan enamorada del cielo en todas sus facetas, tal vez ocurrió en esas tardes de invierno cuando la compañía de la abuela y la naturaleza eran todo lo que tenía a mí alrededor. O quizás sucedió en ese verano mientras practicaba con mi guitarra en el patio de mi casa: solo se escuchaban las cuerdas y el canto de los pajaritos acompañándome. O podría pensar que haya acontecido cuando en un momento me encontré sola con una profunda tristeza y alcé mis ojos hacia arriba: ¡cuánta belleza! Yo quiero brillar así, como las estrellas.

Hubo momentos en que me encontraba muy abrumada, la rutina me consumía, me estresaba, sentía que no podía con tanta carga en mí. Incluso en esos momentos mirar al cielo fue mi fortaleza. Encontré paz en la creación, no veo al cielo solo como una parte más del mundo, mis ojos lo ven como algo extraordinario. Lo considero la octava maravilla del mundo.

Cuánto quisiera que las personas lo vean de la misma manera que yo, que puedan sentir esperanza cuando vean un arcoiris pintando en el inmenso cielo, que su alma se llene de luz con el radiante sol, su mirada vuelva a tener luz al ver las estrellas, y que se sientan libres como las nubes en su infinito. Ojalá todos pudieran saber que cada amanecer nos hace saber que es una nueva oportunidad para hacer las cosas bien. Todos deberían recordarlo: siempre se puede empezar de nuevo. El sol de la mañana nos demuestra que la noche siempre termina.

Recuerdo con tanto amor esas tardes de invierno cuando llegaba de la escuela, terminaba de comer e iba apresurada en busca de la compañía

de la abuela Genoveva. Recuerdo claramente a esa señora de cabello canoso y mejillas rojas yendo a pasos lentos, arrastrando su silla hacia el lugar de encuentro. Nos sentábamos bajo el rayito de sol y una pequeña brisa acariciaba nuestros rostros. Ella, con sus arrugadas manos, pelaba mandarinas, acompañando el cálido ambiente con una suave canción. Yo esperaba ansiosa los gajos de mandarina ¡Era tan feliz y no lo sabía!

La abuela ya no está, cinco inviernos pasaron. El invierno es distinto sin ella, pero aún me queda ese solcito que desvanece el frío, aún me queda el cielo para contemplar y recordar cada perfecto momento a su lado.

Admirar el cielo también me recuerda a ella. Es hermoso que algo tan perfecto, como el cielo, te recuerde a una persona. Cuánto quisiera que el día en que ya no esté en esta tierra, al mirar el cielo, alguien me recordara.

*“Cuánto quisiera que el día en que ya no esté en esta tierra, al mirar el cielo alguien me recordara.”*





*Para escuchar y descargar*



<https://cutt.ly/VNj45nD>







*Autores*

# Relatos

Albitre, Elena  
Alesandria, Agustín  
Azula, Bautista  
Barletta, Tomas  
Berasi, Luisina  
Booth, Manuel  
Cardozo, Matías  
Caruso, Tomás  
Casalino, Juan Martín  
Castañón, Trilce  
Cavalieri, Mirela  
Cernada, Lautaro  
Clementz, Eimi  
Colussi, Agustina  
Cristallini, Delfina  
Domínguez, Guillermo  
Dreise, Alexia  
Duacastella, Marina  
Duhagon, Facundo  
Eichenberger, Ayelén  
Elgue Magalí  
Fernández, Nahuel  
Fernández, Nuria  
Ferreyra, Alicia  
Forchino, Micaela  
Franchetti, Natalia

Galarza, Lucía  
García, Francisco  
Giannetti, Martina  
Giménez, Tiago  
Granollers, Clarisa  
Guzmán, Flavia  
Holz, Naomi  
Hurt Mariano  
Jurado, Delfina  
Lemberger, Ludmila  
López, Paula  
Maluf, Pedro  
Mangiaracina, Angela  
Mari, Matías  
Marrone, Lucía  
Melodía, Lara  
Nalli, Agustín  
Nalli, María Luz  
Núñez, Rafaela  
Ojeda Arrondo, Victoria Abril  
Oña, Julián Andrés  
Ozuna, Mateo  
Palombi, Franco  
Passas, Ionna  
Petit, Abril  
Pratta, Matías  
Protti, Martina  
Recasens, Natasha  
Remotti, Josefina

Romero, Florencia  
Sapera, Lucía  
Silva, Lourdes  
Stengel, Luz  
Torrado, Joaquín  
Totoro, Luana  
Turnaturi, Wendy  
Vergara, Azul  
Vergara, Lourdes  
Vesprini, Matías  
Videla, Tania  
Villegas, Lara  
Walzer, Evelyn

# Relatos sonoros

Aguirre, Rosario

Azula, Bautista

Berasi, Luisina

Brites, Santiago

Carnadas, Lautaro

Casalino, Juan

Clementz, Eimi

Cristalino, Juan Martín

Domínguez, Guillermo

Dreise, Alexia

Duacastella, Marina

Duhagón, Facundo

Eichenberger, Ayelén

Elgue, Magalí

Estengel, Luz

Fernández, Nahuel

Ferreyra, Alicia

Francheti, Natalia

Frochino, Micaela

García, Andrés

García, Francisco

Giannetti, Martina

Gimenez, Tiago

Granollers, Clarisa

Guzmán, Flavia  
Hurt, Mariano  
Lemberger, Ludmila  
López, Paula  
Lunghi, Santiago  
Maluf, Pedro  
Marrone, Lucía  
Melodía, Lara Nalli,  
María Luz Oviedo,  
Fanny Ozuna,  
Mateo Palombi,  
Franco Passas,  
Ionna Pratta, Matías  
Recasens, Natasha  
Sapera, Lucía  
Veloto, Ludmila  
Videla, Tania

Y las pasiones de...

Alfonso, Mónica  
Fernández Ayelén  
García, Milagros  
García, Morena  
Insaurralde, Miguel  
Nemerovsky, Juan  
Romero, Diego



